TODOS LOS CANTOS





Ministerio de Instrucción Pública y Previsión Social

BIBLIOTECA ARTIGAS

Art 14 de la Ley de 10 de agosto de 1950

Colección de Clásicos Uruguayos

Vol. 16

Alvaro Armando Vasseur
TODOS LOS CANTOS

ÁLVARO ARMANDO VASSEUR

TODOS LOS CANTOS

(1898 - 1912)

Prólogo de

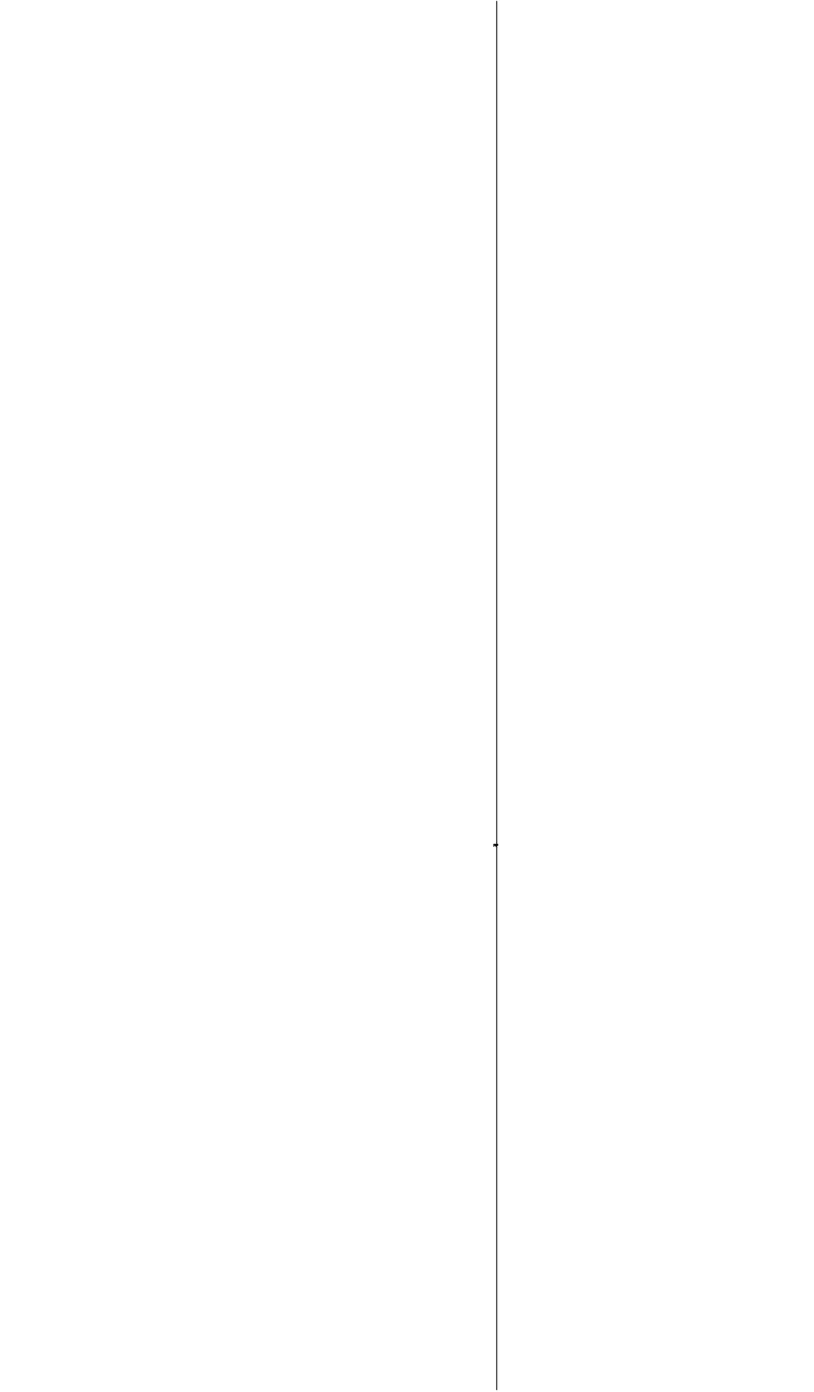
EMILIO FRUGONI



MONTEVIDEO

1955





ESTAMPA DE UN POETA Y SU POESIA

Tratándose de Álvaro Armando Vasseur puede y, acaso, debe comenzarse por el físico, cuando se intenta dar fielmente a los lectores su verdadera imagen espiritual.

Esbelto y bien proporcionado de cuerpo, con un rostro que trae al recuerdo, sobre todo de perfil, alguna medalla antigua; rostro de rasgos expresivos; nariz ligeramente aguileña, de noble dibujo; breve bigote discretamente despuntado; boca de trazo regular con una cierta expresión entre amarga e irónica; frente de lóbulos más bien pronunciados, coronada por una cabellera casi ensortijada que los años han agrisado y no realmente emblanquecido.

Su físico tiene, y tuvo siempre, personalidad. Y no desentona, sino que perfectamente condice con lo que es él por su manera implícita de ser y por su obra de pensador y de poeta.

Se piensa en Goethe. Se echa de menos en sus hombros el quitón griego o la túnica romana. En sus movimientos, en sus ademanes, en la apostura de su cabeza apolínea, priva un aire de serena y espontánea dignidad de espíritu que lo distingue entre la multitud. Físicamente es él.

Esa correspondencia entre el visible continente y la interna vivencia sustancial de la persona es un don,

Un don que la naturaleza reserva a muy pocos elegidos. La pintura de su figura corporal se impone, pues, como la mejor portada viva para una descripción de Vasseur en cualquiera de sus aspectos.

Si esta página pudiese ser toda una biografía, en vez de algo más de una simple estampa (quizá a título de anticipación de un prometido ensayo), ella debería hacer pasar, bajo esa portada, ante todo la descripción y crónica de su vida íntima.

Haría vivir a Vasseur ante nuestros ojos en la cotidiana labranza de su destino; en su andar afanoso por la obligatoria ruta que unos días aquieta y endulza la bonanza y otros agita la tormenta. Nos lo haría ver en la serenidad placentera o en la jubilosa alegría de las horas felices, y en la amargura a veces trágica de las horas adversas. No faltaría, pues, la triste constancia del desgarramiento tremendo que sufrió su corazón animoso cuando la muerte le llevó a su hijo único, gran muchacho lleno de virtudes, pintor de talento, arrebatado en pleno vigor de juventud esforzada y de dinamismo infatigable por una imprevista enfermedad casi fulminante.

Tampoco faltaría el relato de la tierna compensación a sus tristezas y dolores que le deparó la vida concediéndole el premio de felicidad y sostén moral de una compañera incomparable, la madre de su hijo, la abuela de sus dos nietecitas, con la que formó ese hogar sostenido por lo general entre inenarrables milagros de la economía doméstica, en los que ella, con su inteligencia y su diligencia, su exquisito tacto, su cultura, su buen sentido, su múltiple actividad de infinitos recursos, actúa como principal demiurgo.

Nos lo presentaría, finalmente, manifestándose y hasta confesándose en sus anécdotas, en sus episodios

más significativos, en sus conversaciones, en sus juicios demoledores, en sus filosas ironías, en las exaltaciones literarias de su egolatría y en las afirmaciones olímpicas de su orgullo siempre erecto, cultivado (lo diré aunque sin duda le desagrade) casi a la manera de D'Annunzio, con quien se emparentaba en Nietzsche, pero —claro está— más dignamente, sin su exuberancia histriónica y llevándole la no pequeña ventaja de no ser calvo ni exiguo de estatura.

Nosotros lo vemos de tal guisa que nos evoca las sombras de los sofistas griegos o, mejor, de los filósofos paripatéticos de Atenas en los tiempos del jardín de Academo.

Era, a veces, un maestro que ahuyentaba a los discípulos. Pudo ser un Sócrates, rodeado de oyentes o interlocutores devotos, pero por momentos prefería ser un Diógenes sarcástico encerrado en su egolatría como el otro en su tonel.

Y algunos se le apartaban disgustados por sus puntos de vista demasiado excluyentes y las intolerancias verbales de su ánimo amargado a causa del conflicto entre su arrogancia o su conciencia del propio valer y la repercusión de su obra en el medio nacional.

Se juzgaba objeto de un sistemático desvío, al que no era ajena, en el grado en que sin duda existió y no con caracteres de injusta represalia sino de simple alejamiento cómodo, su implacable insistencia flagelatoria de hombres y costumbres. Gustaba de sentirse, como Sócrates, el tábano puesto por el destino sobre su ciudad para que no se adormeciese en la rutina de sus vicios y debilidades.

No es agradable, por cierto, el zumbido del tábano. Y menos en el aire doméstico de las conversaciones privadas.

Lo que aislaba a su persona refluía en la suerte de sus libros, y la verdad es que, salvo pocas excepciones, pasaron entre nosotros ante una indiferencia inconcebible. Sin duda puede servir para varios de ellos, la explicación que escuchamos de labios de Carlos Vaz Ferreira ante el vacío que pareció haberse hecho en torno de *El Memorial,* una de sus obras de más excepcionales valores. Nuestro gran filósofo atribuía ese fenómeno a que el libro rebasaba, en aquellos momentos, la capacidad de captación de nuestro medio y cruzaba el ambiente intelectual como un ave de esas que se remontan a mucha altura, tan por encima de nuestra ciudad, que pasan inadvertidas.

Verlo vivir, en suma, sería ponerse ante los ojos un espectáculo de gran belleza espiritual y de profundas sugestiones. Sobre todo de enorme riqueza mental, donde la inteligencia más penetrante y el más robusto talento literario, sustentados por una extraña cultura y un ansia de saber y de abrir caminos, que se irradia a los campos de la filosofía, de la sociología, de la exégesis religiosa, se traducen en libros bellos y densos, preñados de atisbos y de novedosos aciertos.

Para el público todo él está en sus libros. Y también en aquellas conferencias jugosas y eruditas que sobre temas actuales de la polémica social y política leía en el Ateneo, hace cincuenta años, a propósito de la ley del divorcio, por ejemplo, o de cualquier otro problema del debate público de la hora.

Pero para sus amigos quedaba una parte no desdeñable de su personalidad en lo que de ella se irradiaba hacia la inteligencia y la sensibilida del círculo de sus allegados en las reuniones cotidianas.

Una anécdota sola de sus tiempos mozos, cuando

frecuentábamos alguno de aquellos cafés montevideanos, tan a la española, de cincuenta años atrás, recordaré para iluminar un poco, siquiera sea con la fugaz llamita de un fósforo, el cuadro a que aludo. Fui testigo presencial del caso y lo retengo claro y preciso en la retina de mi espíritu. Era en torno de una mesa del Polo Bamba, (nuestro "Pombo" de Gómez de la Serna) el más antiguo café de uno de los dos hermanos San Román, tantas veces citados en las crónicas literarias que resucitan esos días.

El, yo y un joven escritor que vino a pedirle cuentas de no sé qué apreciación sobre algo que el impetuoso joven había escrito, estábamos allí.

—¡Yo voy a romperle el alma!— amenazó enfurecido el antagonista golpeando con el puño la mesa.

—Me tiene sin cuidado —le contestó imperturbable Vasseur— porque yo no creo en la existencia del alma.

Jamás he visto poner fin a un incidente personal, que amenazaba descargarse en lluvia de bofetadas, de manera tan elegante y eficaz. El iracundo contrincante se fué amenazador pero dialécticamente derrotado. Yo cerré con una carcajada la incidencia.

Viendo y estudiando a Vasseur puede pensarse en un hombre práctico y sabio que lleva dentro de sí un poeta en permanente actitud de auscultación lírica de su yo.

Ese divino huésped lo levanta para avizorar infinitos horizontes pero no lo aparta de los caminos que conducen a la formación de un hogar, de una familia, bajo el amparo —permítaseme repetirlo— de una mujer superior que le dió un hijo inteligente y bondadoso. Un hijo que, con un corazón colmado

de amor filial, tendía puentes de acercamiento y simpatía entre su orgullo receloso y sus viejas y nuevas amistades, que a veces alejaban las aristas de su carácter complicado.

El poeta que comparte la vida interior de Vasseur y a veces la absorbe para ponerlo en trance de hablar, más que con los espíritus, con el propio espíritu universal de la concepción hegeliana, se ha adaptado a la dulce disciplina de sus exigencias familiares. Y hoy desliza su ancianidad lozana, aparentemente sin achaques, en una jamás interrumpida labor de pensamiento, de emoción y de belleza, soñando con poder ir a juntarse con sus nietos, en Francia, mientras acompasa su paso aún ágil y su corazón aún vigoroso, al ritmo de los pasos y de los latidos cordiales de su admirable compañera.

También los años y la carga de vida y experiencia con que corren sus aguas, han contribuído a depositar en su ánimo sencilla confianza en la vida y los hombres, que mira con otros ojos desde que han comenzado a llegarle en su país las auras del reconocimiento general, unánime, de sus encumbrados valores.

Y he aquí que ahora da comienzo la publicación oficial de sus obras.

Tenemos aquí *Todos los Cantos;* una parte de sus poemas escritos entre los años 1897 a 1910 por ese formidable y al par delicado lírico que trajo en su hora un soplo de emoción colectiva concentrada en la voz intensa de su sensibilidad ensimismada.

Su obra poética, de tan variados temas, pero toda ella incesantemente presidida por su entonación enfática que se vuelve resonancia profunda de senti-

mientos íntimos, es a nuestro juicio, la de un romántico.

El romanticismo, más que una escuela o una tendencia artística, es un temperamento. En los mismos escritores y artistas que insurgieron contra el romanticismo del siglo XIX se puede establecer una separación entre los que eran románticos sin quererlo y aun sin saberlo, y los que eran clásicos por temperamento.

Porque también el clasicismo es, fundamentalmente, una posición natural del espíritu y no tan sólo una actitud y aptitud de la mente y de la sensibilidad.

Podría aseverarse que toda escuela es, más que un criterio estético, un "estado de la inteligencia", como diría Epstein del "dadaísmo"; y de la sensibilidad, como resulta de la corriente división en tendencias de la vieja y la "nueva sensibilidad".

Los naturalistas, particularmente Zola, eran, en la psicología de su arte y en la idiosincracia temperamental de su impulso creador, románticos. Si se quiere, románticos de la fealdad en todos sus planos y manifestaciones, objetivas y subjetivas.

Pero entre ellos había los que eran orgánicamente clásicos, como Alfonso Daudet, y sin duda esos fueron los menos típicamente naturalistas en el sentido escolástico de la palabra.

Vasseur apareció y se internó en la gran corriente del modernismo, pero con la entonación romántica de su alma lírica y de su vasto órgano vocal, a menudo entonado en la clave de la tragedia, con su cluasicismo de coturno.

Mientras otros seguían al Darío de *Prosas Profanas,* o se entregaban, con una especie de orgiástica

embriaguez al cultivo de las más bellas e inéditas floraciones verbales, más encanto de los sentidos que del corazón y de la mente, él, con su lirismo, trágico y romántico al fin, puso su manera personal de dominar el verbo al servicio de sus inquietudes sociales e intelectuales.

El romanticismo profético de Almafuerte, a quien admiraba por encima de todos los poetas de la Argentina y de América, oponiendolo desde luego a Lugones, vibra en el tono de sus *Cantos Augurales,* su primer libro de cantos, que hizo época y alcanzó en las corrientes de lo que ahora se llama "literatura comprometida" (y la suya con tendencias avanzadas de revolución social y de anticlericalismo y ateismo), una resonancia continental e hispánica.

Aparece emparentado con grandes poetas de la época que eran a su vez congéneres de Almafuerte, cada uno con su alma, su carácter y su timbre propios: Guerra Junqueiro, en Portugal, el anárquico Mario Rapisardi y, en la forma sobre todo, Carducci, en Italia.

Su temperamento romántico anima las dos siguientes expresiones de su lirismo combativo, irónico, sarcástico, amargado y sentimental que, como dice Federico de Onís, lo coloca "fuera y más allá del modernismo en que se formó", frecuentando desde muy joven en Buenos Aires los cenáculos regidos por Lugones y Ruben Darío. Y antes aún, siendo casi un muchacho —como nos lo narra en los sinceros versos autobiográficos de "Pts". *El vino de la sombra*—, había cultivado la amistad de Almafuerte.

Véanse a continuación esas dos expresiones. La primera es una oda en décimas *A un precursor,* diti-

rambo y reproche al autor de *Milongas filosóficas,* que comienza así:

Chimborazo tronador
del numen continental,
cráter inmenso, fanal
de brillo enceguecedor,
¿por qué tu vasto clamor
no atruena la inmensidad?
¿La super Humanidad
bien no vale un cataclismo?
¡Si eres la voz del Abismo
anuncia la tempestad!
. . . .

Tú eres mi precursor:
eres plegaria, blasfemia,
unción, delirio, hiperhemia,
soberbia, piedad, dolor.
Con redobles de tambor
fluye tu verso arterial;
te imaginas sin igual,
apóstol de toda gente;
lapidario, iridescente,
volcánico, zodiacal.

Se me antoja que a través de esos versos se vislumbra uno de los dramas de Vasseur: el de haber soñado con quedar como un apóstol de rebeldías y palingenesias sociales y espirituales, así como Almafuerte quedó como un apóstol de rebeldías cívicas y morales en general pero como una especie de Jesús laico sin dulzura en la frase adusta y latigueante, pero con mucho amor en el alma para los más desheredados

y los derrotados de la vida: su "Chusma", como él los llamaba.

Porque Vasseur se quedó en la literatura sin llegar al pueblo, al alma de su nación, mientras que Almafuerte se internó para siempre en la vida espiritual y sentimental de su patria, tal como había vivido.

Volviendo "a nuestros carneros", que diría Rabelais: acaso más característica todavía de la procedencia romántica de su lirismo épico (si puede decirse) es toda la primera parte de sus *Cantos Augurales,* donde el oleaje de una inspiración tensa y muscular mezcla desordenadamente, sin dejar de ser original y suya, algún eco de la *Vejez del Padre Eterno,* del autor de *Os Simples,* del *Himno a Satán,* del autor de *Odi Barbari,* y aún, si se quiere, del quevediano *Sueño de las Calaveras* y de las alucinaciones y alusiones bíblicas de su propio numen profético.

Allí su decisión de predicar en verso se acentúa hasta desafiar el principio del "arte por el arte", el concepto del arte "fin en sí", de Kant, el esteticismo aséptico de la "Poesía pura", con los alardes de prosaísmo conceptual poco logrados artísticamente, que afean su *"Oíd potentados...",* donde incurre en audacias versiculares de trivialidad propagandística como las siguientes:

¿Qué la suave "evolución"
la forjan los más audaces?
¿Qué las clases más tenaces
se apoderan del timón,
y marcan la orientación
al agregado social?...

¿Qué en el mundo Occidental
siempre ha pasado lo mismo?
¿Qué a las clases del Abismo
les basta con lo Ideal?
. . . .

Nuestra Especie es razonable?
Tiene sensibilidad?
O es pura animalidad,
Inconsciencia, pueril, instable?
¿Es acaso irrealizable
la sociedad libertaria,
sin canalla tributaria
sin miseria, ni abyección?
¿La plena Humanización,
científica, solidaria?

Entre otras muchas bellas pruebas de su romanticismo espontáneo y auténtico, destacamos, casi al azar, en ese mismo libro la siguiente moderna, más que "modernista", becqueriana:

Feliz, oh mar del Plata! que has logrado
lo que nunca pudieron mis anhelos:
verla acudir a la primera cita
y desnudarse al borde de tu lecho.
. . . .

Yo sé de un mar interno y solitario
más grande que el más grande de los piélagos,
más puro, más azul y más profundo
donde Ella nunca mecerá sus sueños!

y todavía esta exclamación inexorable y desesperada, con un toque de Heine, (podrían ser cien más):

Allá en la torrentera
donde forcé el Destino
una Sombra me grita:
"¡Sálvame o te maldigo!"

Es la voz de la Casta
que exige el sacrificio;
¿qué hacer?
Miro hacia abajo y veo
sonreir al Destino...

Suda sudor de sangre
mi corazón maldito;
pero de pronto arranco
y sigo... sigo... sigo...

Por lo demás, dicho sea como acotación al margen de este rastreo en la filiación tonal de su temperamento poético: en *Cantos Augurales,* en *Cantos del Nuevo Mundo* y en *Cantos del Penitente,* es donde se muestra la amplia y sostenida proyección de su estro genial hacia los horizontes de la historia y de la vida colectiva, por lo general a través de alegorías evocadoras de honduras subjetivas en que surge y palpita, poco o mucho, el estremecimiento de una apelación solidaria a los dolores y clamores humanos.

Entre los polos de su egocentrismo individualista de tipo nietzcheano —con su egolátrica superstición del "superhombre"— y de su doctrinaria convicción socialista, se mueven su pensamiento y su sensibilidad. Su yo gira, pues, en la órbita de una contradicción que tan pronto lo eleva a la cumbre de la cima —también romántica y nietzcheana— del orgullo satánico ("Glorificado eternamente seas"), como lo

desciende a la preocupación multitudinaria de las desigualdades sociales.

Eso da a su lirismo una caudalosa orquestación trascendente por encima de los resortes de la emoción íntima y singular, que asimismo toca con certeza cuando canta en el plano de la confesión o de la confidencia. Y así resulta forzoso enfrentarlo en nuestro medio, con su contemporáneo Julio Herrera y Reissig, con quién rivalizó.

Debían rivalizar por fuerza. Vasseur, un tanto obsesionado por las emulaciones y juzgándose precursor no alcanzado en los caminos por donde intentaba aventajarlo su afortunado rival, negaba al glorioso autor de "Los Peregrinos de Piedra" los honores de la primacía. En uno de sus libros le disputa derechos de invención de algunas imágenes. Y como él no podía perdonar al hechicero de la Torre de los Panoramas, gran ilusionista del verbo, su deslumbrante florecer lírico, ajeno a todo latido del corazón social, su poesía casi siempre deshumanizada en el juego de una "nueva frivolidad" que precedió en deshumanización y preceptuado frivolismo a los poetas de la "nueva sensibilidad, estudiada en su hora por Ortega y Gasset, le fué literariamente hostil.

Mientras Herrera y Reissig, en efecto, hacía de su Torre de los Panoramas un paradigma renovado de la torre de marfil parnasiana, Vasseur aconsejaba a los soñadores en el *Sursum* de sus *Cantos Augurales* abandonar la torre en que suelen encastillar su egoísta indiferencia ante los clamores humanos.

También Herrera y Reissig estaba emparentado, como todos los modernistas, con el romanticismo francés. Pero descendía de Teodoro de Banville y de Teófilo Gautier, si hemos de buscarle antepasados

más allá de Verlaine, Laforgue, Samain, sin olvidar Rimbaud y Baudelaire, los cuales —"simbolistas" o "decadentes" o "delicuescentes"— ocuparon altares en el templo del modernismo desde que Darío lo erigió bajo los cielos de Hispanoamérica, dando también cabida en él, como lejanos númenes precursores, a los españoles Góngora, Quevedo, Santa Teresa de Jesús, Sor Juana de la Cruz, San Juan de la Cruz, y al mismo inconmensurable Lope, junto a los cuales entraban asimismo el persa Omar Kayam, los ingleses Shelley, Keats, Dante Daniel Rossetti, Oscar Wilde y el yanqui Edgard Poe.

Vasseur no está emparentado, en la cumbre de la genealogía romántica, con Teodoro de Banville ni con Gautier, sino con el gran padre Hugo, como lo estuvo Lugones, cuya influencia sobre cierta parte de la obra de Herrera y Reissig (influir no significa superar) no puede negarse. Y es asimismo innegable que también se nota el recuerdo de Lugones en el paralelismo entre los *Cantos del Nuevo Mundo* y las *Odas Seculares*.

Acaso junto a la de Hugo, deba ponerse en su linaje poético la ascendencia de Alfredo de Vigny, y fuera del romanticismo francés debe considerársele de la estirpe de Walt Whitman, a quien indirectamente tradujo del italiano con verdadera maestría.

En cuanto a la correlación con el divino ruiseñor de Nicaragua, Herrera y Reissig guarda siempre contacto, en lo atinente a la índole de la sustancia poética y de los asuntos de su obra, con el Darío anterior a *Cantos de Vida y Esperanza,* en tanto que Vasseur sólo puede sentirse hermano del Darío que supo interponer su lira de oro al paso de los vientos de la historia en el ámbito del mundo para detener

en la trascendental aventura humana la atención de su egregio lirismo, después de haberlo consagrado a inmortalizar los intrascendentes episodios de amor de la princesa Eulalia o la armoniosa visión de los cisnes que se deslizan silenciosamente en el lago...

Mientras el uno crea bajo el signo de la gracia en el incesante chisporroteo de las imágenes inéditas, de las más fantásticas figuras de ensueño y de la más "inusitada" adjetivación, que asombraron a Darío, el otro canta bajo el signo de la pasión fecunda con que da al mundo una prole de belleza engendrada en el abrazo de la fantasía dramática del sentimiento con la angustia obsesionante de la razón.

Y esa disparidad y aquella rivalidad no impidieron y sin duda decidieron, que Vasseur escribiera a la muerte de Herrera y Reissig aquella *Lápida* de sus *Cantos del Penitente.*

(A JULIO)

Hete ahora mudo,
mudo del gran silencio de lo inerte,
¡oyes como suenan a gloria, en tu escudo
yacente, los golpes hasta ayer contrarios de la muerte!

¡Anteayer andante, hoy subterráneo!
Hoy, emporio de larvas y vibriones.
¿Oyes aún, a la sordina de tu cráneo,
—cual los que te inmortalizarán—, maravillosos sones?

. . . .

¡Oh alma, en la angustia y en el soñar, hermana!
¡Cordaje roto, sin plañir adioses!
¿Soñarás aún, con tu lira, domar la bestia hu-
{mana,
y un instante, a los hombres convertirlos en
{dioses?
. . . .

Por lo demás, y en lo que respecta a Vasseur —aedo de su tiempo, liróforo seglar, bardo civil, trovero rebelde y trovador angustiado, si queréis agonista y antagonista (como diría Unamuno de sí mismo)— su definición sintética nos la ha dado él mismo. (Siempre son los poetas quienes mejor dicen de sí lo que son).

No recordaré las explosiones de un lirismo desorbitado y megalómano de sus décimas contra su admirado y al par impugnado Almafuerte, donde ha cantado lo que soñaba ser en la vida y sólo pudo serlo en cierto sentido —y a causa de la vida, precisamente— en la literatura.

Menos "teatro" y más belleza hay en aquellos versos de sus *Cantos del Nuevo Mundo* (1907), donde dice:

A pensar aprendí y a comprenderme,
sufrir con goce, y a crear con fiebre;
sentirme estoico aunque estuviera inerme,
lírico siempre, soñador y orfebre.
. . . .

Hoy canto en los clarines de mi estilo
las Marsellesas de la nueva hazaña:
mientras escalo, fúlgido y tranquilo,
el vértice interior de mi montaña.

Hoy como ayer me asiste la pobreza,
ayer como hoy maravillado vivo
de más en más por la inmortalidad belleza;
de vez en cuando trovador cautivo...

(MEMORIAL)

Eso decía cincuenta años ha. Y en el presente volumen no está todo el poeta, uno de los mayores del Uruguay y de América. Su estampa de ahora, en esta compilación, no abarca, pues, en toda su magnitud cósmica, las dimensiones de su poesía, definitivamente magistral.

EMILIO FRUGONI.

CRITERIO DE ESTA EDICION

La ordenación de las obras de Álvaro Armando Vasseur, agrupa la edición de sus poesías bajo el título colectivo de *Todos los Cantos*. Dadas las dimensiones de esta obra, se la ha dividido en dos tomos. El primero, el presente, incluye su producción poética de 1898 a 1912, registrada en cinco obras: *Cantos Augurales, Cantos del Nuevo Mundo, A Flor de Alma, Cantos del Otro Yo, Cantos del Penitente.* Ya en 1912 bajo el título de *Cantos del Nuevo Mundo.* se habían publicado estos libros, en edición de Sempere, Valencia.

Esta edición sigue el texto de los libros originales en la versión corregida que custodia la Biblioteca Nacional en su Sección de Derechos de Autor, limitándose a modernizar la ortografía y eliminar las traducciones. El autor revió las pruevas incorporando nuevas correcciones.

El segundo tomo incluiría la producción poética que va de 1912 a la fecha, con los siguientes libros: dos éditos: El *Vino de la Sombra* (1917) y *Hacia el Gran Silencio* (1923), con prescindencia de las traducciones que contiene, y tres libros inéditos, cuyos derechos ha adquirido el Estado. *Trois petit tours, Vesperales, Aquella Santa Lucía,* y la obra poética posterior a 1952.

A. R.

CANTOS AUGURALES

(1904)

Ofrenda

Para entusiasmo y perseverancia de cuantos anhelan un más armonioso devenir, dedica, por mi intermedio, estos CANTOS AUGURALES, el Verbo de la joven Atlántida.

A. V.

ALVARO ARMANDO VASSEUR

Hijo de Carlos María Vasseur y Elisabeth Lagisquet, ambos de origen francés, nació en Montevideo el 3 de mayo de 1878. No hizo estudios superiores siendo su educación la de un autodidacta. En 1895, a la muerte de su madre, se traslada a la Argentina. Inicia su actividad literaria, colaborando en La Revista Literaria y El Tribuno, de La Plata, y en El Mercurio de América, de Buenos Aires, donde integra el famoso grupo modernista de La Siringa, del que formaron parte Ruben Darío, Lugones, Ingenieros, Díaz Romero, Ghiraldo, Lamberti, Payró, Leopoldo Díaz, etc.

Regresa a Montevideo en 1900 cumpliendo una intensa obra literaria e ideológica que se extiende hasta 1907 y que queda registrada en la mayor parte de los diarios y revistas de la época Actúa en el periodismo como redactor de Nuevo Rumbo (1903), Diario Nuevo (1905-6), El Día (1906-7). Su acción se extiende a los medios obreros, dictando conferencias y defendiendo sus proyectos sobre problemas sociales. Publica sus primeros libros de poesía· *Cantos Augurales* (1904), *Cantos del Nuevo Mundo* (1907), *A Flor de Alma* (1907). En este año comienza su carrera diplomática que lo alejará del país, con breves interrupciones, durante treinta años. Es cónsul en San Sebastián de 1907 a 1912; en Nápoles de 1912 a 1919 y en La Plata de 1921 a 1923, Secretario de Legación en Río de Janeiro ese año, cónsul en Lyon en 1925-26 y finalmente Secretario de Legación en Madrid de 1927 a 1936. Retirado de la actividad diplomática, reside en Biarritz, hasta que en 1940 regresa a Montevideo, donde vive actualmente.

Aparte de los libros citados, ha publicado: *El memorial* (1908); *Origen y desarrollo de las instituciones occidentales* (1908); *Cantos del otro yo* (1909), *Cantos del nuevo mundo* (1912) que abarca toda su obra poética hasta esa fecha con el agregado de los *Cantos del Penitente; Gloria* (1919); *El vino de la sombra* (1917), *Hacia el gran silencio* (1924); *La leyenda evangélica* (1933), *Maestros cantores* (1936); *Filosofía y crítica coexistenciales* (1944) *y Almafuerte y otros mártires,* en 1944. Tiene además una vastísima producción de ensayos, notas y poemas, no recogidos en libros, y dispersos en revistas de América y Europa. Al margen de su obra original, ha traducido numerosas obras de: Walt Whitman; Lafcadio Hearn, Kierkegaard, Francisco De Santis; Federico Oliver, Oscar Wilde, Coleridge, etc.

En 9 de enero de 1953 el estado adquiere la propiedad de sus obras completas, incluyendo varios libros inéditos: *Trois petit tours; Vesperales; Aquella Santa Lucía; Ideas y figuras; Místicos, poetas y filósofos; ¿Existe una filosofía cristiana?; Ernest Renan*: *El Eclesiastés.*

SURSUM

"...Él solo debió ponerse en camino para ser el primero en descubrir el país de los hombres del porvenir".

R. Wagner

Un Abismo en cuyo profundo lecho crepita el fuego central.

Tan vasto e intrincado que en él caben las ciudades de la tierra.

Visto de lo alto de las escarpas laterales, el fuego central, que serpea por sus remotos lechos, semeja vetas de oro líquido. Su claridad irradia resplandores de colada.

Cada estrato de los que forman las vertientes del Abismo constituye una época histórica: un ciclo social.

El Abismo, linda de un lado con la Noche; del otro con el Alba.

De cada estrato lateral, a lo largo de los despeñaderos, caen racimos de seres humanos, tribus, familias, envueltos en torbellinos de alaridos, ayes, quejas, furibundas imprecaciones.

Van rodando, rodando, de precipicio en precipicio, hasta desembocar, envueltos en avalancha de pedruscos, árboles, lianas trepadoras, bestias tentaculares, polvo, lodo y sangre, en el Abismo central.

Brumas invernales, nubes multiformes, velan de cuando en cuando tales catástrofes.

Es un contínuo caer.

Algunas regiones están casi repletas de restos y osamentas humanas. Forman osarios, abruptos como montes.

Una flora fúnebre, pestilencial, se multiplica en las lúgubres vertientes, en los desolados desfiladeros, en los montes helados que se perfilan en la penumbra.

Allí vegetan y laboran las Castas miserandas.

La Chusma universal.

En los obscuros antros, en las cavernas crepusculares, bajo hirsutos y convulsionados bosques subterráneos

La tetralogía que llaman *salvajismo, barbarie, civilización, humanismo,* hace cien mil años que se desarrolla.

Esas pululantes humanidades tienen una obsesión no despeñarse, no ser devoradas por el fuego central...

Algunos míseros, con almas de titanes, sueñan sueños de aventuras, de maravillosas ascensiones Son los Vates de la Horda, los rapsodas de la Canalla.

Han oído hablar de tierras libres, de horizontes ilimitados, de aire salubre, de luz dorada, de vida alegre, de ardiente sol y salvaje libertad, allá arriba, en las alturas del Abismo.

Allá arriba, del lado del cielo, por donde, en algunas mañanas, cuando la tempestad no tronitúa en las gargantas del Abismo y los vapores de las nieblas no velan la visión del lejano azur, filtra, a través de las troneras geológicas y de los obscuros bosques, un resplandor celeste de tibieza y de luz.

En vano, las lenguas de los Pontífices predican que allá arriba sólo pueden vivir los dioses y las diosas..

En vano, los Guerreros custodian, con mortíferas armas, los pasos vedados de los desfiladeros, los inaccesibles senderos de las montañas.

En vano, los *Superhombres,* afirman que el Abismo es la patria de los trabajadores, el limbo de los esclavos.

En vano arguyen que sólo podrán ascender a la divina superficie planetaria, al tardo andar de los milenarios, sobre las pirámides fúnebres de su parentalia, sobre los osarios de la Canalla, luego de haber terraplenado, con sus osamentas, los antros de la Tierra.

En vano los cerberos discurren de los peligros que entrañaría el que los moradores del Abismo *osaran* escalar en masa las regiones del rayo.

En vano, les predican la resignación, el dolor, la fe, la caridad, en las cavernas de su ostracismo.

En vano, claman que el primer *deber* del *tchandala* es conformarse con su destino, y vedan plantear soluciones nuevas a las ociosas divinidades...

En vano, les dicen que harta faena tienen con ir terraplenando con sus huesos el monstruoso Abismo, fertilizando las soledades con la sangre de sus mártires, las lágrimas de sus profetas, su sudor de parias.

En vano les susurran, que nada han de lograr que no sea

quebrantar sus fuerzas si dan en agregar fatigas y preocupaciones a sus angustias cuotidianas!...

En vano, cuando aparece algún Desconocido que les incita a la rebelión, al escalamiento de los estratos superiores, le enseñan a lapidarle, a crucificarle, quemarle, descuartizarle, a dispersar sus pavesas en la cólera de los huracanes

En vano les enseñan a *esperar, a sufrir, a soñar despiertos, a bien morir!*...

En vano se proclaman mandatarios de un Señor, a quien atribuyen la creación del *Gran Todo*

En vano les infunden el *vértigo de las alturas*, los espeluznos del terror, el quietismo vegetativo.

¡En vano!

Los reprobos del Abismo parecen renacer de sus cenizas. Se multiplican en inimaginables avatares

Cada vez más, pululan tonantes Desconocidos, en las tinieblas de las cavernas, en las asperezas de los Picachos, en las malezas selváticas, en las sendas de los precipicios.

Sus voces, diversamente consoladoras, de más en más solidarias y ascensionales, dominan el fragor de los torrentes, el rodar de las avalanchas, las mil y una resonancias del abismo social.

* * *

En las noches, por los desfiladeros de la Miseria, suele resonar el llamado augural de los Desconocidos, canto que corearán más tarde las ingentes canallas.

En tanto suspiran sus lamentaciones, el último de los Desconocidos, canta:

La canción del rebelde

Yo soy el Luzbel moderno
soterrado en el infierno
bestial de la realidad;
mis grandes alas sidéreas
de transparencias aéreas
quemó, la Fatalidad!

Arde, en sublime congoja,
mi réproba alma, roja
como una brasa infernal,
mientras todos los sumisos
gozan en los Paraísos
su sumisión inmortal!

Deidades y serafines,
ángeles y querubines,
toda la corte servil
no recuerda mi "Caída";...
en el Empíreo derruída
fué, mi torre de marfil.

El supremo Gran Tacaño,
cadavérico y huraño
en su rencor triunfal,
destruyó todo vestigio
de mi glorioso prestigio
en su harén paradisial!

Ya, ni me ríen de lejos
los zodiacales reflejos
de mi pasado esplendor.
¡Es tan inmenso este abismo
que de no ser yo el mismo
Luzbel, sentiría horror!

En la tiniebla que acrece
todo mi ser fosforece
como los monstruos del mar.
¡Ser de luz, y estar a obscuras!
¡Oh, las negras conjeturas!
¡El hórrido tantear!

Soledad, de incomprendidos,
soledad de los caídos,
fiel, amarga soledad,
imprime sobre mi frente
el beso helado y sapiente
que da la genialidad!

¡Redivive mis pupilas,
reconstruye en mis axilas,
—vastas alas de Verdad;—
y en los círculos profundos
yo crearé nuevos Mundos
y una libre Humanidad!

Me siento ubérrimo y fuerte,
inaccesible a la Muerte,
más intangible que Dios...
Él, es viejo y achacoso,
yo joven, viril, hermoso:
¿quién vencerá de los dos?

No poseo la noción
del tiempo de mi prisión;
¿cuántos milenios harán?
Quizá ya el Otro no existe
y el Orbe hasta entonces triste
sonríe a Luzbel y a Pan!

....
....

Mas... ¿qué claridad ignota?
¡Qué dulce canción remota
llega hasta mi soledad?

¿Vienen ambas del subsuelo
o de los astros del cielo?
¿Qué cantan? ¿Será verdad?

. . . .

"¡El Gran Tacaño ha muerto!
¡Almas de amor gozad!
¡El Gran Tacaño ha muerto!
¡Sursum, Humanidad!

Y mientras las muchedumbres que han ido rodeando al Desconocido se dispersan, coreando su canción, —de los estratos del Abismo,— niñas, niños, jóvenes, hombres, mujeres, ancianos, familias, ruedan de precipicio en precipicio, hasta el lecho donde llamea el fuego central..

¡Caen, caen, caen!

LA TEBAIDA DE LOS SOÑADORES

Estamos en uno de los estratos medios del Abismo

Una penumbra cenicienta clarea el desolado panorama

Es una como altiplanicie escarpada, que se extiende a lo largo de las gargantas del Abismo

La altiplanicie aparece erizada de altas y solitarias torrecillas. A lo lejos, en la sombra, rugen los torrentes. Se alza el rum rum en las enjambres humanas, que caen.

Es la Tebaida de los Soñadores Sus pobladores no se conocen, no se saludan, no se hablan...

Detestan los rumores, las promiscuidades. En sus chozas —que los terremotos bambolean y a menudo arrojan por el fango— evaporan sus quimeras en la bruma del erial

En su inconsciencia, miran las cerviflexiones de los miserables.

No ven, no quieren, no pueden ver, nada de cuanto les rodea, de cuanto les asfixia.

La Tierra les ha abierto sus horrores

Padecen la sed de lo ideal; no conciben que en esta Tie-

rra, la realidad pueda poseer encantos superiores a toda imaginacion.

Por ello, cuando los desconocidos pasan, entonando las elegías de la *Casta Doliente*, los yambos de la rebelión, los más se encogen de hombros, los menos sonríen indiferentemente

Los dejan pasar en silencio

Empero, una noche los terraplenadores se aperciben de su inaccion.

Comienzan a comunicarse entre ellos. Dicen "¡Guay de aquellos que sueñan mientras sus hermanos laboran en la sombra y perecen aplastados por la iniquidad! ¡Guay de ellos!"

Con los mineros del Abismo deciden minar los cimientos de la altiplanicie Hacerla volar en la bruma, con sus torrecillas y sus solitarios.

Entonces aparece el último de los Desconocidos. La soledad, hále dotado del don de *videncia*

Algunos reconocen al Cantor

Le hacen depositario de sus cuitas Le cuentan detalles de la nueva empresa Le interrogan.

El rapsoda concreta su pensar

"Nadie, aquí abajo, está por sí para el solo"

"Lo que cada cual sufre, piensa y vive, lo sufre, piensa y vive para todos".

"Dejadme que los arrastre en el torrente de mi Verbo como los arbustos secos del Otoño

"Que se empapen de amargura! Que se estremezcan de dolor

"Si callan, si persisten en su aislamiento, si cierran sus sentidos al *deber*, a la *gloria* que les llama, ¡cumplid vuestros designios!

"Pues en verdad os digo que ellos ya están muertos en vida!"

La muchedumbre le acompaña.

Frente a la torre más alta de la soñolienta altiplanicie, estalla!

¡DESPIERTA SOÑADOR!

Soñador: la corona de espinas
como un regio presente te aguarda;
abandona los muelles ensueños,
al sol de la Vida, *¡levántate y anda!*

Soñador: flagelado *Ecce-homo*
de una eterna via-crucis privada,
deja al viento gemir en su fuga,
tu horror hecho Verbo solivie las almas!

Soñador: ya la urna está pronta,
incinera tus cuitas vedadas,
y en el mar sin riberas del Mundo
embebe la esponja febril de tus ansias.

Y retírala plena de sangre
—roja sangre de angustias humanas,—
flamescente de amor y sapiencia,
genial y explosiva cual ígnea granada!

Y proyéctala inmensa en el Orbe
chorreando sus turbias infamias,
cual matriz de la chusma rebelde
que incuba en su seno viril otra Raza!

¡Que se empape de ella la Tierra,
los desiertos, los montes, las aguas,
los abismos, las *urbes,* los campos,
el día, la noche y el tiempo que pasa!

¡Que fecunde las mentes estériles,
y las flácidas ubres exhaustas,
y las yertas simientes sedientas,
y el óvulo exangüe de todas las savias!

¡Que enrojezca las fuentes salubres
do los héroes libérrimos sacian
la augural ardentía universa
que encrespa y hermana las viles *canallas!*

Soñador: rutilante querube
de los cielos de todas las fábulas;
no confíes en dioses etéreos,
por lecho ni presa, talentos ni gracias.

La lanzada cruel de la envidia
te recuerde lo vil de la casta;
y el tajante soslayo del odio,
que a rudas empresas prepares tus garras.

Pues es hora de ir por tu riesgo
—paladín de inefables cruzadas—
en honor de los nuevos derechos
que forjan los pueblos rebeldes en armas.

¡Que el riente gorjear de la alondra
te suscite amorosas nostalgias:
la infinita visión de las vírgenes
que en vano acicalan sus formas intactas!

No te pierdas, al precio irrisorio
de una breve pasión miseranda;
ni enajenes, por goces de un día,
augustos designios, tendencias preclaras.

¡Sé tú mismo tu guía terrestre,
cumplidor de tu propia enseñanza,
voluntad depurada en crisoles
de libre experiencia, a prueba de lágrimas!

¡Que del piélago ingente del cosmos
reasumas la luz increada,
y mejor que el llameante zodíaco
tus hombros sustenten la antorcha de tu Alma!

Algunos soñadores descienden de sus refugios Los más, parecen no haber oído

El último de los Desconocidos desaparece

Las Muchedumbres tornan a sus antros, los mineros a sus minas

El Abismo resuena con lejanos cantos augurales

En la quietud del promontorio estalla una formidable explosión .

El ambiente se espesa, gira en vértigo catastrófico durante largo tiempo todo es caotico, fantasmal .

Entretanto, en los estratos del Abismo, continúa la labor niveladora . .

De precipicio en precipicio, hasta el lecho donde llamea el fuego central, es un rodar de víctimas. . .

¡Caen, caen, caen!

¡HACIA LA HUMANIZACIÓN!

Cierta tarde pluviosa, errando por los ventisqueros, el ultimo de los Desconocidos llega al extremo de uno de los estratos

Hedor de esqueletos corrompidos, de carroñas, subía del fondo de las brumas.

Por doquiera, en las cavernas, en los antros, en los huecos de los árboles, bajo los luctuosos ramajes, vibraba el sordo laborar de los homúnculos. El rumor de las ergástulas fabriles

El ultimo de los Desconocidos veía agitarse el pielago de los trabajadores como los hormigueros que avienta la electricidad

Los más, corrompidos por la ignorancia, ebrios de cansancios hereditarios.

Los menos, agitados por los soplos de la altura, con sus psiquis, embrionarias, sus pupilas semiveladas por los antiguos sopores, el andar tambaleante de los prematuros. . .

Con sus sentidos cuasi inactivos, sin garras, sin alas Constreñidos a un perpetuo manoseo de cosas horripilantes

Encorvados en los surcos fecundos Acarreando petroleos, cosechando el fruto de los olivares, cuya luz no gozarían nunca; buscando vetas cuyo metal tendría un destino para ellos desconocido; sumergidos en los lagares, cuya ambrosía haría la

delectación de los amos. Amasando la levadura terráquea, para las cosechas y las vendimias del porvenir

Terraplenando los precipicios, nivelando las anfractuosidades. .

Subiendo, bajando. ¡Nivelando, nivelando!

Entonces el último de los Desconocidos, comenzó a apostrofar a las invisibles Potencias

OÍD POTENTADOS...

Si fecundo como el mar
y como el mar uniforme
parece el pueblo conforme
con su eterno laborar,
es infame prolongar
su lúgubre continencia
y su jobiana paciencia,
hoy que todo se reforma
se multiplica y transforma
en el crisol de la Ciencia.

¿Qué la suave "evolución"
la forjan los más audaces?
¿Qué las clases más tenaces
se apoderan del timón,
y marcan la orientación
al agregado social?...
¿Qué en el mundo Occidental
siempre ha pasado lo mismo?
¿Qué a las clases del Abismo
les basta con lo Ideal?

Nuestra cultura moderna
es obra griega y romana;
es semítica y cristiana,
no inmutable ni eterna!
El prócer de la Caverna
es nuestro padre ancestral;
y todo el haber social
y la sapiencia heredada,
es potencia acumulada
para bien universal!

Existen diversos modos
de avalorar las naciones
y las civilizaciones
surgidas de los exodos;
yo observo en los pueblos todos
su tiempo de trabajar,
de dormir y de soñar.
¿Les absorben los negocios?
¿Disfrutan de nobles ocios?
¿A qué destinan su ociar?

Porque el devenir humano
no ha de ser arduo ni bajo;
si vivir es gran trabajo
se es esclavo de un tirano.
¿O acaso es un sueño vano
la inefable libertad?
¿Qué gesta la humanidad
en su taller de experiencia?
¿Es impotente la Ciencia
contra tal necesidad?

Se vive para vivir
y no para vegetar;
trabajar por trabajar
es vegetar, es morir.
La Vida sin porvenir,
sin cambio, ni ociosidad,
sin arbitrio, ni equidad
no merece ser sufrida.
Hay que emancipar la Vida
de tanta Fatalidad!

Nuestra Especie es razonable?
Tiene sensibilidad?
O es pura animalidad,
Inconsciencia, pueril, instable?
¿Es acaso irrealizable
la sociedad libertaria,
sin canalla tributaria
sin miseria, ni abyección?
¿La plena *Humanización,*
científica, solidaria?

En tanto el apóstrofe asciende hasta desvanecerse, en los estratos del Abismo continúa la labor niveladora...

De precipicio en precipicio, ruedan las avalanchas de los vencidos hasta desaparecer en el pozo central

¡Caen, caen, caen!

LA "CIVILIZACIÓN"

"Confundíos en un beso, Multitudes Y ante ese beso, se humille el Universo".

Schiller

Errando por los círculos, ora subiendo, ora bajando, —el último de los Desconocidos— llega a una capital babélica, rodeada de ciudadelas, parapetada de bastiones, erizada de instrumentos de guerra.

Las torres de las catedrales dominan la inmensidad Los bronces de sus campanas dan a los vientos sones de fe, de sumision de idealidad.

Las dianas de los cuarteles, las fanfarrias de los regimientos, los alertas de los centinelas de las cárceles, los ayes y los olores de los hospitales, —todo llega distinto y unanime— a los sensorios del Rapsoda.

El fragor de los martillos en los yunques, el silbar de las locomotoras, el estruendo de las fábricas, le inspiran acres sátiras

Ve las multitudes, encorvadas, desde antes del alba, hasta la noche, en sus innumerables labores parcelarias

La bestia autómata, con el brazo rígido, las pupilas fijas, la faz sudorosa, las vísceras ávidas, la ideación ausente, sin amor, sin reposo, sin alma! Trabajando, sudando, degenerando! ¡Horrible vida! ¿para qué? ¿para quién?

Recorre los vastos bulevares, las desiertas plazas, las tortuosas catacumbas, las repletas necrópolis, los callados conventos, la monumental, solemne capital

En vano busca, —entre los millares de casas alineadas y numeradas a lo largo de sus calles,— la puerta entreabierta, la alegre tabla redonda, el lecho pulcro y halagueño, los brazos abiertos, los sonrientes labios de las bellas del hogar hospitalario, donde reposar de sus peregrinares, libre de las sandalias y la túnica polvorienta, del añoso báculo y las pesadillas trágicas!

Ante tanta hipocresía, el último de los Desconocidos canta:

Ten pudor

Bajo la bota del Amo
que vive de tu sudor,
pueblo, que canto y que amo;
¡Ten pudor!

En las basílicas sacras
donde ora tu Señor
jamás exhibas tus lacras;
¡Ten pudor!

Si te encuentras sin abrigo
sin hogar y sin favor,
sé todo, menos mendigo;
¡Ten pudor!

Rufián de la cosa ajena,
político mercator
condenable a la gehena;
¡Ten pudor!

Mozuela de barrio bajo,
maniquí de mostrador
que anemia el sobretrabajo;
¡Ten pudor!

Dómine de rostro serio,
astuto, como el peor,
que lucras con el Misterio,
¡Ten pudor!

¡Joven, de faz amarilla,
pestífera del Amor...
que ruedas de villa en villa;
¡Ten pudor!

¡Vieja, salida de quicio,
beata de hondo fervor
que especulas con el Vicio!
¡Ten pudor!

Villanesco que concilias
el interés y el amor,
y ríes de mis homilias;
¡Ten pudor!

Chusma vil que glorifico
con numen libertador,
tal serás, mientras haya un rico;
¡Ten pudor!

Tal serás, mientras protervo
alguien sorba tu sudor;
¡oh, Chusma! ¡oye mi Verbo!
¡Ten pudor!

Alza rugosa y augusta
tu frente de luchador,
y si te amaga la fusta,
¡Ten pudor!

Por tu prole innumerable,
por tu destino ulterior,
por tu fuerza incontrastable,
¡Ten pudor!

Algunos harapientos recogen las simientes del revelador. Las fecundan en los insomnios, y las vigilias, en la incubadora de sus almas.

Aprenden a recitarlas, a sus míseros hermanos de fatigas

En tanto, de precipicio en precipicio, por las ciudadelas y los acueductos, los cadáveres de los vencidos continúan rodando hacia el Abismo central.

¡Caen, caen, caen!

LA CAVERNA

La Caverna de los Ídolos, en los valles natales del revelador.

La Caverna de los Ídolos, donde fluye el incienso de las plegarias.

La Caverna donde el Hambre, el Frío y el Dolor de las criaturas llenan los ámbitos con vapores de angustias, de suspiros y relentes de lágrimas

La Caverna donde lo Arcaico oficia de pontifical.

Las pequeñas hipocresías, las ponzoñosas sugestiones, las pomposas conveniencias, simulan los viejos gestos rituales, el cuacareo de las añejas fábulas.

He aquí que el errante Cantor de estrato en estrato por el Abismo, torna a los valles natales.

La campana tutelar llama, llama, llama ..

Él, recuerda conmovido sus sones... Es su infancia, su adolescencia, la que vibra en la voz de la Campana.

El pasado renace, la visión del hogar, las festividades religiosas y patrióticas; la amistad, el amor, los ensueños de gloria, la luz de las pupilas, el sol, la ociosidad!

¡Oh, la invisible sirena que arrulla en las graves campanas! ¡La sirena que acecha las horas de desaliento, los días de desesperanza, las noches de pena, los instantes de soledad! ¡Cómo saber susurrar, en los más sordos oídos, las muelles condescendencias, los óptimos arrepentimientos, el veneno armonioso de las supersticiones y de las tolerancias!

¿Quién, en la aldea, no acude al reclamo de la Campana?

* * *

Las bellas del contorno, festivas, se encaminan a la Caverna: desfile de belleza, de gracia...

Crujen, entre sus manos, las suntuosas polleras, las líricas enaguas, el fru fru de las sedas, de los encajes, de las gasas.

El último de los Desconocidos, pensativo, las contempla como Orfeo ante la ronda de las bacantes.

La Campana familiar, llama, llama, llama ..

De pronto, pasa Aquélla, a la cual él ofrendara un día la miel de sus panales. Ella le ilumina con sus ojos. Le acaricia con sus llamas.

¡Y pasa!

Él penetra tras Ella en la Caverna.

Y mientras ella, postrada en su reclinatorio, rinde culto a la antigua demencia, él murmura:

BRASA MÍSTICA

Llega hasta mí, felice, sugestiva,
la ternura nupcial de tu presencia
en la sombra del claustro pensativa,
y así recordaré tu faz votiva
en la flor de su blonda adolescencia.

Llega hasta mí el murmurio de tus preces
el quedo rozamiento del rosario,
y el soplo de beatas languideces
cuya esencia embriagara tantas veces
mi corazón y el místico santuario.

Y un nudo de satánica agonía
sofoca mi ternura, cuando pienso
en cuanto nos separa ¡vida mía!
¡Oh estrella de una obscura idolatría!
¡Oh brasa del altar y del incienso!

1898

NUEVO CANTAR

Un día, el Desconocido asciende a una de las plataformas del Abismo.

Por todos lados, la labor de las plebes va transformando el panorama.

Los precipicios disminuyen, las vertientes se suavizan, los antros se apenumbran, la inmensidad trueca su salvaje aspereza

La flora pestilencial comienza a desaparecer ante una flora mas salubre y clorofiliana

Hay claro-obscuros boreales, auroras inesperadas Y alguna que otra vez, como mensaje sublime, un breve pantallazo de sol puebla el Abismo de estremecimientos dorados

El revelador avalora el laborear madreporico Nota el avance de la labor niveladora

Por todos lados la *Voluntad de llegar a ser* preside las fecundaciones, virtualiza los gérmenes

Como boa que cambia de piel, el Abismo cambia de forma, de dimensiones.

Asume un carácter de sobrehumana fortaleza, de severa grandiosidad.

Un espíritu de solidaridad, de sacrificio, va eslabonando las cadenas vivientes que suben y bajan, ondulan y se enroscan, giran y se distienden.

Lleno de tal miraje, penetra en una de las cabañas que pueblan la plataforma

Una pareja de enamorados le recibe con muestra de respeto

Ella, parece un fruto primerizo de la cosecha futura, con su cráneo magnífico, su busto y sus caderas de joven titánida

Ambos tienen la franca sonrisa, el radioso mirar de los amantes.

Se aman, lejos de las convenciones

Le invitan a participar de su mesa, del fuego de su hogar

Luego, ambos le piden un salmo de amor, de esperanza

Y ante el misterio de aquellos dos destinos confluídos en la misma parábola, el Desconocido recita el nuevo Cantar

En el almohadón rosado
de tu pecho virginal,
dulcemente reclinado,
¡cuántas veces he soñado
en una prole inmortal!

Latía tu corazón
como un picaflor, veloz;
y era tal tu emoción
que daba la sensación
de que velabas a un dios.

¡Oh, mi reina Citerea,
flor votiva de Himeneo!
¡Que el fruto de mi deseo
genial y ascendiente sea
cual un nuevo Prometeo!

El ritmo de amor fecundo
vibre en tus sacras entrañas.
¡Que en su misterio profundo
nazca un amador del mundo
soliviador de montañas!

Que sobre sus hombros muestre
como antorcha humanitaria
una cabeza terrestre
digna de su estirpe aria!

¡No importa que no nos quiera,
como a los suyos Jesús;
ni que escarnecido muera
por alguna gran Quimera
en alguna nueva cruz!

Que la Justicia celebre
bodas de oro con su ser,
y el numen le dé su fiebre
para que sea el orfebre
de tan terrible deber!

Que crezca meditabundo
en la lid y en la fatiga;
¡que palpe el horror del Mundo,
y sienta el afán fecundo
de la cruz: *¡Conciencia obliga!*

LA MUERTE

Alguien se queja en la sombra de los derruídos pinares, al borde del Abismo, en la negra montaña.

Allí, por donde ha rodado uno de los peñascos más abruptos que los mineros aventaran.

Alguien se queja en la sombra de los pinares.

El cuerpo no se percibe bajo el enmarañamiento de los hendidos árboles.

Sus quejidos conmueven el corazón de la plebe.

La Multitud, aparta los seculares troncos, derruídos por el peñasco.

A poco, la faz del último de los Desconocidos, ensangrentada se vislumbra bajo las negras ramas.

Mil manos recogen el cuerpo inerte, la cabeza rapsoda.

La mala nueva, vuela de antro en antro, hasta los lejanos valles natales y el pozo central.

Todos abandonan su faena, su miseria, su dolor. Nadie labora más.

Por doquiera es un hormiguear de homúnculos en marcha hacia la vertiente en que las muchedumbres velan el último sueño del rapsoda...

Son millares de larvas que aguardan, aguardan...

Arriba, los señores se preguntan: *"¿Y esa chusma? ¿qué ocurre que no trabaja?"*

Así transcurren el día y la noche.

Luego, el revelador es incinerado a la manera antigua, con los ramajes de los pinares que le mataran

Y la pira, ilumina por largo tiempo los contornos pululantes, las fauces de más en más estrechas del Abismo, el vientre monstruoso de la Montaña.

Como si de sus pavesas renacieran nuevos reveladores — antes de que la pira se extinguiera, como nave que naufraga

en alta mar, devorada por las llamas,— en la vertiente aparecen inesperados Desconocidos.

Y la voz de uno de ellos, lenta, entona un himno de confraternidad.

INVOCACIÓN

I

1

¡Oh Gaya Morgana mía,
Madona de Poesía
del rito sentimental,
que ciernes tus altos sueños,
como albatros zahereños,
sobre las sirtes del Mal.

2

Felice sea la Gracia
que plugo honrar mi desgracia
con la gloria de tu don,
cavando en la mente viva
la eximia fuente votiva
de tu viva inspiración.

3

Sin ti, yo habría caído
en la Gehenna, vencido
por la furente Ananké;
forzado de la existencia,
corsario de la inconsciencia
o mercader de la Fe!



4

Rampando como un endriago
con la fiebre del estrago
en las pupilas sin luz,
o encogiéndome villano
como un sinuoso gusano
para ascender sin mi cruz.

5

Ante el cosmos enemigo
hubiera sido un mendigo
del crear y del sentir;
Job, rico tan sólo en podres,
bebiendo en añejos odres
las heces del porvenir!

II

6

¡Oh, Gaya Morgana mía,
surtidor de poesía
cuyo ritmo ascensional
bajo el astro de la Ciencia
tornasoló mi conciencia
y sublimó mi ideal!

7

Felice, bendita seas
nodriza de mis ideas
a quien debo lo que soy:
como madre me enseñaste,
como amada me inspiraste,
siempre augusta ayer como hoy.

8

Recuerdo en la adolescencia
tu primer iridiscencia
en la penumbra interior,
do la efigie de una bella
"desnuda como una estrella"
me iluminara de amor.

9

Recuerdo tus magias todas
en las citas y en las bodas
del gozoso imaginar;
las divinas apoteosis,
y las geniales neurosis
que apareja tu gozar!

10

Cómo trocaban las cosas
de fútiles en grandiosas,
y viceversa también;
Satanes en Prometeos,
nimbos de espina en trofeos,
la propia Tierra en Edén!

III

11

So el lodo que lo encadena
el bulbo de la azucena
emerge un tallo triunfal,
que, como incensario de Eros
florece sus pebeteros
de una blancura nupcial.

12

Así también, alma mía
emergió tu poesía
del lodo del corazón,
cubriendo la herencia fiera
con la vital primavera
de tu triunfal floración.

13

Por ti, yo he sido el beluario
del gran reino originario,
Daniel del foso interior,
domador de los leones;...
y aeda de las naciones,
de estro emancipador.

14

Por ti he dado a las almas
como el polen de las palmas
la *buena nueva* augural
que contiene los fermentos
y los grandes pensamientos
de la redención social.

15

Con flamígeras estrellas
he ido encendiendo en ellas
el fuego de la Verdad;
y en la alta noche sombría
les he indicado la vía
inmensa, de la equidad.

IV

16

Para hundir los tabernáculos,
y derribar los oráculos
del absurdo y el error;
para arrasar la ignorancia
y difundir la abundancia
del trabajo y del amor.

17

Para hacer de los humanos
libérrimos ciudadanos
paladines del deber;
para infundir en sus pechos
los primordiales derechos
a la vida y al placer.

18

Para acelerar las fases
de la antrofagia de clases,
la miseranda doblez,
para acabar en la tierra,
con el culto de la guerra
que estimula el interés.

19

Para volar las montañas
de prejuicios, las entrañas
de toda fatalidad;
para colmar los abismos
de los viejos fanatismos
que hieden a iniquidád.

20

Para que cada conciencia
opere al sol de la ciencia
su propia transmutación,
y al astro que la redime
done, en ex-voto sublime,
su postrer superstición.

21

Para sanear de inquietudes
a las sucias multitudes
que aherroja la injusta ley;
para levantar las frentes,
para redimir las mentes,
para emancipar la grey.

22

Para dar nuevos destinos
a los yermos campesinos,
y a la ergástula-taller:
para que alegren los cielos
los nupciales *ritornelos*
del liberto y la mujer.

23

Como el viento entre las palmas
fecundaré nuevas almas
con el polen augural...
que contiene los fermentos
y los grandes pensamientos
de la redención social.

24

Con flamígeras estrellas
seguiré encendiendo en ellas
el fuego de la verdad;
y en la alta noche sombría
iré indicando la vía
inmensa, de la equidad!...

V

25

¡Oh, mis réprobas canallas,
carne vil de las batallas,
emponzoñada de alcohol!
¡Galeotes del bien fecundo,
sin más amparo en el mundo
que la justicia del Sol.

26

Cristos, que váis por la Vida
sangrando de alguna herida
muriendo de algún pesar;
vagabundos, harapientos,
torvos, sombríos, hambrientos,
sin Dios, ni patria, ni hogar;

27

Yo encresparé las mareas
de vuestras rojas ideas
en ímpetu ascensional,
hasta que el último icono
ruede del último trono
como un espectro infernal.

28

Soplaré en vuestro marasmo
el simun de mi entusiasmo
que ora es Odio y ora Amor,
hasta que alcéis las cervices
de estos crepúsculos grises
en un alba superior.

29

Sentiréis eternamente
como el fragor de un torrente
que se derrumba en el mar,
confundirse eternamente
mi clamoreo rugiente
a vuestro enorme ulular.

VI

30

A la cárcel y al destierro
llegará el *desperta ferro!*
de la ansiada redención,
cuando arroje todo siervo,
el explosivo del verbo
en bombas de inspiración.

31

Gloriosos consagraremos
el fecundo ¡laboremos!
en acuerdo universal:
nueva vida, nuevos soles,
nuevos padres, nuevas proles,
nuevo y magno el Ideal.

32

Sobre el nuevo Mundo en cuajo,
nuevo mundo del trabajo
de la ciencia y la equidad,
vibrará en su real belleza
la sublime Marsellesa
de la libre Humanidad!

La montaña ha surgido del Abismo, el abismo surgió con la montaña

Se apartaron simultáneamente, simultáneamente se unirán.

El Abismo será la fosa de la montaña Ambos desaparecerán en la nueva y eterna transformación.

Alrededor de la tabla redonda de la tierra habrá asiento para todos

Nadie estará más alto, por poderes extrínsecos, por heredados privilegios.

Todos alcanzarán la altura de su Personalidad, en el aire de los plenos desarrollos

Las sedes de cabecera estarán donde se encuentren los Grandes del intelecto y de la voluntad

Cabeceras de la futura tabla redonda de la Tierra

SIMULACROS

EL CENOBIO

Humilde es el cenobio. Las divinas
hermanas lo ilustran con su presencia;
el espíritu puro de la ciencia
lo anima con sus luces minervinas.

Ni bronces ni cuadros. Las peregrinas
horas no dan en él su evanescencia;
ni en lunas de cristal, la inteligencia,
—como otoñal aurora a sus neblinas—,

arrebola nostalgias penserosas;
ni pájaros, ni flores, ni ofrendarios,
ni bellos niños de rientes labios
sobre falsas de formas voluptuosas.

Sólo libros, manuscritos, diarios;
y en medio del reposo de las cosas,
un pensador absorto en sus resabios
y en sus velos, arañas silenciosas.

1901

ROSA ÍGNEA

Su alma era la rosa de un jardín encantado,
las auras de los cielos la oreaban al pasar,
vírgenes misteriosas de rostro enmascarado,
con ojos incendiarios solíanla admirar.

En las noches azules, bajo el palio estrellado,
un ruiseñor la daba su lírico cantar;
y en las albas doradas el lucero nevado
imprimía en su boca sus labios de azahar.

Mas, una noche blanca y tibia como ninguna,
en que la roja rosa sonreía a la luna
dulcemente arrullada por su fiel ruiseñor,

una chispa de fuego ¡ay! cayó en su nectario,
y cual la brasa ardiente de un místico incensario
desde entonces la rosa se consume de amor.

SUELE TURBAR...

Suele turbar su místico sosiego
una visión de amores, soberana,
cuyas pupilas de sidéreo fuego
y cuyos labios de risueña grana

aún le hacen revivir, con sobrehumana
videncia, aquel como episodio griego,
que su impetuosa juventud lejana
colmó en un mutuo y delirante ruego.

A veces la visión es tan jocunda
que un sudor espasmódico le inunda,
y el alma le agoniza de placer;

así reina el amor en su memoria,
mas él suele decir con vanagloria
que lo que más desdeña es la mujer.

MAGÜER DE TANTOS LABIOS

Maguer de tantos labios que he besado
de blancas rosas, crisantemos de oro,
mi amor llega hasta ti, puro y sonoro
como un champagne bullente y perfumado.

Pues fueron sus idilios del pasado
como filtros de Angélica a Medoro,
crisoles de experiencia, en que el tesoro
del alma, se ha fundido y sublimado.

Hoy, el vino glorioso de mis viñas
sonríe en las miradas de las niñas
de tus pupilas, ebrias de pasión.

Mañana, si eres comprensiva y buena,
como en la copa pectoral de Helena,
en la tuya, pondré mi corazón.

FIAT

I

Emergieron al fin de los profundos,
de los amargos, oceanos duelos,
las cordilleras de los nuevos mundos,
y las auroras de los nuevos cielos.

Florecieron al fin en los profundos,
abismos de las noches de los duelos,
las maravillas de los nuevos mundos,
las vías lácteas de los nuevos cielos.

Y una divina sucesión de raras
metamorfosis se operó en las cosas:
Terminaron las fieras avalanchas,

llenáronse de oasis, los Saharas,
de espinas, despojáronse las rosas,
y hasta el gran sol amanecio sin manchas...

II

Dentro tu corazón, rojo joyero,
quise guardar mis esperanzas todas,
reverdeciendo del amor primero
las candorosas y frustradas bodas.

Quise engastar el alma en tu joyero,
flordelizada con sus ansias todas,
y hacer brotar en tu áureo estercolero
el lirio milagroso de las bodas.

Quise tender sobre el abismo inmenso
el iris redentor de mi ternura
como un manto de luz! Oh triste y bella!

Y envuelta en el perfume de mi incienso,
quise, de nuevo, idolatrarte, pura,
"en tu inefable desnudez de estrella".

III

Yo quise ver las perlas de tu llanto
sublimando el fulgor de tus miradas,
y sentir los deliquios que las hadas
pusieron en la magia de tu canto.

Quise gustar tu refinado encanto,
la clave de tus gracias adoradas;
y al darte las primicias consagradas
oh joven Isis! entreabrí tu manto.

Y te envolvió mi asombro, mi locura,
en una hoguera de invisibles fuegos
como a una estatua, el tórrido verabo:

y aún me aterra el fin de la aventura;
cuando sordo al acento de tus ruegos
sangró tu corazón bajo mi mano...

1898

¡OH, LÍRICA ELEONORA...

En la mórbida y leda tristeza vespertina
haz despertar el piano de su silencio grave
y en un gentil preludio pausadamente suave
vibre tu voz magnética cual una aura divina.

Modula el aria aquella del sacro Palestrina,
gótica, mecedora, más que la ansiosa "Ave"
y esfuérzate ¡oh canora! porque tu canto acabe
como una serenata que pasa en la neblina.

Quiero rociar con lágrimas mi adolescencia ida,
quiero dar por tus labios mi adios de despedida
mi adiós a mis veinte años, para jamás mi adiós;

y junto con la onda postrer de la armonía
besar tu blanca frente de lucero del día
¡oh lírica Eleonora, consolatriz de Nos!

1898

COMO UNA COPA LLENA...

Después, conversaremos mientras la noche avanza,
verterás tus ensueños en mi desolacion,
cabe mis desalientos izarás tu esperanza
y sobre el alma enferma pondrás tu compasión.

Dirás las plenitudes de tu áurea venturanza
como una inspiradora, junto a mi corazón;
y harás porque reviva, al sol de tu alabanza
la zarza hecha ceniza de mi última ilusion.

Yo evocaré entretanto mi vida solitaria,
la eterna trashumancia, la fiebre visionaria,
la flagelante angustia del Mazzepa genial;

y otra vez, en la dulce tristeza vespertina,
haré que me embriague tu garganta divina
como una copa llena de néctar musical.

1898

PRERRAFAELITA

Loreley, Loreley, mi grácil vecinita,
pálida como un novi-lunio crepuscular;
tu frente es un poema, tu boca una fresita,
y el fuego de tus ojos me suele hacer soñar.

¿Sabes? me hechiza verte, bizarra y exquisita
con tu peinado arcaico —gloria del boulevar—
como una deliciosa visión *prerrafaelita,*
erguido el busto artístico, felino el noble andar.

Tu cuerpo es una rítmica —ánfora de ambrosía
que un gay felice orfebre moldeara cierto día
para que contuviera tu adolescencia en flor.

Mas ya quien sabe cuanta ternura transitoria
ha puesto en el exergo cordial de tu memoria
so cada nueva efigie, el *¡Vincit!* del amor.

1898

AFFICHE

Yo la ví sonreír veladamente
—una tarde al pasar—, en su balcón,
y esgrimir su bizarro "impertinente"
con una deliciosa distinción.

Otra vez, yo la vía, coquetamente
insinuar su alevosa seducción,
modelando sus formas de serpiente
desde los regios flancos al talón.

Y desde entonces su triunfal silueta
de tentadora, picaresca y maja,
cruza por mis insomnios de poeta

como una evocación de la regencia;
con su perfil artístico de alhaja
y el "chic" de su adorable impertinencia!

FELIZ

Feliz el conquistador
que con arte sorprendente
logre el ático presente
de tu glorioso impudor.

Feliz el sabio en amor
cuya elocuencia vehemente
cubra el mármol de tu frente
de un insólito rubor.

Feliz aquel que algún día
susurre a tu oído: "¡mía!"
con indecible emoción;

Aquel que unido a tu suerte,
surque la vida y la muerte
corazón con corazón.

1898

A SALOMÉ

Recuerdas, cuando ensayabas
la "Sapho" de Massenet,
y después, cuando danzabas
para mí solo, el *minuet?*

Recuerdas cuando rociabas
de besos la rosa thé,
en tanto que me mirabas
con ojos llenos de fe?

Recuerdas el tiempo aquel,
las lecturas del "Ariel"
de Shelley, en tu "boudoir",

el coloquio largo y solo
como Francesca y Paolo
en el dantesco Cantar?

Recuerdas el tiempo aquel,
oh blonda como la miel?

1898

MACABRA

En lo hondo del corazón
hay una estancia cerrada
de cuyo rojo aldabón
pende una cinta enlutada

Yace allí la efigie helada
de mi última pasión,
en su féretro velada
con un sombrío crespón.

Y Ella, sin saber nada,
ni ver la cinta enlutada
que anuncia su defunción,
suele golpear, inocente,
en esa capilla ardiente
que tengo en el corazon.

COMO SOLÍAS TÚ...

Despertéme obsedido
por una sombra azul
que me hablaba al oído,
    como solías tú...

Llovía suavemente,
y en la noche sin luz
sentí besar mi frente,
    como solías tú...

¡Oh! que ansiedad más loca,
que inefable inquietud,
cuando sorbió mi boca
como solías tú...

Cuando se echó en mi lecho
y me clavó en su cruz,
y me adurmió en su pecho
como solías tú...

ÉL NO QUERÍA PEDIR

Él no quería pedir
nada al Dios desconocido,

ni siquiera un elixir
de amor, ambición u olvido.

Poco dábale el vivir
como hasta entonces aburrido,

menos dábale el morir
pues nada le era querido.

¿Quizás habría nacido
con el don de no sentir?

¿Quizá le habría perdido
en un supremo sufrir,

bajo el arco de Cupido
o en un Leteo de Ofir?

Yo lo que puedo decir
es que vivía aburrido;

y que solía reír
de sí, con doble sentido...

Mas, no quería pedir
nada, al Dios desconocido!

1899

MÍSTICA

Remebranzas penserosas
de un ensueño irrealizado,
como pétalos de rosas
que los soles han quemado.

Incierta melancolía
de un hondo dolor sufrido.
Que prolonga su agonía
como un pájaro en su nido.

Nube rósea, peregrina
de un cariño que se aleja,
y en la napa cristalina
de su origen se refleja.

Soñación crepuscular
junto al río mecedor
que se encamina a la mar,
como la vida al dolor.

Mirada última y vaga
de una agónica ilusión
que busca, como una daga
la vaina del corazón.

Poesía del pinar
grave, triste, suave y fluída,
que dice el viento al pasar
como un eco de la Vida.

Onda de oro, sol inmenso
de la potencia creadora,
que al porvenir da su incienso
y a las cegueras su aurora.

Blancas aves, manos finas
que en los teclados erraron,
despertando peregrinas,
las sonatas que inspiraron.

Postrer sonrisa grabada
en la boca de una muerta,
como una joya olvidada
en el dintel de una puerta.

Frágiles ramos de encantos
que la juventud tejió,
y marchitaron los llantos,
y la vejez deshojó.

Aureos astros redivivos
de un firmamento moral,
en el cerebro cautivos
como tesoro irreal.

Afanes indefinibles
de ambición y de ternura:
cuanto humea de imposibles
la pipa de la locura.

Rojo cráter, brasa bella
de un entusiasmo fecundo,
que al llamear cual una estrella
rayo a rayo alumbra el Mundo.

Aroma de flor marchita
dentro de un libro olvidado,
que en memoria de una cita
conservan los que han amado.

¡Oh la ardiente persuasión
de unos labios miel y grana,
que en un beso de pasión
colman la música humana!

¡Oh, quejas del goce breve
que el alma al destino lanza,
a trueque de hebras de nieve.
de angustia y desesperanza.

¡Ah, que grato es expresar
a algunas, el propio duelo,
como los tumbos del mar
a las estrellas del cielo!

Y cuan la pasión es loca,
débil, la naturaleza,
cuando se ofrece una boca,
y se enciende una belleza.



¡Ah! de tu ensueño, te ruego
no bajes, lograrlo abisma;
haz cual la brasa de fuego
que se consume a sí misma.

Pues tras la delicia vaga
puede la desilusión,
herirte como una daga:
cuida, cuida el corazón!

COMO INMORTALES FAROS

Aunque cierre los ojos te ve mi fantasía,
aunque me hunda en la noche no te puedo olvidar,
¡oh forma inmarcesible, visión de poesía!
¡Oh sombra de mi sombra, soñar de mi soñar!

Como inmortales faros velan la vida mía
tus ojos que atesoran toda la luz del día
los cambiantes del iris y el misterio del mar.

¡Oh forma inmarcesible, visión de poesía,
aunque cierre los ojos te ve mi fantasía,
aunque me hunda en la noche no te puedo olvidar!

A LORELEY

I

Si tú me comprendieras
yo te amaría
en un silencio lleno
de poesía.

Te haría versos suaves,
y rimas bellas
cual los juegos de luces
    de las estrellas.

Y gallardos poemas
de apoteosis
en las horas felices
    de mi neurosis.

Grabaría en mi numen
tu faz querida
cual lucero del alba
    de mi otra vida.

Soñaría en mirarme
galantemente,
en las flores que alumbran
    bajo tu frente.

II

Pondría con la gracia
volátil de Banville
en tu alma, como gema,
    el mío y tu perfil.

Un gozoso consorcio
de extra natura
sería el de mi Ingenio
    con tu Hermosura.

¡Qué emoción de emociones
me embargaría,
al oír en tus labios
    mi poesía.

¡Qué silencios más llenos
de dulces cosas!
¡Qué embriagueces de triunfo
maravillosas!

Reclinada en mi pecho
de amante Asís,
besaría tus sienes
    de flor de lis.

Tu fluvial cabellera
tenebrosa y alada,
tu frente de quimera
    y tu boca encarnada.

En mi diestra de nieve
tus dos manos de rosa,
opreso el talle breve
    como una mariposa.

III

Iríamos sonrientes
por la playa sonora
en los rojos ponientes
    al dorar de la aurora.

Erraríamos lentos,
los ojos soñadores
llenos de pensamientos,
    y el corazón de amores.

La multitud celosa
nos vería pasar;
pareja más dichosa
    no se podría hallar.

Como un orfebre regio,
mago del gay saber,
haría un florilegio
de tu alma de mujer.

Como en la copa aquella
del mágico Graal
en tu beldad de estrella
pondría mi Ideal.

Serías casta o lúbrica,
según mi inspiración;
llevarías mi rúbrica
sobre tu corazón.

Reflejarías todo
cuanto quisieras
como mi auténtico modo
sin que supieras

Como liana de seda,
entirsarías
mi existencia socrática
con tus brazos de Leda,
tu sonrisa lunática,
y las sierpes sombrías
de tu testa selvática.

Tal serías, mimosa,
exquisita, preciosa,
por mi amor transformada;
con tus manos de rosa
tu carita nivosa
y tu boca encarnada.

AL MAR DEL PLATA

Feliz, oh mar del Plata! que has logrado
lo que nunca pudieron mis anhelos·
verla acudir a la primera cita
y desnudarse al borde de tu lecho.

Feliz, rival amigo que has logrado
mecerla en tu columpio gigantesco,
y besar, con los labios de tu oleaje,
los ondas voluptuosas de sus senos

Feliz, triunfal sultán que has circundado
de nupciales espumas sus cabellos,
y has puesto el ceñidor de tus caricias
a la estatua flotante de su cuerpo.

Yo sé de un mar interno y solitario
más grande que el más grande de los piélagos,
más puro, más azul y más profundo
donde Ella nunca mecerá sus sueños!

1901

EN SILENCIO

Suele recordar a veces,
haber sido en otros tiempos,
cantor de elegías áureas
y penserosos *allegros.*

Suele también escuchar
en bocas de compañeros
romances, que dicen suyos,
y a él le saben a ajenos.

Ya que narran tales cosas
como pocas se sintieron,
o describen ígneas furias,
o desorbitados sueños.

Todo ello en ritmos sin alma,
ausentes de sentimiento:
tanto, que dice a sí mismo
cuando evocan tales versos:

Poesía, Poesía,
Santa Cecilia del Verbo
bajo cuyas manos canta
el armónium del ensueño;

sé buena con tu hijo pródigo,
perdona sus vanos yerros,
haz que merezca tu gracia
su grande arrepentimiento.

Ya que el fiero sagitario
vendado, flechó de nuevo,
al nostálgico aguilucho,
en la jaula de mi pecho;

¡Oh, madona de los éxtasis
Santa Cecilia del Verbo,
haz que para siempre olvide
las ficciones de otros tiempos!

Haz, que el pobre desterrado
de los espacios inmensos,
de las nevadas montañas
y los azules océanos,
enseñe a su predilecta,
la poesía del silencio...

NUNCA MÁS...

Aquella noche de bodas
en tu soberbia mansión
tus amigas fueron todas,
tus amigos..., menos yo.

Deslumbrarían las gemas
de tu tocado falaz,
el nimbo, de blancas yemas,
el casto velo nupcial.

Palpitarían las pomas
pectorales de tu ser,
como dos blancas palomas,
por algo que no diré...

Alguna angustia inefable
acaso te poseyó,
cuando el dómine impecable,
echóles su bendición.

Ningún estremecimiento
quizá se te percibió;
pero allá en tu pensamiento...
pero allá en tu corazón...

sonreirías sirenaica
fingiendo un aire feliz
como una vestal arcaica
elegida entre diez mil.

Deslumbrarían las gemas
de tu tocado falaz,
el nimbo, de blancas yemas,
el casto velo nupcial.

Aquella noche de bodas
en tu soberbia mansión
tus amigas fueron todas,
tus amigos . ., menos yo.

Ha poco, nos encontramos,
¿no recuerdas donde fué?
apenas nos saludamos,
tú muy grave, yo también.

Después. . ., pasaron los meses
sin volvernos a encontrar;
yo pensaba muchas veces:
¿nos veremos? ¿nunca más?

¿Nunca más? ¡Qué desenlace
de una tal intimidad!
Y me mordía la frase
como a Poe: ¿NUNCA MAS?

Algunos que comprendían
de mi alma la ansiedad,
en secreto me decían:
"Ella le ama", "busquelá".

Pero otros se alegraban
con una risa jovial,
y como el cuervo exclamaban.
"Caballero: ¡NUNCA MAS!"

"Nunca más", me perseguía
por doquiera, sin cesar;
hasta en sueños siempre oía
como loco, ¡NUNCA MAS!

Y las sombras de la noche,
y las brisas de la mar,
y las cosas familiares
repetían: ¡NUNCA MAS!

¡Cuántas veces desolado,
disparábame al azar,
como huyendo del malvado,
del horrible: ¡NUNCA MAS!

Y aquella que no se nombra
complacíase en mi mal,
pues su sombra era la sombra
que evocaba el ¡NUNCA MAS!

Hasta que un día cansado
de tan intensa obsesión,
di en pasar, embozado,
por la calle de mi amor.

Y al ver la casa cerrada
y enlutado su aldabón,
tuve una corazonada
al pensar: ¿cuál de los dos?

¿Cuál de los dos? y subí
ebrio de un afán atroz;
si era El ¡qué frenesí!
si era Ella ¡qué dolor!

Y cuando le ví tendido,
con su lividez mortal,
por tres veces al oído
susurréle ¡NUNCA MAS!

Y cuando toda enlutada,
ella al fin dejóse ver,
y con su doble mirada
arrodillóse a mis pies

yo, sin saber lo que hacía
o sabiéndolo quizá,
repetí, como solía:
¡¡Nunca, nunca, nunca más!!

Trágicas musas mías, Euménides rugientes
que enloqueció la vida con su indecible horror,
llenad las almas todas de fiebres insurgentes,
¡verted, verted la roja ponzoña del rencor!

¡Irritad, irritad los nervios de las gentes
que pudren en el ocio, que aplasta la labor;
envenenad la sangre de todos los conscientes,
¡verted, verted la roja ponzoña del rencor!

Puesto que a la Natura haceros mía plugo
lograd que los sumisos deshielen su sopor,
dad fuerzas al esclavo para trozar su yugo;

haced de cada paria su propio redentor;
y para que en el Orbe no quede ni un verdugo
¡verted, verted la roja ponzoña del rencor!

A UN PRECURSOR

Chimborazo tronador
del numen continental,
cráter inmenso, fanal
de brillo enceguecedor,
¿por qué tu vasto clamor
no atruena la inmensidad?
¿La super Humanidad
bien no vale un cataclismo?
¡Si eres la voz del Abismo
anuncia la tempestad!

¡Ah! Si en tu enorme cantar
aunando los elementos
aullaras como los vientos,
gimieras como el pinar,
si supieras remedar
en tu cósmico cordaje
la grandiosa vibración
de la selva y del oleaje,
el ronco fragor salvaje
de la mar y el aquilón.

Tu canto no es wagneriano
maguer sus magnos tesoros;
no hay duos, tríos, ni coros
en tu clamor soberano.
Eres el bardo pampeano
lleno de un vago humanismo,
cultor del misoneísmo;
y si por la Chusma, penas,
crees trozar sus cadenas
con opio de misticismo!...

Tú traes de un mundo muerto
el perturbante sahumerio;
utopías del misterio
que halagan al más despierto;
pontífice de lo incierto,
de lo dudoso y lejano,
de lo eternamente arcano,
de lo que nunca sabrás,
vives mirando hacia atrás
ajeno al trajín humano.

¿Recuerdas, oh solitario,
majestuoso soñador,
el indecible fervor
con que acudí a tu Calvario?
¿Cómo iba de ofrendario
mi nómade corazón
en busca de inspiración
de arte augusto, de Ideal?
¿Recuerdas, bardo genial,
mi emoción y tu emoción?

Augustas noches aquellas
en la ciudad desolada
en que iba a las estrellas
la unánime llamarada
de nuestra fiebre sagrada.
Coloquios de poesía,
juegos de la fantasía,
arte de hacerse mejor,
¡oh mágica epifanía
de mi adolescencia en flor!

(Cuando andaba tu nación
hollada por tanto histrión
estalló tu indignación
como cráter torrencial
contra la pestilencial
putrefacción de la altura:
y aún tu yambo perdura
como los de Juvenal.)

Nos conmueve la belleza
de tu arduo individualismo;
el esplendor de idealismo
que austeriza tu nobleza;
celebramos la grandeza
de tu vivir solitario,
el inspirador Calvario
en que tu orgullo se inmola,
¡y te ceñimos la aureola
del prócer y del beluarió!

Tú eres mi precursor:
eres plegaria, blasfemia,
unción, delirio, hiperhemia,
soberbia, piedad, dolor.
Con redobles de tambor
fluye tu verso arterial;
te imaginas sin igual,
apóstol de toda gente;
lapidario, iridescente,
volcánico, zodiacal.

No has podido inocular
como una potente savia
el estracto de tu rabia
en la linfa popular;
ni has querido esbozar
en tus horas de utopía
una era de armonía
en que réprobos y electos
serían los predilectos
de la futura Icaría.

Tu Musa es hiedra que oprime
el tronco del ascetismo;
hiedra de borde de abismo,
inaccesible, sublime.
En vano jadea y gime
por ascender a la cumbre
sin alcanzar la vislumbre
de la ilusión que la inmola;
¿qué haría, mórbida y sola
lejos de la muchedumbre?

Sueles sufrir la obsesión
del dolor y el hambre ajena;
tu alma es un alma llena
de piedad, de compasión.
Por ello tu inspiración
a veces ruge enconada
contra la infame majada
que recogida en el ocio
sólo piensa en el negocio
de folgar sin crear nada.

Tú pones de manifiesto
las llagas y los errores,
las vilezas, los horrores,
de nuestro tiempo inhonesto.
Tienes el arte y el gesto
de exponer y concretar,
y el genio de fulminar;
tú admiras. ¡Yo hago temblar!

Tu Musa en mucho es cristiana,
ascética, retraída;
con rencor mira la Vida,
sin fe, sin amor, sin gana.
La mía es libre y humana,
solidaria, fraternal,
consoladora, mundial,
por la ciencia redimida,
rebelde, tiranicida,
compleja y emocional.

En ti palpita algo inmenso
como la luz sideral,
mirra en flor, beato incienso,
armónium de catedral.

Mas, te hechiza lo ancestral;
por la fe transfigurada
tu inspiración retrograda
al establo de Belén;
la absurda Hierusalén
te atrae, como una amada.

Tu Verbo truena y retumba.
El mío relampaguea;
monocorde el tuyo zumba
en colmenar de la Idea.
Tu tardo numen procrea
cosas que hacen soñar.
Mi Verbo es aurisolar
como el padre de los Orbes;
¡absorbe lo que tú absorbes,
y sabe profetizar!

Yo soy el bronce augural
de retumbante badajo,
que anuncia el alba triunfal
de las greyes del Trabajo.
Campana de germinal,
verbo de las redenciones,
cuyos formidables sones
en arrebato, de guerra
atruenan, la sorda Tierra,
despertando corazones.

Cuyos ecos como obuses,
animan a los galeotos,
a los ingentes e ignotos
arrastradores de cruces;
para que logren las luces

que ennoblecen la existencia,
y perezca la inconsciencia
madre de la esclavitud,
y sea acción y virtud
la irreligión de la ciencia.

En medio de la metralla
del cuotidiano guerrear,
¿qué has sabido predicar
a la doliente "canalla"
que sufre, labora y calla?
Te soñaste defensor,
mesiánico redentor
de la excomulgada Casta.
¡ni fuiste iconoclasta
ni has sido renovador!

¿Hasle arrancado la venda
de alguna superstición?
¿Le has dado alguna lección
sapiente para que aprenda?
¿En qué ha variado su senda
desde que escucha tus cantos?

Tú le hablas de sus quebrantos,
nunca de liberación:
a veces tu inspiración
es *réquiem* de campos santos!

¿Y hemos de seguir así,
como los parias de antaño
sin que ningún zahorí
augure el feliz buen año?

Que nadie se llame a engaño
ni a regalada quietud;
la soberana virtud
es toda cooperación;
hay que hacer del corazón
tabla redonda y laúd.

Ya, los réprobos no van
a prosternarse en los templos;
anhelan otros ejemplos,
dejan a Cristo por Pan.
Ormuz destierra a Arhimán
de la tradición famílica;
el alma se vuelve idílica
lo propio que el corazón.
La Natura es la basílica
de toda Humanización.

Mas, el Pueblo ha menester
iluminar su ignorancia;
ser todo perseverancia
para al fin llegar a ser.
Conciencia, audacia, saber,
heroica impetuosidad.
La humana prosperidad
es mujer, ama a los bravos;
¡mientras existan esclavos
nadie tendrá Libertad!

Yo no predico el sermón
de la fe ni del sosiego,
no enseño el cobarde juego
que llaman resignación.

Proclamo la libre unión,
la "buena nueva" ascendente
entre la *perdida gente*
de cada infierno social;
si mi canto es infernal
también lo es el presente.

Canto de clase marcial
que combate por la Vida,
himno de casta aguerrida,
solemne salmo coral,
alarido universal,
marea de antiguas penas,
explosiones de cadenas
que van subiendo, subiendo,
en tempestuoso *crescendo*
como el mar por sus arenas!

Envío

Por el amor de la Tierra
abrazaos como hermanos
¡oh siervos de los tiranos!
¡oh víctimas de la guerra!
Por el amor de la Tierra,
del sol, de la libertad,
del saber, de la equidad,
¡alegrad con vuestros cantos
los mundiales campos santos
de la vieja Humanidad!

¡Atreveos! ¡Atreveos!
Formad los nuevos Zodíacos,
¡oh plebeyos Espartacos!
¡Harapientos Prometeos!
Ecce-homos: ¡atreveos!

Clamad, rugid, aprestaos,
relampaguead, rebelaos,
a sangre y fuego imponeos:
ante el rojo perihelio
os anuncio mi Evangelio:
¡Miserables, atreveos!

1902

LAS DOS SUBJETIVAS

Dos huríes más bellas que las más bellas ánforas,
dos nupciales querubes vibrantes como arpas,
—blondas como las llamas de los cirios pascuales,
como los cirios, blancas,—
sonríen en la tienda nómade del ensueño
donde el moderno Job cura sus viejas llagas.

La tentadora Cipris y la celeste Lumen,
la Beatriz eterna, la eterna Lindaraja
gloriosas le sonríen:
dos huríes más bellas que las más bellas ánforas.

Sus sonrisas alegran la soledad mortuoria
como los soles dobles que en lo infinito pasan.
A su luz el desierto florece sus mirajes,
el interior desierto que nunca, nunca acaba,
más vasto y asfixiante que todos los desiertos
por donde van los pueblos en luengas caravanas.

La tentadora Cipris y la celeste Lumen
gloriosas le sonríen;
la una con sus labios, la otra con su alma:
dos huríes más bellas que las más bellas ánforas.

Y el ululante aeda,
el formidable paria,
que audaz interlocuta con la ananké que rige
las potencias arcanas;
que extrae de las cosas los míticos sentidos,
e intuye el gran secreto de la universa Maia;
el lívido leproso de Verbo que remeda
la voz del aquilón sobre las marejadas;
cuya lírica evoca
el fragor de los cráteres y de las cataratas,
el rapsoda augural, "devorador de hambres
y bebedor de sed", cual todo los "schandalas",
a las dos subjetivas que le sonríen, canta:

La terrestre Cipris

¡Oh! Venus de Anacreonte, de Epicuro y Boabdil!
Palmera de suaves dátiles en el desierto olvidada
que guardas, en blando estuche,
el inmortal vellocino del deleite y del nirvana;
con ser tú la más amable de las terrestres deidades
tu reino no es de este Mundo, de este Mundo que es tu patria.

En vano dicen que animas, moléculas y universos,
en vano sensibilizas y coloras la substancia;
tú, no imperas en el Orbe, no alegras los corazones:
los tristes hombres te ignoran, te ignoran las tristes razas.

En vano brindas tus frutos a las viles muchedumbres,
en vano entreabres tus brazos a la canalla que pasa,
en vano aromas el ámbar nupcial de tu cabellera
y purificas tu cuerpo en ablución cuotidiana.

¡Oh! Cipris de pies veloces que Pan atrapó en la selva
y a quien Silvano ofrendara sus caramillos de caña;
Cipris de gesto halagueño para los fervidos faunos
y los garridos efebos y los majestuosos atridas!
¡Oh Cipris, conquistadora de insignes conquistadores,
musa de las poetisas, diosa de las cortesanas,
errante en la lejanía fabulosa de la arcadia,
cabe las islas de Jonia, los cármenes sarracenos
de la florida Granada,
los serrallos orientales y los oasis de Arabia.

¡Cipris, tornada del fondo luctuoso del ostracismo,
Cipris sin nobles cortejos de hieródulas sagradas;
no ya ostentando la augusta desnudez de la apoteosis
Silo vestida de sedas, con corsé, y hasta enguantada!

¡Cipris, cubierta la testa con un bizarro penacho!
¡Cipris, ornada de joyas como una hetaira bárbara!
¡Cipris, velando la olímpica magnolia de su semblante!
¡Cipris, teñida y con dote, casamentera... y cristiana!...

¡Tú, convertida en la Clara que amó el seráfico Asis,
la Clara del *Florilegio*, mimosa, ardiente, beata;
en la felina Lucrecia que alió la sangre de Cristo
con las mieles del Himeto y el falerno de Campania!

Tal eras, brasa votiva de místicos incensarios,
maravillosa custodia de doble lente vedada,
más ígnea que los rubíes de incandescentes reflejos
que acribillaban el sol que hace prosternar las almas.

Tal eres, en nuestro tiempo,
en las variedades de la vida cotidiana,
en el hogar, en la calle,
en las telas y poemas, mármoles y pentagramas.

¡Tal eras y eres aún, para los "civilizados"
y preclaros *pieles blancas,*
que llevan, como un oprobio,
la vergonzante tristeza de amar... como todos aman!. .

Tal eres tú, *¡Venus Victrix!* cúpula de las especies,
obra maestra pagana,
apenas si comprendida
en los infiernos de raros *Decamerones,*
y en las tórridas antípodas donde supuran mis llagas.

Favorita de los dioses,
liberta la más paciente entre las fieras humanas,
los atavíos no igualan tu desnudez victoriosa,
ni la expresión pigmaliónica de tu boca ensangrentada,
ni los rosados pompones de tus muelles pectorales,
ni la adorable molicie de tus flancos de sultana;
¡Oh Cipris tangible y mía!
¡Domus áurea desolada!

La celeste Lumen

Lumen, celeste Lumen,
encarnación de la Esperanza,
porfirogénita de las sibilas,
heredera de vestales y magas;
de aquellas que ascendieran
a los radiosos éxtasis, a la inasible gracia.

De cuantas retorcieron
sus púdicas entrañas,
para extraer de ellas el virus demoníaco,
la postrimer partícula de su fecunda savia:
esponjas fosforecentes
del congelado acuario de la "virtud" cristiana.

Lumen, celeste Lumen,
virgen omnisidérea
en quien el sexo adquiere idealidad de estatua.
Cofre de cinamomo, colmo de esencias finas,
capaz de perfumar la podre de mis llagas;
columna luminosa
que orientas en la noche la errante caravana.

Ornato de los pórticos, madona de los claustros,
Temis de los pretorios, égida de las plazas;
musa del ocio noble y la sutil sapiencia
privilegio de *eupátridas;*
orgullo de los cínicos, gesto de los estoicos,
brisa de la Academia, *"ironía socrática";*
de las *Mil y Una Noches* austeras de la Ciencia
Radioanímica lámpara.

Espíritu volátil que todo lo penetras,
ritmo relampagueante, neurona inexplorada,
que creas las sublimes corrientes intuitivas,
los *geisseres* geniales de altísima ideocracia.

Flora, carbón, diamante, polvo, calor y lumbre,
lumbre, calor y flora, incombustible brasa,
que alumbras, a tu hora, ya lenta o de improviso,
las grandes vocaciones y las empresas magnas.
Madreperla de imágenes, densa de inspiraciones
que duplicas el cosmos, forjas el superhombre,
y en la mundial barbarie instituyes la acracia.

Tal me apareces tú
a la diestra del alma;
coronadas de insomnio, las lunáticas sienes,
con la banda del Iris al pecho atravesada,
en la actitud de aquella que sabe y que confía,
y la sonda del genio en todas las miradas.

Tal como te soñaron los antiguos videntes,
—Budhas y Zoroastros
de nuestra estirpe aria;—
en las noches azules en que la altura ríe,
las selvas fosforecen de fúlgidos insectos,
los ríos asordinan el fluir de sus aguas,
y en los silentes valles los ecos se adormecen
y en los silentes valles los ecos se adormecen
junto a las fatigadas y mudas caravanas.

Tal como te soñaron los líricos Orfeos
en las albas doradas,
en que la Tierra entreabre los labios de sus flores,
y una emoción augusta hacia la luz nos alza.

Lumen, celeste Lumen, ¡Oh, cuán bella es tu frente!
Tu frente, más sublime
que los horizontes de las montañas.
Lírica y anchurosa
ascensional y pálida:
blancura boreal y sensitiva,
tersura floreal y aristocrática.

¡Bien haya el alto pórtico del templo de los templos,
blasón inaugural de la sapiente heráldica,
escudo de los nuevos torneos humanistas,
pantalla de aladino de las modernas lámparas!

¡Como la media luna para los musulmanes,
como la cruz del gólgota para la fe cristiana,
es para mí, tu frente, de zodiacal blancura,
insignia de idealismo, lábaro de entusiasmo,
flor de perseverancia!

Almohadón de las ínclitas quimeras,
de las tremendas pesadillas, lápida;
lírica y anchurosa
ascensional y pálida.
de la nave intangible de tu cuerpo,
insignia capitana!

Grácil como Selene,
como Selene clara,
cruzas sobre los locos vaivenes de mis horas,
sobre los torbellinos anárquicos del alma,
—grácil como Selene
como Selene clara—
sobre los horizontes sombríos de la Tierra,
sobre las pantomimas sin fin de los homúnculos,
y los hirvientes mares que encrespan las borrascas.

¡Oh voluptuosa Cipris! ¡Lumen paradisial!
No me digáis: "*¡Elige, decídete, separa!*"
Jamás me susurreis.
¿A quién de Nos más amas?...

Predilectas y únicas
—tú, sol de mis sensorios, tú, luna de mi ánima—
las dos me sois vitales,
inseparables ambas.

¿Quién pudiera fundiros
en una sola estatua,
sensitiva y parlante
jovial y sobrehumana?

¡Yo os glorifico!
Id por la inmensa Tierra. ¡Pasad de raza en raza
con vuestras dos efigies impresas en el oro
amonedado y puro de mis sonantes cláusulas!

Reverdeced perennes los altos optimismos,
viveros cerebrales de ubérrima esperanza,
enseñad a los hombres el juego de la Vida
por y para la Vida, no para sus fantasmas.

Desterrad de Occidente los ultimos fermentos
de la demencia hebraica:
la ilusión del "pecado",
la "pobreza de espíritu" como suprema "gracia",
y el vago escepticismo,
que el Eclesiaste ensalza

Sed los evangelistas del renacer humano
en el triunfal deshielo de la barbarie atávica.
Enseñad el divino arte de la Sonrisa
a los marchitos labios cansados de plegarias.

¡Id, transformadlo todo, cread el porvenir,
aunque olvidéis en ello aquel que os adorara,
y os consagró su vida, su ingenio, sus amores
¡ay! antes que os nacieran vuestras solares alas.

I

Tus ojos me embriagan, sus iris me acarician,
eres la ardiente presa que mis labios codician;
tus ojos me embriagan, sus iris me acarician.

Mi numen te cautiva, mi rebelión te aterra,
eres la siempreviva del amor de la Tierra;
mi numen te cautiva, mi rebelión te aterra.

Mariposa corpórea, abeja de elixir,
chúpame, beso a beso, la náusea de vivir;
mariposa corpórea, abeja de elixir.

Ven, si te sientes libre, ven si te sabes fuerte,
libre para la Vida, fuerte contra la Muerte,
ven, si te sientes libre, ven si te sabes fuerte.

Juntos saborearemos la miel de tus colmenas,
serás la favorita de todas mis sirenas;
juntos saborearemos la miel de tus colmenas.

Almohada de mis sueños, aureola de mi sien,
musa de los insomnios, Anadiomena, ven;
almohada de mis sueños, aureola de mi sien.

II

Yo soy el más mimoso de todos los búlbules,
anídame en tu pecho bajo los suaves tules;
yo soy el más mimoso de todos los búlbules.

Mi médula está enferma del mal de los inviernos,
caliéntala en la hoguera que avivan tus falernos;
mi médula está enferma del mal de los inviernos.

Desde que te conozco, conozco la congoja,
eres la electa mía, que tu pasión me acoja;
desde que te conozco, conozco la congoja.

Mi orgullo se evapora como los aljofares,
al sol de tus sonrisas y tus luengos mirares;
mi orgulo se evapora como los aljofares.

Mi austeridad claudica, cuando tu voz me nombra,
Circé de veinte estíos y sombra de mi sombra;
mi austeridad claudica cuando tu voz me nombra.

Eres la electa mía de los Juegos Vitales,
unamos nuestras almas como dos iniciales;
¡eres la electa mía de los Juegos Vitales!

III

Yo alumbraré tus noches con mis videntes ojos,
tú espasmarás mis nervios con esos labios rojos;
yo alumbraré tus noches con mis videntes ojos.

Pondrás las róseas palmas de tus felices manos
sobre la frente cráter que inquieta a los tiranos;
pondrás las róseas palmas de tus felices manos.

Oirás en la alta noche el acordado son
de nuestros corazones, si tienes corazón;
oirás en la alta noche el acordado son.

Con la triunfal madeja de tu casco de Imperia,
sudario de afrodisia, mortajarás mi histeria;
con la triunfal madeja de tu casco de Imperia.

Daremos los retoños de nuestra primavera
en vívido holocausto a la inmortal quimera;
daremos los retoños de nuestra primavera

¿Quieres, pues que lo puedes, vivir la bella historia?
Tú serás la heroína, tuya será la gloria,
¿quieres, pues que lo puedes, vivir la bella historia?

Eres la electa mía de los Juegos Vitales,
unamos nuestras almas como dos iniciales;
eres la electa mía de los Juegos Vitales.

Almohada de mis sueños, aureola de mi sien,
musa de los insomnios, Anadiomena, ven;
almohada de mis sueños, aureola de mi sien.

¡Oh Natura! En la rubia mañana
llena de arrullos y perfumes, llena
de sol, de vida, y de quietud amena,
mi corazon se asoma a la ventana.

Todo ríe, florece, se engalana,
las nubes surcan la celeste arena,
pájaros libres dan su cantilena,
y el sol sonríe a mi primera cana.

¡Oh, Natura! Tu que juegas al juego
de la vida, forjador de Universos,
cual yo, jugando al juego de los versos,

forjo Quimeras que abandono luego,
¡Oh Natura, madre inmortal y arcana!
¿Por qué no me infundiste un alma sobrehumana?

1900

VENUS FUTURA

Musa del porvenir, Venus futura,
de casco de ámbar y ojos de berilo,
quiero grabar tu lírica hermosura
en el diamante negro de mi estilo
y en el negro joyel de mi locura

Stella matinal, lis de la altura,
como en sus Paros la deidad de Milo
deslumbrará tu blonda minatura
en el diamante negro de mi estilo
y en el negro joyel de mi locura.

Y si algún día invade la Amargura
el róseo estuche de tu hogar tranquilo,
yo, gemiré de amor y de ternura
en el diamante negro de mi estilo
y en el negro joyel de mi locura.

Perla del lago azul de la ventura,
mientras el buzo amor busta tu asilo
me inspiraré mirando tu hermosura
en el diamante negro de mi estilo
y en el negro joyel de mi locura.

En vano cavarán tu sepultura,
y la segur aguzará su filo;
vivirás inmortal por tu hermosura
en el diamante negro de mi estilo
y en el negro joyel de mi locura.

Copa de inspiración toda dulzura,
lírica Isis del platense Nilo:
te adorará la humanidad futura,
en el diamante negro de mi estilo
y en el negro joyel de mi locura.

Musa del porvenir, Venus futura
de casco ámbar y ojos de berilo,
ven a admirar conmigo tu hermosura
en el diamante negro de mi estilo
y en el negro joyel de mi locura.

1901

EL CENOBIO

Es un cenobio austero. Las divinas
hermanas le ilustran con su presencia:
el espíritu augusto de la Ciencia
le anima con sus ansias minervinas.

No hay bronces ni cuadros. Las peregrinas
horas no dan en él su evanescencia;
ni en lunas de cristal, la Inteligencia
—como una infanta real a sus meninas—

sonríe a sus nostalgias penserosas;
sólo hay libros, manuscritos y diarios;
y en medio del silencio de las cosas

un pensador absorto en sus resabios
y en su obra las arañas laboriosas.

MAS NUNCA PUDO VERSE...

El ha visto en su vida media Naturaleza,
con miradas sapientes y corazón de artista:
auroras purpurales, ponientes de amatista,
canículas de fuego y noches de turquesa.

Selváticos incendios de tropical belleza,
sublimes panoramas *hasta perder de vista,*
tempestades marinas, lo más bello que exista,
cataratas y abismos de trágica grandeza.

Faunas y floras múltiples, pretéritas y actuales,
naciones decadentes, magnas razas triunfales,
y batallas de ruina y apoteosis social;

las piedras más preciosas ¡oh pupilas divinas!
las flores de las flores ¡oh bocas femeninas!
la luna, el sol, la muerte, la inmensidad astral.

EL SECRETO

Tú, no sabes el secreto
del último de los rapsodas;
nunca sabrás la agonía
de sus noches desoladas

Tú, vives la vida alegre
del festín y de las danzas,
nunca sabrás el horror
de sus noches desoladas.

Todo es cedro y marmol-rosa
en tu feérico alcázar,
nunca sabrás la bohemia
de sus noches desoladas.

Te miman los terciopelos,
las púrpuras y las gasas;
ignoras la desnudez
de sus noches desoladas

Canta, la canción del Oro,
el fru fru de tus enaguas,
nunca sabrás la miseria
de sus noches desoladas.

Tienes hermanas, hermanos,
madre, padre, Dios y patria;
nunca sabras la orfandad
de sus noches desoladas.

La Fortuna te sonríe,
te sonríe la Esperanza,
nunca sabrás la Amargura
de sus noches desoladas.

Los poetas cortesanos
madrigalizan tus gracias;
ignoras el miserere
de sus noches desoladas.

Pueblan tu mágica alcoba
los mirajes de las Fábulas;
nunca sabrás lo macabro
de sus noches desoladas

En tus labios la Alegría
ríe sus risas preclaras;
nunca sabrás la Tristeza
de sus noches desoladas

En tu hogar, todos se inquietan
cuando suspiras, sin causa;
ignoras el desamparo
de sus noches desoladas.

Tus sueños son deliciosos
y muelles como tu almohada;
ignoras las pesadillas
de sus noches desoladas.

Tú, glisas sobre la Vida,
con audacias de sonámbula;
nunca sabrás los naufragios
de sus noches desoladas.

Para ti, las bellas artes,
el placer y la elegancia;
nunca sabrás los afanes
de sus noches desoladas.

Para ti, los suaves ocios,
y la felice ignorancia;
nunca sabrás los insomnios
de sus noches desoladas.

Nunca sabrás los terribles
paroxismos que te exaltan;
las congojas que le crispan,
el rencor que le arrebata;

los espasmos creadores
que arremolinan sus ansias,
en ímpetus demoníacos
y en inspiraciones trágicas,

como ondular de estandartes
al viento de las batallas,
como crepitar de selvas
por los rayos incendiadas.

La miseria que lo humilla,
la soberbia que lo embriaga,
el genio que lo liberta
y a lo infinito lo lanza.

Cuanto hierve y tronitúa,
en el cráter de su alma;
gime, solloza, blasfema,
grita, ruge, impreca y clama.

¡Las Quimeras que lo huyen,
las Euménides que lo aman,
los Cíclopes que lo acechan,
los Espectros que lo hablan!

¡Oh mimosa Favorita
de existencia regalada!
¡Moriturus te salutat,
el último de los rapsodas!

Jamás sabrás el secreto
del aeda, de la Casta,
de cuya labor provienen
tu fortuna y tu arrogancia.

¡Jamás sabrás el secreto
de sus noches *desoladas!*

1903

LA EPISTOLA DEL ULTRA

I

Prez de la aristocracia, lis de los gobelinos,
en homenaje a Nos quema tus pergaminos,
prez de la aristocracia, lis de los gobelinos.

Ven, sellarán tu boca, plena de jugos acres,
con siete sellos rojos —mis labios—, ígneos lacres,
ven, sellarán tu boca plena de jugos acres.

Tu voluptuosa falda será mi facistol,
tus senos mis altares, tu valva mi crisol;
tu voluptuosa falda será mi facistol.

Historiarán tu busto mis gnósticas succiones,
de heráldicos tatuajes y eleusicos blasones,
historiarán tu busto mis gnosticas succiones

Glisarán de tus ojos las lágrimas febeas
como el gotear lumíneo de las antiguas teas,
glisaran de tus ojos las lágrimas febeas.

Imperial, purpurísima, — la sangre de los Flavios,
que ilustra tus arterias — florecerá en mis labios;
imperial, purpurísima, — la sangre de los Flavios

Tu lengua es la serpiente de alegres cascabeles,
híncame su ponzoña mas dulce que las mieles,
tu lengua es la serpiente de alegres cascabeles

Himen, umbral hermetico, hostial de las delicias,
ofrenda al divo Orfeo tus cándidas primicias,
hímen, umbral hermético, hostial de las delicias

¡Mirame, Luna mía, yo soy el blondo Helios,
la siringa de Pan ríe en mis evangelios!
¡Mirame, Luna mia, yo soy el blondo Helios!

Sin ti, todo es hastío, banalidad, neurosis,
contigo todo es arte, milagro apoteosis,
sin ti, todo es hastío, banalidad, neurosis.

¿Prefieres a las dulces canciones de Citeres,
las místicas antífonas, los agrios misereres?
¿Prefieres a las dulces canciones de Citeres?

¿Dónde has visto a la Venus humillarse de hinojos,
con las manos unidas e implorantes los ojos?
¿Dónde has visto a la Venus humillarse de hinojos?

¡Levántate del polvo! ¡Sacude tus sandalias!
Ríe, flexiona y danza como en las saturnalias.
¡Levántate del polvo! ¡Sacude tus sandalias!

II

¿Sabes la "buena nueva"? *"Los Dioses ya no existen"*,
por más que los augures ¡ay! en negarlo insisten;
¿sabes la "buena nueva"? *"Los dioses ya no existen"*.

Han muerto para siempre de muerte espiritual,
y sólo resucitan en cada carnaval;
han muerto para siempre de muerte espiritual.

"Los Dioses ya no existen", cada cual lo es de sí,
si te juzgas consciente debes creerlo así;
"los Dioses ya no existen", cada cual lo es de sí

¡El *super*, dios de dioses, divinidad terrestre!
Nada hay que le supere, si hubiere ¡que se muestre!
¡El *super*, dios de dioses, divinidad terrestre!

¡Somos los sobrehumanos, las gemas de las gemas!
!Supremos reflectores de las razas supremas!
¡Somos los sobrehumanos, las gemas de las gemas!

La sublime energía que vitaliza el orbe
nos iergue sobre el todo — y luego nos absorbe;
la sublime energía que vitaliza el orbe.

III

Himen, umbral hermético, hostia de las delicias,
ofrenda al divo Orfeo tus cándidas primicias;
himen, umbral hermético, hostia de las delicias.

¡Levántate del polvo! ¡Sacude tus sandalias!
¡Ríe, flexiona y danza como en las saturnalias!
¡Levántate del polvo! ¡Sacude tus sandalias!

Arda tu carne viva, llamee tu interior
como el ara votiva de un templo del amor
arda tu carne viva, llamee tu interior.

Desdobla, quintaesencia, sublima tu Natura,
glorifica tu sexo hasta la sepultura;
desdobla, quintaesencia, sublima tu Natura.

Venus anadiomena, maga de mis sensorios,
juntos celebraremos los ritos amatorios;
Venus anadiomena, maga de mis sensorios.

Mis insomnios perfume, tu husmo corporal,
como el sándalo virgen al oasis natal;
mis insomnios perfume, tu husmo corporal.

Sea el haschich feérico que exalte mis visiones,
y el narghilé —tu boca de tentaciones—
sea el haschich feérico que exalte mis visiones.

En todas las pupilas en que Nos se ha mirado
vióse empequeñecido cuando no deformado,
en todas las pupilas en que Nos se ha mirado.

Carbunclos, esmeraldas, lapislázulis fieles,
busco los ojos Unicos — que efigien mis laureles;
carbunclos, esmeraldas, lapislázulis fieles.

IV

Yo soy el Ecce Homo coronado de espinas,
sé tú la cruz corpórea que sustente mis ruinas;
yo soy el Ecce Homo coronado de espinas.

El saber me hizo dios, soy mi divinidad,
mi orgullo, mi esperanza, mi fe, mi libertad:
el saber me hizo dios, soy mi divinidad.

¡Favorita del ultra, mientras llega Morfeo
embriágate de audacia para nuestro himeneo;
favorita del ultra, mientras llega Morfeo.

Deja que cuacaree la turba irracional,
si quieres merecerme encarna mi Ideal;
deja que cuacaree la turba irracional.

Mas, si en verdad, no sientes nostalgias sobrehumanas,
olvídame mujer, torna con tus hermanas;
¡ay! si en verdad, no sientes nostalgias sobrehumanas.

¡En vano es que me tientes, en vano que me invoques!
Ni te diré siquiera: "¡Mírame y no me toques!"
¡En vano es que me tientes, en vano que me invoques!

1902

EL PALIDO FELINO

Carnívoras de America ¿no recordáis quién era
el pálido felino, la aprisionada fiera?

A través de los férreos barrotes presidiarios
Citerea flechaba su fiero corazón;
y miraba, la sangre gloriosa de los arios,
fluir bermeja y viva por la mortal prisión.

Y el felino rugía de ardores pasionarios,
y jadeaba y gemía con ronca entonación;
y las libres carnívoras, de senos ofrendarios
de lejos azuzuban su loca ensoñación.

Algunas más audaces tactaban su melena;
y si él, por apresarlas, mordía su cadena,
huían exclamando: "¡Qué monstruo tan feroz!"

¡Oh, como le deseaban y temían las bellas!
Pues había en sus ojos, candentes como estrellas,
el genio y la demencia de un trágico ecce-dios.

Carnívoras de América ¿no recordáis quén era,
el pálido felino, la enloquecida fiera?

HABÍA UNA VEZ...

Póstuma

....*Había*,
una vez un Universo!...

Y en uno de sus abismos,
como vertiente de fuego,
serpeaba una vía láctea
con tenue claror de ensueño...

Y entre las constelaciones
insondado misterio
había una, extraviada,
cabe la vida de incienso

Y entre los varios sistemas
planetarios de aquel reino,
como todos, discurría,
el ido sistema nuestro.

Y hacia el núcleo del sistema,
bajo el rojo sol de fuego,
dócil a las mismas leyes
que sus hermanos sidéreos,
como mula de tahona
girando en círculo eterno
rodaba el orbe terráqueo
a la manera de un ebrio,
cogido en el torbellino
de su propio movimiento...

LA VOZ DEL ECLESIASTÉS:

Entre el polvo de los mundos,
en el osario sidéreo,
en la loca trayectoria
del insondado misterio,
¿qué fué de todo el sistema?
¿qué, del asteroide nuestro?...

¿Qué de las flores y faunas,
de las razas y los pueblos,
de los países de sol
y de los mares de hielo,
de las ciudades gloriosas
y de los vastos imperios;
de los dioses de sus cultos
y del culto de sus genios;
de las fecundas pasiones
y los estériles sueños,
de las olímpicas palmas
y de los laureles épicos,
de las triunfales conquistas,
de las *razzias* y saqueos,
de las gozosas matanzas
y del captar prisioneros;
de los rebaños de esclavos
y del traficar de siervos;
de los osarios en las pirámides
y los viaductos sangrientos;
de las "urbes" formidables
que a la larga construyeron;
de las civilizaciones
que albergaron en su seno;
de los varios ideales

que los humanos tuvieron:
Fe, Arte, Trabajo, Ciencia,
ritmo, luz, caricia y eco
del sentir y del saber,
del obrar y del ensueño?

¿En qué forma inmarcesible,
tras de qué inmortal aspecto
florece aún su sapiencia,
palpita quizá su genio?
¿Qué fué de la humanidad?
¿De la obra de su esfuerzo?
¿De su trajinar penoso?
¿De todos sus vanos juegos?
. . . .
. . . .

. . . . *Había,*
una vez... un... Universo!...
. . . . *Había,*
una vez... un... Universo!...

De Ashaverus:

Desecaron las marismas,
fecundaron los desiertos,
canalizaron los ríos,
dominaron los océanos,
rellenaron los abismos,
reconquistaron los cielos,
talaron selvas y bosques
vencieron espacio y tiempo.

Cubrieron los continentes
de ciudades y de templos,
iluminaron las noches,
aclararon los misterios,
con cálculos prodigiosos
y geniales instrumentos,
laboraron los metales,
inventaron otros nuevos;
fraguaron obras grandiosas,
tuvieron sublimes éxitos;
disminuyeron las plagas,
resucitaron los muertos
Renovando la *edad de oro,*
en dioses se convirtieron,
hasta transformar el mundo
en inefable Eliseo.

La voz del Eclesiastés.

. . . . *Había,*
una vez... un.. Universo! . .
. . . .*Había,*
una vez... un... Universo! . .

Una voz Desconocida:

¿La terrestre Humanidad
tuvo humanidad de hecho?...
¿Superaron a las otras
especies del Universo?
¿Amaestraron sus instintos?
¿Depuraron sus deseos?
¿Aplicaron sus potencias
al mutuo mejoramiento?

¿Alguna vez practicaron
la plenitud del derecho?
¿Realizaron la justicia
en la vida de sus pueblos?
¿Alcanzaron la equidad,
o la graduaron de sueño?

¿Fueron sanos, fueron fuertes,
fueron probos, fueron buenos?
¿En el sentir y el obrar
hasta qué plano ascendieron?
¿Lograron emanciparse
de los ritos fraudulentos,
de las malsanas costumbres
y de los usos logreros?

¿Trozaron las tiranías
de los déspotas soberbios,
de las castas, de las clases
y sus prejuicios protervos?
¿Se adueñaron de las cosas,
suscitaron los sucesos,
por la comprensión felice
de causales y de efectos?

¿Vencieron el fatalismo
hacia afuera y hacia adentro?
¿Afinaron sus sentidos?
¿Adquirieron otros nuevos?
¿Lograron sensacionarse
y visionar algo inédito?

¿La esfera de su cultura
llegó a *ubicar* su centro?
¿Fraguaron nuevas neuronas
sin perturbar su intelecto?
¿En ellas, vibró la chispa
de augustos descubrimientos?
Diz que transformaron todo,
¿y se transformaron ellos?
¿Tras de domar la Natura,
domaron su propio Genio?...

Pues, en verdad, yo os digo
a guisa de tardo ejemplo:
—Por si acaso rediviven
en algún otro Universo,
nuevos soles, nuevos mundos,
nuevas faunas, nuevos pueblos,
nuevas civilizaciones
en la espiral del progreso—.

¡De nada sirvióles todo
cuanto honraron, cuanto hicieron,
si no les volvió mejores
en obras y en sentimientos!

Los siervos de las caravanas:

Nos habían desterrado
a las marismas de cieno,
tras de quemar nuestros ojos
con enrojecidos hierros;
nos habían mutilado
como fieras, en el sexo,
para acabar con la raza
de los fuertes y los buenos.

Tronchándonos nuestras manos,
arrancándonos los dedos,
marcándonos en la frente
con la marca de los réprobos,
dejándonos para siempre
desvalidos, indefensos...

Y todo, porque intentamos
una alianza entre los siervos,
una amorosa hermandad
de vergonzantes y hambrientos;
de cuantos desamparados
vagaban por el desierto.

Porque ¡audaces! cometimos
el crimen de comprendernos,
de ayudarnos, de servirnos,
de amarnos, de defendernos,
y de aprender a dormir
con ambos ojos abiertos...

Nos habían desterrado
a las marismas de cieno,
tras de quemar nuestros ojos
y mutilarnos el sexo.
Así pasaron las noches,
así pasaron los tiempos,
y grupos de fugitivos,
de rebeldes, de libertos,
dejaron las caravanas
de raptores, de negreros,
y en busca de sus hermanos
llegaron a nuestro seno...

Así las generaciones
prohibidas se sucedieron,
en el cieno procreadas
y alumbradas en el cieno:
fuera de las capitales
que sus padres construyeron
en los oasis amados
de las fieras del desierto,
lejos del aire ancestral,
de sus soles y de sus cielos.

Errabundos, chapaleando
en el tremedal inmenso,
tropezando en las tinieblas
con miriadas de esqueletos
de los padres, de las madres,
de todos cuantos murieron,
sin ver la sublime aurora
de los triunfales regresos,
ni el sol aun más sublime
de inmortales escarmientos

Errabundos, chapaleando
como manadas de puercos,
las energías chupadas
cual por tentáculos fétidos,
sin escuchar más rumores
que el graznido de los cuervos,
y el cauteloso sesgear
de los chirriantes murciélagos,
el escurrirse y rampar
de los engendros del cieno,
y el cobarde suspirar
de los noctámbulos presos

en los constrictores limos
del tremedal cementerio;
y las rugientes blasfemias
de los locos y los ebrios,
y los ayes de las hembras
y el jadear de los enfermos.

Todo el sucio pesimismo
de los miserandos éxodos,
el clamoreo infernal
de los desterrados pueblos,
que chupaba, como esponja,
la gran noche del desierto.
. . . .
. . . .

. . . . *Había,*
una vez... un... Universo!...
. . . . *Había,*
una vez... un... Universo!...

LOS EMANCIPADORES:

Dejamos las caravanas
de traficantes de pueblos,
y las ciudades fastuosas
del fraude y el privilegio,
de las falsas jerarquías,
del ocio y sus vanos sueños.

Los hijos aherrojados
de los ilotas del cieno,
desgarráronnos las fibras
sensibles de nuestros pechos
con el tremendo relato
de los horrores paternos.
Fuimos a mezclar la sangre
heroica de aquestes cuerpos
con la empobrecida sangre
de las hijas de los siervos.

Para engendrar una estirpe
de libertadores férreos,
con alma de iconoclastas
y tesón de misioneros.

Para que reconquistaran
la posesión del desierto,
las ciudades, los oasis,
aire y agua, pan y sueño.

Y para que derribaran,
hasta nivelar el suelo
las milenarias pirámides
que respetaron los vientos.

Pirámides que las razas
de los esclavos hicieron,
rodando, hombro con hombro,
sus pedruscos gigantescos
hasta llenar con sus moles
la inmensidad de los cielos.
Pirámides carcomidas
por la garra de los tiempos,
llena de gloria por fuera,
de podre y momias por dentro.

Fuimos a mezclar la sangre
heroica de nuestros cuerpos,
con la envilecida sangre
de las hijas del desierto.

Engendramos una raza
de gladiadores espléndidos,
terribles, como leopardos
y fuertes como camellos.

Todos juntos, en la noche,
preparamos el regreso,
desecando las marismas,
solidificando el cieno,
laboreando las conciencias,
marcando los derroteros.

¡Cuántas veces recorrimos
los fangales del desierto,
tropezando en las tinieblas
con miriadas de esqueletos!
¡Cuántas veces recorrimos
el tremedal cementerio,
donde yacían algunos
encharcados hasta el pecho,
hasta las rodillas otros,
muchísimos hasta el cuello;
¡y tantos hasta los ojos,
hasta los mismos cabellos! . . .
Y los mas, ya sumergidos
para siempre bajo el cieno.
. . . .
. . . .

.....................Había,
una vez... un... Universo!...
.....................Había,
una vez... un... Universo!...

CANCIÓN DEL REGRESO:

Del otro lado del Mundo
quizá no haya tanto cieno,
del lado de las Pirámides
y los oasis ubérrimos.

Iremos a ese otro Mundo,
aunque se nos caiga el cielo,
al resplandor de los rayos
y al redoblar de los truenos.

Haremos una calzada
a lo largo del desierto,
hasta encontrar tierras firmes
de tibio y fecundo cieno.

¡Vía crucis, via apia
de zarzales y esqueletos,
de lágrimas corrosivas
y de sudores sangrientos!...

Haremos picos de fémures
y jabalinas de huesos,
hondas, de humanos tendones,
y piedras, de cráneos yertos,
y dardos emponzoñados
con *curare* de sus sesos.

Llegaremos a la orilla
del río de sangre y fuego...
que circunda las ciudades
y los oasis ubérrimos;
haremos un subterráneo
bajo el río... y pasaremos.

¡Oh, libertos de la gleba,
entrañables compañeros!
¿Cuánto apuntará la aurora
de los rojos disangelios,
tras del feroce guerrear
de los grandes entreveros?

¿Cuándo habremos de abrazarnos
sobre los escombros viejos,
en la solidaridad
del amor y del derecho?

¿Derribadas las Pirámides
fecundados los desiertos,
las mentes ascensionadas
y ennoblecidos los pechos,
todos uno y uno todos
en el gran Todo Universo?

......................*Había,*
una vez... un... Universo!...
......................*Había,*
una vez... un... Universo!...

....

....
¿Realizaron la Justicia
aunque fuere a sangre y fuego?

¿Grabaron al arma blanca
en el alma de los pueblos,
como las dobles efigies
de los medallones regios,
o las rúbricas fabriles
de los tajantes aceros
en el anverso: *equidad*
y en el reverso *derecho*?

¿Tramontaron las montañas
del odio y del privilegio
que, separando a los hombres,
desnivelaban los pueblos?
¿Volaron las fortalezas
y los castillos roqueros,
las cárceles y abadías,
los cuarteles y conventos,
las torres dominadoras
y los subterráneos negros?

¿Terraplenaron un día
—con manos de satisfechos,
con lenguas de parlanchines,
con vísceras de negreros,
con cuantas literaturas
opiaron al pobre pueblo,—
los mares de sangre humana,
los báratros del subsuelo,
donde el trágico grisú,
sorprendía a los mineros
con explosiones de bombas
y llamaradas de incendio?

¿Derribaron los burdeles,
los areópagos, los templos
y las mortuorias ergástulas
del dios manufacturero?
Los iconos, las estatuas,
los símbolos, los trofeos,
los lábaros, las banderas,
los arcaicos monumentos,
las insignias anticuadas,
flora y fauna de museos?

¡Convirtieron en pavesas,
dispersaron a los vientos,
retornaron hacia el polvo
en *reverteris* supremo,
todo el viejo juglarismo
de las clases y los gremios;
de los "oficios divinos"

y los oficios terrenos;
de las vestes nobiliarias
y los hábitos plebeyos;
de minorías ociosas
en gracia de vanos fueros,
y jadeantes mayorías,
cariátides del progreso?

. .. .*Había,*
una vez .. un . . . Universo! . . .
. . . .*Había,*
una vez . . . un . . . Universo! . . .

¡Ah, rebaños de la tierra;
sumisos de todo tiempo,
laborantes, sudorosos,
bajo los arduos señuelos!
¡Lamedores de coturnos,
escabeles polvorientos,
acémilas resignadas,
con vocación de corderos!

Vosotros que asesinasteis
a los hombres, a los pueblos,
por la fuerza, por la astucia,
por ignorancia, por miedo,
por la sugestión del mando,
¿hasta cuándo obedecisteis
a los vampiros hambrientos,
conquistándoles naciones,
trocadas en cementerios?

¿Hasta cuándo les vendisteis
vuestra sangre, vuestro cuerpo,
la vida de vuestros hijos,
el honor de vuestros nietos?

¿Hasta cuándo, sin conciencia,
sin alma, sin sentimiento,
merodeando en lo podrido
y custodiando lo muerto?...

¿Alguna vez comprendisteis
la infamia de tal empleo,
tras de haberos comparado
con gusanos cadavéricos?...

¿Alguna vez las campanas,
neumáticas de esos pechos
sorbieron el aire libre
que renueva a los libertos?

Vuestros corazones broncos
como badajos de hierro,
perennemente doblando
su lento toque de muertos,
¿nunca, nunca repicaron
su propio renacimiento?...

¿Alguna vez, redimidos
de sus legendarios yerros,
trocáronse para siempre
en tonantes campaneros,
de la *causa humanitaria*
y los férreos *disangelios?*
....
....

Buen sol para las tierras del Nuevo Mundo. ¡Buen tiempo! ¿Hasta cuándo?...

Hasta el próximo siroco, de algún otro *Verbo,* más o menos selectivo, estimulante, ascensional!...

La terrestre humanidad,
¿tuvo humanidad de hecho?
¿Fué ella quizá mejor
que otras del Universo?

¿Tras de domar la Natura
lograron domar su genio?
Diz que transformaron todo,
¿y se transformaron ellos?...

Pues, en verdad, yo os digo
a guisa de tardo ejemplo,
—por si quizá rediviven
en algún otro Universo
nuevos soles, nuevos mundos,
nuevas faunas, nuevos pueblos,
nuevas civilizaciones
en la espiral del progreso—

De nada sirvióles todo
cuanto honraron, cuanto hicieron,
si no les volvió mejores
en obras y en sentimientos.

Si nunca se emanciparon
del infer-hombre logrero
trocándose en super-hombres
del mutuo mejoramiento.

Si no lograron sus sueños
de libertad, de justicia,
de belleza, de derecho.

La muerte de la miseria
en la vida de los pueblos;
la apoteosis del Trabajo
breve, fertil, sano, técnico.

La áurea de solidaridad
en la accion y en el ensueño,
el acuerdo ascensional
de todos los intelectos:

El reinado de Utopía
cantado en los Disangelios.

. . . . *Había.*
una vez... un .. Universo!...
. . . . *Había,*
una vez... un... Universo!...

1901

CANTOS DEL NUEVO MUNDO

(1907)

LÁPIDA

En el ángulo de tus cimientos, ¡oh gran futuro!, patria de los hombres póstumos y de las fraternidades venideras, yo arrojo esta piedra estelar, en la que tantas veces sangró mi corazón;

AQUÍ ABAJO, *en la actual tiniebla asfixiante y extranjera, yo arrojo este peñasco inflamado, para que en él, como sobre un reposorio, se refortalezcan y rememoren los aeronautas del porvenir;*

Para vosotros, ¡descendientes de Encelado! mi angustia ha dado a luz este peñasco de fuego;

Para vosotros, hermanos y hermanas mías, esta luna de tempestad que sangra en el fondo de nuestra media noche.

A. V. (1906)

A LOS ÁRBOLES

I

Cedros del Líbano, rompe - tempestades, amamantados por la médula de las montañas dignos de haber velado, durante treinta siglos, la agonía del Prometeo,

Cedros cenitales, a cuyo amparo soñaron los Titanes y aún anidan las águilas,

Cedros mecidos por las nostalgias de Salomón; cedros tantas veces talados por el hierro de los conquistadores, que os trocaron en cofres de sus tesoros, en astas de sus banderas, en gradas de sus tronos, en pórticos de sus templos, en mesas de sus festines, en tálamos de sus amores;

Cedros indesarraigables, cedros perseverantes, cedros simbólicos, erguidos como arcos triunfales de la Eternidad, sobre el espasmo de los firmamentos y los lejanos clamores de la historia...,

Dad a mi numen el secreto de vuestra persistencia, a mis cantos vuestra inmortal serenidad.

II

Boscajes de la Arcadia, donde el centauro Quirón, más viejo que Abraham y más sabio que los Profetas, adiestrara en el juego de las armas a Aquiles adolescente;

Boscajes en que Venus diera a luz el Amor, abandonándolo en los cañaverales de Siringa, donde le amamantaron las fieras atraídas por su belleza; y las Euménides vendaron sus ojos y construyeron las flechas de su arco con gajos de ciprés;

Abedules del valle de Tempé, cuyas cortezas convertidas en sandalias oprimieran los pies de Atalanta el día que el bello Meleagro obtuvo su ternura a trueque de la cabeza del jabalí de Calidonia;

Laureles de los tiempos heroicos de la Tesalia, que admiraron a Triptolemo, cuando, inspirado por las Deidades agrarias, instituyó el culto de las siembras, haciendo ondular sobre las colinas herbosas el tornasol de los trigales loados por Hesíodo;

Hayas de Delos que velaran el nacimiento de Diana —arquera de las selvas— "cuando para calmar los dolores maternales de Latona, siete veces los cisnes dieron cantando la vuelta a la isla armoniosa; en memoria de cuyos cantos Pan inventó los siete agujeros de su flauta y Orfeo las siete cuerdas de la Lira";

Palmeras del Alfeo donde las Sirenas vencidas por las Musas en el certamen canoro fueron despojadas de sus alas de las que las Musas hicieron coronas triunfales;

Álamos de Hilé, que estremecieron el fragor de los exámetros del errabundo Melesígenes, a quien por su fúlgida ceguera los antiguos denominaron Homero;

Mirtos salvajes de Eleusis en la isla de Salamina, donde Friné, imitando a Venus, saliera desnuda de las aguas, en las fiestas de Neptuno, ante el arrobo de *diez mil peregrinos;*

Mirtos a cuya vista Temístocles y los suyos disper-

saron la flota de los persas en la victoria naval que dió su nombre a la isla y otorgó a Atenas el cetro del mundo antiguo, el imperio de la civilización;

Robledal de las Termópilas, sublimado por el heroísmo de los *Trescientos,* que cubriera durante cuarenta años los restos abandonados de Leonidas;

Arboledas de la Argólida de Micenas, patria y sepultura de Agamenón, ebrias del estridor de las cigarrras, en cuyas abrasadas soledades aún parece prolongarse el delirante clamoreo de Casandra;

Bosque sacro de Ida, nevado de palomas y de estatuas, donde Ictino y Fidias concibieron el poema de mármol del Partenón, erigido en lo alto de la Acrópolis dedicada a Minerva;

Pinares del Itsmo de Corinto, balanceados por las brisas de los dos mares, donde Píndaro inflamó sus *Odas* del amor de los Juegos Olímpicos;

Ceñidor de olivares de Atenas, de frutos regalados, cuya lumbre latente, más que el vino de Chipre, las mieles del Himeto y los peces del archipiélago — diera a los atenienses, el don ático del intelecto;

Dad a mi numen el secreto de vuesta belleza,
a mis cantos vuestra inmortal excelsitud.

III

Higuera de Bethania, huerto de Getsemaní, monte de los Olivos, arbusto de las espinas, que exaltarais con la fiebre de las fiebres y nimbarais con la corona de las coronas, la Frente nazarena;

Oteros de Jerusalén, florecidos de parábolas, que dísteis los *sacros maderos* para auspiciar la leyenda de los martirologios mesiánicos;

¡Oh tristes arboledas, melancólicas como los panoramas de Palestina, transfiguradas por aquel gran Destino, cuyo prestigo satura los milenarios, como "la mirra olorosa del país lejano" perfuma, noche a noche, el sueño de las caravanas! . . .

¡Oh arboledas, salvavidas de los mares muertos de esa Fe, a cuyo alrededor torbellínea el malestrom de las almas enfermas de nostalgias sobrehumanas,

Dad a mi numen el secreto de vuestro imperio,
a mis cantos la virtud de transmutaros.. .

IV

¡Oh Ruminal, ennoblecida por Plutarco, *turris* arbórea de las siete colinas, palo mayor de la nave romana, a cuya sombra jugaran los hijos de la *Loba* y reverdecieran los lábaros del Lacio!

Bosque sacro de encinas a la vera de la antigua *Via Apia* en que aún parecen deslizarse, entre los troncos inmóviles, las blancas vestiduras de las Vestales;

Laureles del Janículo, imperiosos y ofrendarios, cabe la estatua ecuestre del Libertador, donde, en los tiempos augustos, descendían las aguilas con los presagios, y volaban hacia las nubes, las imágenes augurales, glorificadoras de la fuerza de las legiones, de la eternidad del Imperio;

Olivos, rosales y cipreses, triple corona murmurante de la reina de las capitales, que sentada en las márgenes del Tíber, con la mirada absorta en las catacumbas, no ve surgir, entre las ruinas de sus monumentos, los nuevos trofeos con que la ciencia, el arte y la industria, ornan las exposiciones de sus vástagos modernos;

Olivos, rosales y cipreses en cuyos follajes desfallecen elegíacas, las brisas del Tirreno, y por cuyas ramas innúmeras ascienden con las savias y se espacian en la caricia de las aromas, el polvo de sus próceres, la sangre de sus heroes, el genio de sus poetas,

Dad a mi numen el secreto de vuestra gloria,
a mis cantos vuestra perfecta idealidad

V

Encinas de las Galias regadas con las sangres mas preclaras; cunas del "muérdago sagrado" que cercenara la hoz de oro de las druidesas, para las distribuciones propiciatorias;

Altares mayores de las selvas, resonantes de oráculos misteriosos, en cuyas ramas pendían los trofeos, las armas, los ornamentos y los escudos de los combatientes;

Baluartes venerados, santificados por el humo de los holocaustos, respetados por los rayos de las tormentas y las devastaciones de las batallas, a cuyo amparo juraban las huestas guerreras, desposábanse los amantes, sacrificaban las víctimas del culto y discurrían los ancianos;

Púlpitos queridos de los bardos, cuyas copas altísimas dominaban los paisajes palustres, los páramos sembrados de *dólmenes* ciclópeos y las florestas salvajes, donde creciera, como pendón expiatorio, la trágica melena de Vercingétorix;

Custodios de los Galias, retoños del árbol Irminsul que viera pasar, alucinante, la visión purpúrea de Velleda, con la frente coronada de verbena, los ojos de meteoros arcanos, pálida y felina como la imagen de la Venganza;

¡Oh, encinas libertarias, fresnos, olmos y abedules, antiguos oratorios de mi Raza, iluminados por el rojor de las nocturnas antorchas, y ensordecidas por el entrechocar de las espadas;

Dad a mi numen el secreto de vuestros memoriales,
a mis cantos vuestra inmortal heroicidad.

VI

Palmeras de los Oasis, a cuya umbría crecían las mandrágoras con que Lea, hermana y rival de Raquel, gozara el amor de las noches de Jacob, y el rey Salmista imaginaba sus *proverbios* reclinado entre *su amiga la Prudencia y su hermana la Sabiduría;*

¡Oh palmeras, sembradas por Job, que disteis vuestros dátiles a Omar y vuestras iluminaciones a Mahoma!

Prados de la Meca y de Medina, estrellados de pupilas de huríes, susurrantes de hálitos amorosos, perfumados de vahos femeninos con que el *Corán* llenó el paraíso de sus páginas;

Troncos umbrosos del desierto, sustentáculos de las tiendas de los aduares, frescor y oriente de los viajeros, húmedas coronas de los manantiales, troncos cuyos ramajes embrazaran el acero de las hachas de abordaje — vencidas mas no domadas en Lepanto — enastaron las áureas y argentadas *medias lunas,* y mellaran, tantas veces, la desnudez mortal de las cimitarras;

Bosques asaltados por los sirocos, enfebrecidos por los arenales, en que moran aun los númenes islámicos desertados de las mezquitas, que aúllan en los

crepúsculos, cuando los vientos traen de lo alto de los minaretes, los remotos pregones del almuédano;

Dad a mi numen el fuego de vuestros soles,
y a mis cantos vuestra salubre hospitalidad.

VII

¡Pinares de las cordilleras; ombúes de las pampas; dindes de las llanuras; ébanos, curupáys y algarrobos de las selvas; sándalos, palos santos y eucaliptus; nopales, sauces y jacarandaes; plátanos, palmeras, cedros y encinas del nuevo mundo: desaparezcan para siempre vuestras especies, antes que la Iniquidad os trueque en postes de cadalsos, el Privilegio en banquillos de insurgentes, o la Superstición, en ídolos dorados!

¡Oh dioses tutelares de los campos! Creced y multiplicaos para alegría de los horizontes, pureza de los aires, y pingües labores de los pueblos;

Salgan de vuestras entrañas, abiertas por las hachas de los Lincolns montaraces, los travesaños de los puentes tendidos sobre los ríos y los abismos cordilleranos; el forro de los túneles perforados en el vientre de los montes; los millones de durmientes de las vías férreas que unirán las tres Américas, y la armazón interna de los convoyes eléctricos, huyentes en el gran relámpago de los itinerarios, que transportarán las cargas de las cosechas, las copias de los reservorios, las primicias de los rebaños, los tesoros de las minas, los esfuerzos de las artes, los hallazgos de las ciencias, las lenguas, las ideas, los caudales y los amores de los viajeros;

Salgan de vuestras entrañas, las arboladuras de

los navíos que bordearán las costas continentales, recalando en los deltas vírgenes y en las más remotas ensenadas; las calas de las goletas atestadas de productos, y las de los raudos veleros en cuyas jarcias y velamenes los vientos fluviales susurrarán el floc floc mecedor y propicio que leifmotiva los himnos del "buen tiempo";

Salgan de vuestras entrañas los puentes y las cámaras, las bordas y las quillas de los piróscafos, maravillosos como basílicas, que hienden los mares con la rapidez de los leviatanes, y en cuyo fondo promiscuan las especies de todos los climas y las manufacturas de todas las razas, mientras en sus cubiertas resuenan palabras de todos los idiomas, y alrededor de sus chimeneas voltejean los albatros inmaculados y las aves migradoras cansadas de volar;

Salgan de vuestras entrañas las compuertas de los canales que abrigarán las flotas industriosas del furor de los elementos, los pilotes de los canales ístmicos que apuntalan el hierro y la piedra: de los canales que escinden continentes y unen océanos; los postes de las estaciones radiográficas que recojen en los mundos del éter la vibración del pensamiento; las tablas de los andamios que oscilan en los aires al peso de los operarios, cuyos útiles elevan en el desierto el milagro de las ciudades;

Salgan de vuestras entrañas las mesas de los bazares que acumulan el tesoro de los objetos artísticos y los estantes de las tiendas apiñadas de telas preciosas que luego embellecen los cuerpos de las mujeres hasta excitar la ardentía y el estetismo de los hombres; los pavimentos de los salones donde tamborilean las plantas danzantes de las parejas, y de los vastos coliseos en que repercuten las ovaciones y los

aplausos de las multitudes que exaltan el ingenio de los creadores y el talento de los intérpretes;

Salgan de vuestras entrañas los anaqueles de las bibliotecas, abrumados de manuscritos eximios y de luminosas enciclopedias, generadoras de revoluciones; los escaparates de los museos, cuajados de minerales y de monstruos, entre los que se exhiben raras aves embalsamadas, como los ideales de las mayorías humanas;... los bancos de las escuelas, engalanados de niños, gárrulos y humildes, aún húmedos de inocencia, como las violetas de los jardines que se doblan al halago del rocío matinal, los tálamos de las alcobas habitadas por el desinteres y la lealtad, donde se prosiguen los excelsiors de la vida con estrofas de generaciones; las cunas, nevadas de lencerías y de esperanzas sublimes; los puntales de los confidentes forrados de terciopelo y los de las mecedoras, gratas a los soñadores y a los contemplativos, donde el ensueño dilata sus jardines bajo el fulgurar de lámparas mil y una nochescas, las ventanas inflamadas de auroras y de mirajes; las puertas de par en par abiertas al culto de las ideas, a la glorificación de las individualidades y a las primicias del amor;

Dad el cuerpo de vuestros troncos y el espíritu de vuestros fuegos para realizar tales portentos, ¡oh, maestros cantores de los bosques, nuncios de las estaciones, aleros de las riberas, guías de los caminos, tirsos de las lianas, ornatos de las ruinas, claustros de las aves, regalo de los seres, riqueza de las naciones, poesía de las ciudades, abanicos de las plazas, oratorio de los tristes, confidentes de los amantes;

Creced y multiplicaos ¡oh Genios inefables de las tres Américas, piantes de nidos sonrientes de capu-

llos, zumbantes de colmenas, rebosantes de frutos, henchidos de avatares;

Dad a mi numen el secreto de vuestros reverdeceres, a mis cantos el diezmo de las glorias que os aguardan.

1905

HOLOCAUSTO

I

Óyeme, tierra madre, tierra santa,
óyeme, mar hermano, mar inmenso,
óyeme, cielo amigo, cielo libre,
óyeme, sol preclaro, sol eterno.

Como tú, tierra madre, es mi esperanza,
profunda como el mar y como el cielo,
preclara más que el sol y tan eterna,
que es el sol de soles de mis pensamientos...

Lanza mis rimas como fuerte oleaje
contra las almas de horizonte abierto,
gira en mis ritmos como ardiente faro
en la alta noche de sus desalientos.

¡Oh manantial de las salvajes selvas
de mis amores! ¡Manantial secreto!
Nutren tus aguas tempestuosas nubes
de rayos de oro y augurales truenos...

¡Oh mi Esperanza! ¡Prometida mía!
¡Ebria leona que embravece el celo!
Hoy, tus rugidos de dolor me anuncian
que alumbra leones nuestro gran deseo!

Los largos años que pasé a tu lado
serán por siempre mi mayor recuerdo.
¡Cuántos abismos escalamos juntos!
¡Cuántas montañas y desfiladeros!

II

Mi corazón, como el espacio, libre,
brinda a los parias su infernal ejemplo:
trémula esponja cuya roja tinta
arde al dolor y se convierte en fuego.

Para alumbrar la soledad mortuoria,
para vencer las cosas y los tiempos
hay que irradiar exaltación perenne,
¡arco tendido en plenitud de esfuerzo!

III

Los armadores del Saber botaron
al porvenir, mi trágico velero;
armas, clarines, útiles civiles
lleva, y antorchas para grandes hechos...

¡Oh, sibaritas de beatos ocios
que a la alta mar del entusiasmo épico
no llegáis jamás! ¡Desde vuestras islas
oíd al menos mi orquestral velero!

Himnos de amor, que menosprecian leyes,
salmos de fe, que no conocen templos,
odas triunfales para el gran futuro,
ruge en sus velas el titán del viento.

¡Oh, poesía del corsario errante!
Ondas marinas, caprichosos cielos,
círculos de oro de los horizontes,
¡iris, tormentas, huracanes, vértigos!

Como el piloto de la nave náufraga
amarrado al timón, después de muerto
seguía aún guiándola en la bruma,
yo, muerto, seguiré frente a mis versos.

¡Sí! Muerto lucharé por la Vida
llegue a la altura de mi augusto ensueño;
y aunque olvidado y muerto, venceré
en cada insurrección de los libertos,

mientras quede una tabla de mi nave
flotando en la borrasca de los tiempos,
y en la costa del último heroísmo
haya quien ruja mi *¡Desperta ferro!*

A ATLÁNTIDA

Numen del Nuevo Mundo,
díctame la orquestral polifonía
del tiempo nuevo y de las nuevas razas,
los rutilantes cantos augurales
del portentoso porvenir de Atlántida!

¡Madre de las Naciones,
quiero tejerte un himno inmarcesible
de armoniosas palabras;
el himno zodiacal de la apoteosis
de florecidas sílabas que cantan!
Quiero soñarte, redimida sierva,
marcando rumbos a la estirpe humana,
transfigurando el infeliz presente,
inaugurando la mundial Arcadia.

Flor de los emergidos continentes
de pétalos inmensos como patrias,
de cáliz tropical, ebrio de polen,
de néctares y feculas intactas,
a cuyo alrededor zumba perenne,
en rauda rotación inmigratoria,
la enjambrazón hambrienta de las Castas.

Crátera convivial de los festines
de la eterna abundancia,
sea el preclaro sol de tu hemisferio
zona sagrada;
crátera convivial de los festines
que en la rústica tabla de tus granjas,
y en la mesa suntuosa de tus urbes,
con áureo gesto su esplendor derrama!

Cofre de los tesoros primordiales,
joyero subterráneo,
desbordante de piélagos preciosos
que el tiempo inmemorial metalizara;
reservorio de minas de petróleo,
de sulfurosos surtidores de agua,
de superpuestas selvas carboníferas,
de áureos Cipangos y Golcondas mágicas;

batea del sagrado transformarse
de la inefable vida organizada;
núcleo de siderales energías,
joven Mesopotamia;
madrépora nupcial, tálamo cíclico,
tallado por los ínclitos Titanes,
de audacia legendaria,
para que en él celebren su himeneo
las flores y las faunas
de los divinos climas cardinales,
glorias del mundo, de los pueblos alma;
medicinal naturaleza virgen,
eres belleza, poesía, ensueño,
¡oh realidad continental de Atlántida!

¡Visiones de la "tierra prometida"!
Miríficos oasis del desierto,
grandiosos panoramas;
valles elíseos, formidables ríos,
de soñolientas o nerviosas aguas;
selvas pomposas, milenarias selvas,
que nunca hollaron temerarios *pióners*
ni oyeron nunca la canción del hacha;
arduas Babeles, cordilleras mudas
de emocionante arquitección fantástica;
lagos serenos como piedras finas,
—líquidos cielos en el cielo aéreo—
como escondidos entre las montañas;
raudos torrentes, cancioneros libres
de los abismos que los ecos guardan;
obras maestras de la gran Natura
¡oh arcos iris de las cataratas!

Frescos, perennes manantiales líquidos,
¡oh filtros naturales de los campos,
paradisial bebida de los dioses,
suero espontáneo, transparente savia!

¡Oh verdegueante, pastoril miraje,
gráciles hierbas, trebolares pingües,
muelle, riente, peregrina grama;
¡oh gleba de los búcaros pradiales
vívida y suave como pulpa humana;
tú simbolizas la edad de oro extinta,
tú redivives la belleza arcaica,
tú justificas los solemnes mitos
de vida solitaria,
que para bien de nuestra inícua estirpe
mi extravagante artefición ensalza...
¡Oh maravillas,
prez de la rica juventud terráquea!

¡Cráter social, hornaza,
en cuyo hirviente seno desembocan
las residuales heces planetarias,
para aclarar sus lóbregas angustias,
para templar sus tiritantes fibras,
para saciar sus tempestuosas ansias,
para cumplir con el impulso eterno
de renovarse y renovar la casta,
cual trágicos metales herrumbrosos
que los crisoles funden
y el Arte trueca en novedosas armas!

¡Oh proles venideras!
Seres futuros que el Futuro incuba
bajo sus ígneas alas,
mas grandes que los grandes Cincinatos,
que las Antígonas y las Penelopes,
las Hiparquías y Lucrecias clásicas.
vidas de luz, de amor, de fortaleza,
mentes mundiales: almas!

Sororales varonas redimidas,
antorchas del saber con cuerpos de ánfora
de ubérrimos ovarios progeniales
bajo la comba maternal y elástica;
de humedas y polícromas pupilas
de nupciales miradas:
¡oh cosecheras de organismos agiles,
vendimiadoras de amorosos sueños,
dispensatrices de supremas gracias!

¡Eximia variedad de los Atlantes,
gente viril, genial, hospitalaria,
exenta de infamantes atavismos,
libre de toda decadente mácula!
Altos designios, ejemplares gestos
constelarán el fosforente vuelo
de sus gallardas horas cuotidianas·
seráles leve la experiencia escrita,
cuanto postulan rutinarias "tablas";
sabrán vivir la vida sensitiva,
la plena vida de lós hombres fuertes
multiplicando su mortal prosapia
¡Oh, proles venideras!
¡Seres futuros que el Futuro incuba
bajo sus ígneas alas!

Madre de las naciones,
mito glorioso, renaciente Atlántida,
"obrera la más joven de la tierra,
"obrera la más rica, la más sabia",
si perseveras, te dirán un día,
las laudatorias lenguas de los pueblos
en numerosas inmortales hablas.

Granero de la Especie,
tienda de las piadosas ambulancias
abierta a los anónimos dolores
de la fatalidad y la desgracia;
cabecera fratrial del optimismo
de la tabla redonda del planeta
en el gran festival de la abundancia.

Salvavida de todos los caídos,
estandarte de todas las audacias,
ejes de los gallardos equinoccios
y de las tempestades necesarias;
lagar de los fructíferos fermentos,
hospicio de Mesías y Dionisios,
taller de las empresas mayestáticas.

Pórtico emulador de la Sapiencia
abierto a las eximias tolerancias
entre cuyas columnas diamantinas
arde la zarza
de la Fe semita,
ríen los dioses de la magna Grecia
y zumba el genio de la ciencia aria.

Cuna de victoriales campeonatos
en todas las futuras olimpíadas;
tierra votiva de la musa Agrícola,
inspiradora de los apogeos
de bienestar e independencia humanas;
tierra del desdoblarse de los siervos
en hombres libres, en excelsas damas,
como jamás los continentes vieron,
como jamás la humanidad soñara...

Tierra de la Amistad y del Amor,
tierra del Entusiasmo y la Esperanza,
tierra de la Belleza y de la Fuerza,
tierra divina para siempre amada;
haz que el aeda evocador te admire
—como en el sueño de Noé el Arca—
transfigurando el infeliz presente,
marcando rumbos a la especia humana,
embelleciendo la mansión terrestre,
inaugurando la mundial Arcadia!

Esfera terrenal y selectiva
de transparente atmósfera agraciada,
en cuyo claustro maternal vislumbro
el espejismo de una nueva Raza;
haz que el aeda juvenil te admire
hacia el sublime porvenir en marcha,
antes que el tiempo en sus cabellos nieve,
y la deidad de la suprema Inercia
rompa el cordaje laudator de su arpa!

Torre de los vigías de la Idea,
torre de radiográficas alarmas,
torre de fulgurantes reflectores,
torre refugio de las grandes almas.

Colmenar de novísimas ciudades,
las más fuertes, artísticas y alegres,
las más ricas, fecundas y magnánimas;
pléyade de comunas familiares
cuyo tesoro espiritual irradia
más luz y poesía que los astros
y más fuego interior que las montañas.

¡Aurorales ciudades presentidas!
Sin resguardos, bastiones ni murallas,
sin catacumbas de menguados ritos,
sin chozas, sin cadalzos, sin armadas:
¡oh ciudades!
Más vastas que las yermas Babilonias,
más bellas y más sabias
que las bellas ciudades de la Hélade;
más fuertes y más libres
que las "urbes" romanas;
que cuantas yacen para siempre ignotas
bajo las selvas de la antigua Atlántida;
más impregnadas de virtud terrestre,
de moderno civismo,
de fraternal unción humanitaria
que las Jerusalenes intangibles
y las Mecas arábigas!

Nebulosa civil en formación,
archipiélago de "urbes" libertarias,
pléyade de comunas familiares,
sociales vías lácteas;
¡Oh ciudades!—
Líricas, originales y plásticas;

paganamente llenas
del espíritu santo de la Vida,
cuya embriaguez, maravillosa y rauda,
— ritmo inefable, medular zig zag,
trémolo, fuga, maremoto anímico,
ímpetu, fiebre, creadora dádiva,
loco derroche, aurisolar eclipse
de la potencia y la conciencia avaras —
cruza, en las noches del destino humano,
como un meteoro entre la sombra arcana . .

¡Oh ciudades . . .
cuyo tesoro espiritual derrama
más luz que los gloriosos candelabros
de Salomón;
más prez que las estatuas
de Fidias, que los mármoles de Scopas,
y los ritmos eternos de la Ilíada!
Más genio, más valía, más grandeza,
que todos los estilos y las obras
de las extintas y modernas castas;
¡oh ciudades, emporios electivos
de lo más grande que en el orbe existe
desde que existen almas!
Emporio de hidalguías fraternales,
de conciencias afines y plenarias;
ricos veneros, cerebrales vetas
del supremo *rádium* "perseverancia",
cuyo electrismo sideral e ignoto
es lo más grande que en el Orbe existe
desde que existen almas!
Madre de las naciones,
reverdecida fabulosa Atlántida,
hija más bella que la bella Europa
y que la madre Asia.

Haz que pueda ofrendarte y lo merezcas,
un himno exaltador e inmarcesible
de armoniosas palabras;
el himno zodiacal de la apoteosis
de florecidas sílabas que cantan;
el himno cuyos ritmos rememoren
las músicas campestres de tus brisas,
el grave bordoneo de tus playas,
la ronca inspiración de tus torrentes,
la ingenua soledad de tus montañas,
el hórrido fragor de tus combates,
el silencio fecundo de tus pampas,
los verbos zumbadores de tus pueblos,
el lento despertar de tus canallas...

¡Oh madre tutelar!
Ornamento gentil de los océanos,
pensil inaugural de democracias,
frontón del nuevo cosmos humanista,
alto relieve, pedestal del "Super",
"Duomo" mundial de novadoras Razas!

Que los vientos del Norte,
que los vastos alíseos de los trópicos,
que el hálito sublime de las pampas,
—desde el remoto estrecho de Behering
hasta la cuenca aurífera del Plata—
hinchen y avienten hacia el gran Futuro
tus majestuosas velas desplegadas;
—"Santa Sancórum" de los pueblos libres—
nave inmortal, insumergible Atlántida!

1905

LAS TORRES

La cosa más bella en el mundo
es hacer castillos en el aire

E. Ibsen.

ÉL

¿Querrías una torre con jardines colgantes
para tabernáculo de tu pudor?
O la torre de gloria de las arpas sonantes
construída con las piedras preciosas del Amor?

¿La torre de la isla de las verdes maniguas
en algún archipiélago de ilusión,
a la que tú ascendieras, cual las reinas antiguas,
sobre el palanquín de mi corazón?

Desde cuya áurea altura contemplarías
las errabundas naves pasar, pasar, pasar;
y en las noches diáfanas, las ebrias pedrerías
que el sideral joyero hace reverberar?...

¿Una torre atalaya, cabe un orbe de iguales
en alguna cosmópolis tumultuosa y feliz,
de inmensos reflectores y bronces augurales
como nunca tuvieron ni Roma ni París?

¿Una torre a la vera de extraviados oasis,
cuya sombra amparara las tiendas del aduar;
la torre de la Meca de todos los éxtasis
sobre el desierto en llamas, o en el claror lunar?

Ven, a elegir tu torre, la más resplandeciente,
construída con las piedras preciosas del Amor:
¿Aquésta de Levante? ¿Aquélla de Occidente?
¿Una dorada a fuego? ¿Otra cual blanca flor?

¿Quieres la de los sueos o la de las aromas?
¿La torre del olvido o la del remembrar?
¿La torre de los Angelus, o la de las palomas?
¿O la torre Inclinada que yo suelo habitar?

¿Aquélla, que reflejan los luminosos lagos,
en cuyos miradores, guarnecidos de gules,
flotan los aerostatos, con que los nuevos Magos
te brindan el imperio de los cielos azules?

¿Alguna solitaria torre de las montañas
junto a un bosque de cedros o en lo alto de un pinar,
donde mis grandes celos como águilas hurañas
te llevarán las nuevas de la tierra y del mar?

¿Quieres las que se elevan en las zonas palustres,
como las de Venecia, Bizancio o Singapur?
¿Una torre enclavada sobre tierras ilustres,
de horizontes gloriosos y aurisolar azur?

¿Una torre en los valles de Sicilia o Toscania,
en los fjords de Noruega o en la brumosa Erhin;
al borde del Egeo, en la blonda Alemania,
en la vega andaluza o en las fuentes del Rhin?

¿Sobre las cordilleras, de Cipangos profundos,
en el cabo Esperanza o en pleno Gibraltar,
frente al tonante Niágara — numen del Nuevo Mundo, —
en nuestros Chimborazos o en el Guarisankar?

¿Una torre en edenes de coral de Oceanía,
con bahías internas que ellos llaman atoll,
en las islas de Java, Sumatra o Tasmanía,
purpúreas y rientes en la gloria del sol?

¿En Rodas, en Smirna, Bagdad o Teherán,
en Calcuta, Bombay, Benarés ó Cabul,
en Mudken, en Pekín, junto al Jangtse-Kián,
en Kioto, Yokohama, en Tokio o en Seúl?

¿Quieres que reconstruya las torres de Bassora,
de Cuzco, de Palenque y de Tehenochitlén?
Aquellas más famosas del reino de la aurora,
de Menfis, Babilonia y de Jerusalén?

¿En Lúcksor, Ecbatana, Lahores, Trebizonda,
(la lista de mis torres jamás tendría fin)
con todos los antiguos tesoros de Golconda
en cofres musicales y en urnas de caolín?

¿En torres de bambúes, sobre los elefantes,
para las cacerías del tigre y del león,
como la reina Belkiss, tejida de diamantes
el día de apoteosis que viera a Salomón?

¿Una torre en los pingües países de la gracia
donde la tierra es libre como el aire y la luz;
donde no es cuotidiano el pan de la desgracia,
ni el amor, como Cristo, fallece en una cruz?

¿Una torre en las nuevas ciudades misioneras
que el genio del moderno transforma sin cesar:
en zonas sin murallas, bastiones ni fronteras,
abiertas a las razas que han de fraternizar?

¿Al inflamado borde de los largos caminos
que traza el ideal,
caben las sementeras de los altos destinos
que cultivan los *piónera* del Mundo Occidental?

¿Una torre que ensaye los roncos somatenes
del nuevo despertar,
y anuncie, para todos, una eclosión de edenes
tras el diluvio rojo que la hará madurar?

¿Las torres de los pueblos donde más amplia vibre
la justicia futura tronando rebelión?
La ciencia de los sabios, la audacia de los libres,
y el inmortal hosanna de la cooperación?

¿Las de las capitales en hervor de quimeras,
donde las multitudes que arrebata Satán...
despedazan los cetros, los palios, las banderas,
y el porvenir arrecia como un gran huracán?

¿Dónde, de día en día, salvajes esperanzas
de labor y equidad,
van formando el siroco de las grandes ultranzas,
porque es aún la fuerza, ley de la humanidad?

II

En riberas que bañan los Ganges y los Nilos,
los Platas, Amazonas y los Misisipís,
se alzan las torres mías de todos los estilos
que aguardan Scherezadas que me hagan feliz...

Los estíos irías a las torres del Norte,
los inviernos al Sur,
y siempre, donde fueres, tendrías una corte
de amigas, en mis naves - viajeras del azur...

¡Elige, amada mía, musa del porvenir!

ELLA

¡Oh, cuántas bellas torres! ¡No sé cuál elegir!
Mas ¿no estaré soñando suspensa de tus cantos?

ÉL

Tuyo es lo mío, amada, y es mío cuanto ves...
Desde que te conozco, he hecho tantos, tantos,
castillos en el aire, que más no cabe hacer.

Cada castillo tiene, como las catedrales,
dos torres inmortales dignas de tu esplendor,
elige algún castillo y así tendrás dos torres,
una, que mire al Mundo, otra hacia mi interior...

ELLA

Puesto que Amor, sólo Amor
crea tales maravillas,
ven y siembra sus semillas
dentro de mi corazón;
quiero poblar de castillos,
mis desiertos y mis villas,
mis vírgenes selvas mudas,
los polos de mi ilusión...

ÉL

Amor forjó mis castillos,
Amor mis torres de gemas,
Amor, mis libres poemas,
mis oráculos, Amor;
Amor, mis metamorfosis,
mis esperanzas supremas,
y Amor, venciendo imposibles,
me premia con tu primor...

ELLA

¡Loado seas, Amor!

1905

A LA TIERRA URUGUAYA

¡Tierra Uruguaya!
—Nutriz, cuya es mi sangre y mi existencia,
y el gran fuego central de mi lirismo,
y el *rádium* de mi astral Perseverancia,
—donde en las noches de invernales dudas
vendrán los pueblos a templar sus almas;—

Oriental, Oriental, dulce ribera,
flor de las flores por florida amada,
mirador de los claros horizontes, ,
joyel entre las joyas de la Atlántida,
véate presto esclarecida y grande,
próspera, libre, justiciera y plácida!

Exenta de tiranos y de siervos
como lo estás de abismos y montañas,
llenos tus surcos de simientes óptimas,
tus trojes plenos de cosechas magnas;
subdivididos tus feraces campos
en infinitas laboradas granjas,
más ricos, que en espléndidas haciendas,
en seres cónscios, en familias cultas,
viveros de hombres, madreperlas de almas!

Oriental, Oriental, dulce ribera,
flor de las flores por florida amada.
terruño de las Cides Campeadores,
regio serrallo de amorosas Gracias,
véante pronto los ansiosos ojos
de los mundiales parias,
dando al olvido los laureles épicos,
las homicidas armas—
digna, consciente, pensadora, nueva,
y millonaria de almas!

Entonces sí te llamaremos todos
tierra charrúa, de los libres, Patria:
cuando no hayan de emigrar tus hijos
porque les niegas nutrición y almohada;
cuando no albergues madriguera agreste
por la miseria y el rincón poblada,
ni fratricidas plebes irredentas
de crin hirsuta y de ignorancia atávica;
cuando realices la Equidad augusta
y el Derecho presida tus jornadas;
cuando en la beatitud de tus campiñas,
transfiguradas por la musa agraria,

no irrumpa, torrencial, la hórrida horda
rabiosa de venganzas,
—en el eclipse de la gran concordia,
como ciclón de infamia;—
entonces sí te llamaremos todos
tierra charrúa, de los libres Patria!

1905

A LA COLINA DEL BELVEDERE

¡Cómo he llegado a amar esta colina
solitaria, que vela el litoral;
desde la que, se contempla, a lo lejos,
en noches transparentes,
las luces de las naves del estuario,
la capital, ardiente de farolas,
y a las veces, el ojo giratorio
del inflamado Cíclope del Cerro!

Jamás habría creído que el alma
tumultuaria, en ella encontraría,
hospitalario asilo a sus afanes,
gratos mirajes, mecedores sueños,
inspiración y paz.

Cómo he llegado a amar esta colina
donde gusto tenderme a flor de suelo,
sobre las blandas hierbas florecidas
que los grillos monótonos encantan
e iluminan fantásticos insectos;

que acarician las brisas del Atlántico
con músicas distantes, que acompaña
el clamor de las ondas ribereñas,
en la penumbra azul, clara de luna,
o al remoto brillar de las estrellas.

En este sosegado promontorio
suelo pasar las horas de la noche
contemplando, y soñando
En cosas tan remotas e inconscientes
que amenudo me admiran y transportan
si de pronto, furtivas, las sorprendo;
y harían mi memoria inmarcesible,
gloriosa, si pudiera,
—serenando la rueda del ensueño
que hacen girar sus íntimas surgentes—.

Apresar sus imágenes, sus ritmos,
sus juegos claro-obscuros de visiones,
y grabarlos, poéticos y míos,
en medallones de inmortales versos.

Y apoyo la cabeza iluminada
en tu plumón de florecidas hierbas,
tierra del litoral inspiradora,
regazo agreste de la patria nuestra.

Abarcan mis pupilas lo infinito;
divago en los fenómenos eternos
de la vida, del orbe y de los astros.
El numen de los búdicos nirvanas
baña en su miel el corazón enfermo;
una ternura primordial me expande
en suspiros, en ímpetus, en gestos;

y un himno sin palabras, sin ideas,
un himno de ansiedades inefables,
todo emoción, como apoteosis muda,
fluye de mí maravillosamente.

¡Oh, natural y religioso estado,
cómo me reconfortas y me elevas!
Lejos de las intrigas ciudadanas,
y el opio de las tristes bibliotecas!

¡Oh soledad fecunda en poesía!
¡Oh noches! ¡Oh silencios! ¡Oh belleza!

1903

MAS FUERTE QUE EL AMOR

Apesar de saber que era devota
la amó su corazón;
la afinidad es una fiebre ignota
que ciega la razón.

Ella creía en la verdad sagrada,
en la Biblia y en Dios;
él no dudaba ni creía en nada,
que no fuera su "yo".

¡Oh! cuántas veces en el dulce idilio
asoleado de amor,
al condenado del interno exilio,
al fosco soñador;

" ¡Ay! " le decía con su voz mimosa
de timbre señorial:
"¡Divino, tu locura es muy hermosa,
tu locura augural! "

" Es la eterna ilusión de los Orfeos,
la quimera de Ormúz,
la sed de los sublimes Prometeos,
nostálgicos de luz. "

" Es la zumbante fiera creadora
que quema la razón
de los videntes de la roja aurora
de la Revolución. "

" Es la sangre que arrancan los cilicios
en coágulos de hiel;
la sangre de los negros sacrificios
que alegran a Luzbel. "

" ¡La corona de espinas inclementes!
Es el Inri, la Cruz;
el desprecio y el odio de las gentes,
el drama de Jesús. "

" ¿Y todo para qué? Si siempre todo
ha de ser como fué?
¿A qué ensuciarte revolviendo lodo?
Divino, ¿para qué?

. . . .

Y con sus manos de marfil luciente
y sus labios en flor,
acariciaba la ardorosa frente
del fosco soñador.

Él, solía escucharla sin tristeza,
¡tan grata era su voz!
y fiel al ideal y a la belleza
se adoraban los dos.

Mas, una vez que quiso la Sirena
con su aria sensual
hundirlo para siempre en su Gehenna,
dijo el bardo augural:

"No quieras nunca que en mis cantos vibre
tu mística oración,
Yo siento el numen de los hombres libres,
la sacra Rebelión.

No me arredran las copas de cicuta,
ni los autos de fe;
Soy el Saulo de la nueva ruta,
no temo a la Ananké.

Mi vocación me impele hacia adelante,
es más fuerte que yo;
si no me amas así, busca otro amante,
mas convertirme ¡No!

El mundo está podrido de injusticias
que es fuerza fulminar;
¡no me infames vendiendo tus caricias,
al precio del callar!

Esa paz y esa fe que me pregonas
son hijas del dolor,
y no bastan millones de coronas
para tanto valor.

Para lograr la paz de que disfrutas
en tu casto rezar,
¡cuántos siglos de angustias y disputas!
¡Cuánto heroico guerrear!

No se ablanda el Misterio con rosarios,
ni la Fatalidad;
más alta que los altos campanarios
se eleva la Verdad.

La Verdad, que fué hacha y catapulta,
fuego, horca y dogal;
y bárbara y salvaje antes que culta,
siempre nueva y marcial.

Las propias ignominias de la tierra
dicen al corazón:
" ¡No otorgues paz mientras amague guerra
cualquier superstición! "

Malgrado el sonreír de los Mefistos
acrecienta la luz;
¡todos los tiempos necesitan Cristos
que carguen con su cruz!

Labora el porvenir en tu conciencia
si quieres porvenir,
amarga es la enseñanza de la ciencia,
mas sublima el vivir.

El orbe ha menester de estos Luzbeles
que nunca cejarán,
en cuyas bocas de sonrisas crueles
alienta el huracán.

Almas, que envenenara de rencores
la vieja Iniquidad;
terrestres, que no tienen más amores
que los del ideal.

No quieras, pues, que en mis poemas vibre
tu mística oración;
me agita el numen de los hombres libres,
y soy la Rebelión!

YA NO VAN...

Ya no van los trovadores
por las rutas medioevales
a cantar trovas de amores
en los castillos feudales.

Ya las viejas catedrales
perdieron sus esplendores,
y los claustros monacales
la abundancia de sus flores.

Ya los bronces inmortales
enmudecen soñolientos
en las libres capitales.

Surge el alba; suenan dianas,
y las turbas de *irredentos*
funden balas con campanas!

A UN LEON...

León de melenas rojas
y atronadores rugidos,
¿qué aguardas que no te arrojas
a los zarpazos prohibidos?

La jaula de tus congojas
custodian viejos bandidos,
tus cadenas están flojas...
y tus barrotes, podridos...

¡Oh, fiera de ojos sangrientos
que apuñalan los tormentos
de los hierros encendidos!

¿Qué sueñas, que no te enojas?
¿Qué aguardas, que no te arrojas
a los zarpazos prohibidos?

1905

LOS LEVIATANES

Mi numen es el Leviatán cautivo
en el mar insensible de las cosas,
que remonta el arcano Kuro-Sivo
remolcandos sus blancas nebulosas.

Bloqueado por el Cosmos decisivo
gira en eternas rondas silenciosas,
triste de *más allá,* solo y esquivo,
como un sepulturero entre las fosas

Nadie sospecha que el ignoto vela,
trazando, con los fuegos de su estela,
vías astrales en la inmensidad,

Un día escucharán — sobre el oleaje
negro de la Muerte — su ¡han! salvaje
perderse en tu maelstrón, Eternidad.

Al gran clamor del inmortal proscrito,
responderán con salvas, los volcanes,
y séquitos de largos huracanes
irán a acompañarle, al Infinito.

Todas las razas del moderno mito,
que le ignoraron, honrarán sus manes;
y el himno de los cósmicos afanes
por él creado, les será bendito.

¡Oh, monstruos de los mundos de la idea!
Ya la tiniebla sideral clarea
auspiciando una estirpe de titanes.

Pronto verán, los continentes todos,
fosforecer la noche de los lodos
al pulular de rojos Leviatanes!

LOS CONQUISTADORES

En las albas doradas las lentas carabelas
empavesadas todas, zarpaban para el viaje
legendario y remoto, sobre el fluctuante oleaje
que el huracán encrespa, borrando las estelas.

Majestuosas singlaban al tremor de sus velas
bajo el azul glorioso, con rumbo a la salvaje
región de los Ocasos, donde el triunfal coraje
de los conquistadores, calzaba sus espuelas.

De noche en las cubiertas y sobre las amarras
absortos contemplaban los mares y los cielos
con la mirada inquieta y el corazón suspenso;

y algunos trovadores, al son de las guitarras
cantaban los adioses de trémulos pañuelos
quizá por siempre ocultos tras el abismo inmenso

1898

LA MARIPOSA NEGRA...

Hermana de los Incas, ¡oh Liranta!
no deplores tu antiguo poderío;
el mito de tu estirpe se agiganta
regio y solar en el ensueño mío

Hables o calles tu primor encanta,
tu majestad, tu esplendidez, tu brío,
y el ruiseñor enamorado y pío
que en la glorieta de tus sienes canta.

Biznieta de Atahualpa! Como entonces,
tiene tu faz el esplandor del bronce
que el albo cisne espolvorea apenas...

Oh! Cuántas veces, con ternura loca
soñé, quemar en tu encendida boca
la mariposa negra de mis penas!

SÓLO UNA, AMIGA...

Sobre la errante tierra vampírica y macabra
de floras ponzoñosas y faunas asesinas,
de cordilleras trágicas, de desiertos, de ruinas,
de ayes, de sollozos, de eterna abracadabra;

sobre esta ruda tierra, donde la vida labra
sus cosas y sus seres con leyes peregrinas,
donde el dolor y el odio nos coronan de espinas,
Yo he sido y soy amado tanto... que no hay palabra...

Y sin embargo Amiga, me quejo y desespero;
ah! más amores sueño, más amistades quiero,
más lauros, más ternuras, más lírica embriaguez

Sólo una vez pasamos en medio a lo que existe,
con alma forastera, enamorada y triste,
sólo una vez amiga, y nunca más después!

EL MIRAJE

Rival de las gloriosas Atalantas
inspiradoras de himnos sobrehumanos,
que mi imperial tristeza desencantas
al tenue roce de tus blancas manos.

Si vinieras a mí, como otras tantas
vinieron y pasaron, —sueños vanos—;
y lloraran, tus ojos soberanos
al ver mi corazón bajo tus plantas;

aunque mimaras mi orfandad esquiva,
como una joven águila cautiva
enferma de nostalgias indecibles,

vieras, en medio de los sumos goces,
absortas, las pupilas que conoces,
en siderales mundos de Imposibles..

HELÉNICA

En la noche sin fin de mi Odisea
resplandeció la luz de tus primores
oh, Musa de los últimos amores
de labios dulces como miel hiblea

De la divina madre Citerea
heredaste los flancos seductores,
la curva omnipotente, los rubores,
el gesto, y la sonrisa de la Dea

Te juro, por los manes de Platea,
que la lanza de Palas Atenea

coronando la Acrópolis sagrada,
jamás resplandeció cual tu mirada,
en la noche sin fin de mi Odisea.

ODA A MONTEVIDEO

I

Alguna vez diré cómo surgiste
al borde del salvaje mar platense,
sobre la alta colina verdegueante
del nómade charrúa.

Alguna vez evocaré el miraje
que el hispano piloto sorprendiera
desde la cofa de la nao, gritando:
"Monte-vi-éu!"

Y cuando el férreo brigadier Zabala
como Alejandro en marcha hacia el desierto,
puso en el vasto litoral nativo
tu primer piedra.

Ahora canto en jubilosa salve
tu florecer, Alejandría nueva;
gema, que harán, las industriosas artes,
escintilar con resplandores propios.

Baluarte del antiguo virreinato,
ardua palestra de mundiales héroes,
que vió surgir la aurisolar silueta
pura y flamígera de Garibaldi.

Ínclita emerges junto al mar sonante
flora purpúrea de la hispana gente;
custódiante los númenes de Atlántida,
y el sol de la Defensa.

Ara Votiva del progreso; ara
del porvenir, que el ideal realiza;
ara que al fuego del valor naciste,
y que agiganta el fuego del ingenio.

Canto el festivo aniversario tuyo
madre gloriosa, ciudadela invicta,
dominadora del estuario inmenso,
y de la inmensa pampa.

Faro que irradias orientales luces,
vanguardia de la occídua cordillera,
insomne centinela de los Andes,
sacro, "aventino", fiel Monte-video!

Única estrella que en la mazorquera
noche argentina de la tiranía,
dabas tu luz en inmortal ofrenda
para encender la fe de los proscriptos.

Única estrella en la brumal barbarie
que trazabas un nimbo en cada frente,
y tenías un rayo y un escudo
para cada rebelde.

Pía es la sombra austera de tus templos,
no arraiga en ti la mala fe hebraica;
la sapiencia civil tienes de Roma,
fundida en los crisoles de la Francia.

Los tesoros del mundo a ti convergen
para multiplicarse en tus empresas,
al sudor de tu plebe, y al seguro
milagro de tu tierra.

Breve es tu historia; como tal no evoca
fastos cesáreos ni victorias regias;
no te abruman coronas medioevales
ni blancos solideos.

Ningún vano poder te presta amparo
ni te roen olímpicas infamias;
a la ajena labor jamás imprecas
misericordia.

Oh, juvenilia de las selvas vírgenes,
sirena del mar dulce de Occidente,
oreada por las brisas tropicales
y el hálito salvaje de las pampas.

Aula gentil del renacer latino,
libre de arcaicas polvorientas ruinas,
sin arcos de triunfos legendarios,
ni capitolios de olvidadas leyes.

Aula gentil del renacer latino,
abierta al mundo que labora y crea;
cuya virtud hospitalaria saben
los Continentes.

Tú no sorbes la sangre ni la vida
de ninguna nación, de tribu alguna;
alzas la frente sideral y digna,
troyana siempre.

Tú no tiendes las manos suplicantes
en nombre de un Señor Omnipotente;
no vives de la Fe, ni de la Astucia
ni menos de la Guerra.

Cruza el oro perenne de tus rentas
en torrencial Pactolo el oceano,
hasta perderse en el brumoso Támesis
y en la isla del Sena.

Oro uruguayo, sacrosanta sangre,
das tu vigor a la europea gente,
vivificas sus pútridas estirpes,
a costa de mi plebe.

Doras el ocio de la gran tacaña
y gran felina plutocracia aquella,
en tanto que ante el hambre de sus hijos
rugen tus héroes.

En la actitud ecuestre de tus bravos
resumes el valor y la hidalguía;
y en el alto relieve de tu gloria
Temis se eleva.

Proclamo que no existe sobre el Orbe
origen más excelso que tu origen,
grandeza superior a tu grandeza,
orgullo más fecundo.

II

Como en los rudos milenarios tiempos
magna, rampante, la infeliz Especie,
labra la historia cuya miel dorada
gustan los menos...

La excesiva labor más que las guerras,
diezma las castas, sin emanciparlas;
y el excesivo ociar, con sus hastíos
pudre las "élites".

Cada ciudad es un volcán que irradia,
rojo fanal, sus flámulas de ideas;
rachas de tempestad tumban los trípodes,
los dioses mueren.

Frente al tremendo padecer del pueblo
cunde el oráculo de la gran "vendetta";
y mientras ríe la sensual Capúa
Aníbal llega!

¡Oh, patria nuestra, tutelar oasis!
Estrella de las Cícladas de América;
por los emblemas de tu escudo de armas,
tu vate jura.

¡Ay! Mientras valles y colinas fértiles
conserve sin cultivo el privilegio,
pulularán tus torvas montoneras,
habrán malones...

Se agitarán por el reparto agrario
que las adhiera como planta al suelo;
aguardarán el despertar sublime
de nuevos Gracos.

Antes que el gaucho en la cuchilla abrupta,
trágico enristre la mohosa lanza,
y en el taller, el menestral apreste,
los explosivos;

antes que el sueño de los grandes montes
torva interrumpa la fatal mesnada;
y hasta las piedras de tus avenidas
se empurpurezcan,

forja las tablas de la Gran Justicia,
haz la epopeya del Derecho Nuevo,
para que "el pueblo de los libres" sea,
Monte-liberto.

¡Oh germinal de las instituciones!
Eldorado civil, conquista magna;
miraje del crepúsculo cristiano,
mito supremo!

¡Oh, cordillera de tan altos sueños!
Oh vientos de la cumbre inaccesible
que desviáis el vuelo de los cóndores,
y formáis la avalancha!...

¿Cuándo, la torre de tu fortaleza,
al cielo, al mar, al sol, a todos rumbos,
dará, en solemnes formidables salvas,
tan "buena nueva"?

Del profundo mar negro del presente
el sol que surja nuevos mundos dore,
oh maravilla de las tierras libres!
Helios divino!

Reveladora del moderno credo,
al carmen de tu augusto aniversario,
responde el himno de las tres Américas,
coro de Océanidas!

III

Oh, de las diosas, mecedor Olimpo,
en pleno azul, cabe el platense Egeo,
tierra florida, de las bellas vistas,
sacro, "aventino", fiel, monte-liberto;

he aquí la visión de tus destinos
que una tarde yo tuve en la terraza
de mi sereno albergue, en la colina
del Belvedere.

Cubría la ciudad por el Oriente,
densa, cerúlea nube de tormenta;
y el sol trazaba en la pluviosa altura
la rúbrica del Iris.

Y parecíame ver, por largo tiempo,
una visión de naves, infinita,
que venían del fondo del Atlante,
con sus cargas de pueblos.

Eran testas viriles de Espartacos,
eran rostros de madres "dolorosas"
eran bustos en flor, y por doquiera,
proles ingentes.

Y las naves llegaban y llegaban;
y todos al pasar bajo la curva
máxima del Iris, como ante un pórtico
sacro, se descubrían.

¡Y el sol doraba aquel deslumbramiento!

Mientras que, de la agrícola colina,
el descendiente de los bardos druídas,
el portavoz de la ululante especie,
—ronco badajo de la gran campana
        del Nuevo Mundo—
con los brazos abiertos salmodiaba,
al cielo, al mar, al sol, al ómnio Cosmos:

¡Salve, patrio oriental monte, refugio!
¡Salve, patrio oriental monte, liberto!
Acoje las almas, redime los parias,
        concilia los pueblos,
y siempre, por siempre,
acoge, redime, concilia, liberta, liberta, liberta!

1905

¿EN VANO?

I

¿En vano
todo el sufrir humano?
¿Los afiebrados pulsos?
¿Los insomnios convulsos?
¿El odio y el amor?
¿Las lágrimas candentes?
¿Los ímpetus rugientes?
¿El numen creador?

II

¿La sangre, el llanto, todo
cuanto la vida crea
ha de tornar al lodo
sin realizar la idea
De todo para todos?

III

El polvo de los siervos,
— cuyo sublime guano
germina nuevos verbos
en el erial humano —
¿También, por siempre en vano?

IV

¿En vano la bondad,
en vano la verdad;
en vano, el bien, hermano? . . .
¿En vano la paciencia,
en vano la experiencia,
y la justicia en vano?

ENVÍO

V

¡No más, no más, serviles!
¡Hay que aventarse, harapos!
¡Arriar todos los trapos
de todos los mastiles!
¡Hay que atreverse, viles!

VI

Sino, por siempre en vano,
todo el sufrir humano!

EL MISTERIOSO AMOR

Y en tanto yo te hablaba como siempre
suave y adusto, íntimo y remoto,
iba surgiendo lenta, lentamente,
sobre los mares muertos de tus celos
poblados de volcanes silenciosos;
iba surgiendo lenta, lentamente,
como un maravilloso plenilunio
en la infinita noche de los polos;
iba surgiendo lenta, lentamente,
En las graves esferas de tus ojos,
¡el misterioso amor de las Vestales
hecho de horror sagrado y voluptuoso!

MEMORIAL

I

De los druídicos bosques de las Galias
es mi estirpe augural y migratoria;
La tuya es de las ínclitas Italias
mimadas de las Artes y la Gloria.

La Musa triunfal de la aventura,
más mágica que el numen de Aladino,
infundió a nuestros padres su locura,
la locura del áureo Vellocino.

Por ella abandonaron sus hogares,
ricos en fe y en bizarría homérica;
atravesaron procelosos mares
en busca de las Cólquides de America.

Llegaron a las "tierras prometidas"
ardientes de ilusión y sed de empeños;
y consagraron sus tenaces vidas
a la consecución de sus ensueños.

Sufrieron en la brega cuotidiana
todos los trances que el azar encierra,
todos los giros de la lucha humana,
todas las amarguras de la tierra.

Tus padres prosperaron, y los míos
también tuvieron merecida suerte;
mas un invierno, en los primeros fríos,
alguien entró en mi hogar... y era la Muerte!...

Ida mi madre, la desgracia quiso
poner a prueba mi precoz hombría;...
tuve que abandonar mi paraíso
como aguilucho que no tiene guía.

Vagué, de pueblo en pueblo, desolado
comiendo las bellotas del destierro;
sufrí, lloré, gemí por mi pasado,
y el infortunio ennobleció mi yerro.

El numen de las doctas enseñanzas
—verbo inefable de la madre ciencia—
supo trocar mis días de añoranzas
en horas de evangelio y penitencia.

A pensar aprendí y a comprenderme,
sufrir con goce, y a crear con fiebre;
sentirme estoico aunque estuviera inerme,
lírico siempre, soñador y orfebre.

Fui de los pocos que vencieron todo
cuanto se opuso a mi tesón entonces:
¡Hoy, si grabo mi rúbrica en el lodo,
el lodo cambia, se convierte en bronce!

Hoy canto en los clarines de mi estilo
las Marsellesas de la nueva hazaña
mientras escalo, fúlgido y tranquilo,
el vértice interior de mi montaña.

Hoy como ayer me asiste la pobreza,
ayer como hoy maravillado vivo
de más en más por la inmortal belleza;
de vez en cuando trovador cautivo...

Ostento en los cuarteles de mi escudo,
frente al miraje de una esclava Atenas,
un Prometeo, trágico y desnudo,
que sangrando revienta sus cadenas...

Mi canto suena en el oleaje humano,
grito de alarma y a tambor de guerra;
soy una voz que encrespa el oceano,...
¡la Voz de los volcanes de la tierra!...

ETERNUM VALE

Alguna vez mi inspiración galante
te hastió de tus banales amadores,
soñaste ser cual la Beatriz de Dante...
que un bardo te rimara sus amores.

Me sonreíste picaresca y bella
en la hora feliz de los hechizos,
con tus miradas de amorosa estrella,
augurales de excelsos paraísos...

Y te seguí magnetizadamente,
¿recuerdas el callado seguimiento?
y me miraste y te miré vehemente,
y uno fué nuestro doble sentimiento.

Y desde entonces, el vate de los parias,
fué de tus gracias claudicante siervo;
le inspiraste los ritmos de sus arias,
fuiste la llama que encendió su Verbo.

Premiabas con sonrisas sus canciones,
fundías sus pesares con miradas;
y habituada a jugar con corazones
jugabas el papel de las amadas...

Y simulabas entusiasmos sacros
con tan sutiles y espontáneos modos
que mi ser se embriagó en tus simulacros,
y te creí... como creían todos...

¡Oh tardes! ¡Oh crepúsculos! ¡Oh noches!
¡Angustias de la espera ante el balcón!
¡Oh gestos! ¡Oh saludos! ¡Oh reproches
que en silencio te hacía el corazón!

¡Qué lejos todo eso y qué cercano!
¡Qué cercano y qué lejos a la vez!
Ah! ¡cómo te adoraba el muy humano!
¡Qué celos! ¡qué delirios! ¡que embriaguez!

Jamás tú lo sabrás, nerviosa bruna,
hermana de Ulalume y Ligeia;
Lunática y gentil más que la luna,
más que la luna inaccesible y fría...

Jamás, jamás serás glorificada
como lo fueras por mis ansias todas;
jamás así sentida ni mimada
aunque te cases... en octavas bodas...

Yo debía cantarte como canta
Pierrot lilial a la empolvada luna,
y pues quien canta su dolor encanta
tú no sentías inquietud alguna...

Y te abstuviste de estrechar los lazos,
—es la verdad aunque el sufrir te abrume—
sin ver que de mi alma hecha pedazos
se iba el amor, como se va el perfume...

Y se fué, no sé de qué manera,
quizá como la esencia de las flores;
y se quedó tu loca primavera,
sin arrullos, gorjeos, ni fulgores...

Yo mismo aunque quisiera no podría
amarte nunca como ya te amé;
aquello fué el martirio, la agonía,
mi gran locura, pero *aquello fué*...

Hoy te sonrío más que nunca suave,
no te guardo rencor ni me entristeces;
fuiste querida, como nadie sabe,
e idealizada, como no mereces. .

Vive la vida que mejor te cuadre,
haz lo que puedas por nimbar tu sien;
véndete cara como esposa y madre,
¡nada más justo que venderse bien!

¡Nada más justo que venderla bien!...

BERCEUSE

I

Sueño en la aérea Venecia
de un archipiélago azul,
con las leyendas de Grecia
y el miraje de Stambul.

Alcázares de quimeras
tiene esa patria ideal,
y moran las primaveras
en sus calles de cristal.

Se ponen — frente a las lunas
de sus límpidos canales, —
sus antifaces, la luna...
la noche, polvos astrales...

De las mágicas distancias
de sus rumbos cardinales
pasan ríos de fragancias,
y armonías musicales.

El hálito de las flores
perfuma barcas y olas,
y dan al aire las violas
sus serenatas de amores.

El firmamento es sonoro,
la gloria es bella y fugaz;
mujeres, vinos y oro
corean el *ritornello:* ¿quieres más?...

Los palacios se constelan
de luces de festivales,
los Amores ríen, vuelan,
y nadie sabe de males.

No hay cárceles ominosas,
hospicios ni cementerios,
ni leyes, ni tantas cosas
que inventan los hombres serios.

El agua es color champaña
y da la inmortalidad;
no hay Evas de mala entraña;
la ilusión es realidad.

Lord Byron lo supo tanto
que en ella se aclimató;
y sólo quebró su encanto
cuando Grecia lo llamó...

Isla de ensueño, mejor
que Delos, Chipre y Citeres;
Dulce patria del amor
y Meca de los placeres...

II

¡Ay! después de sumergirme
en tu agua que hace inmortal,
moriré... de no morirme,
pues tanto bien hace mal.

Como una real veneciana,
Llegará en góndola de oro,
debajo de mi ventana
la muerte que más adoro...

La góndola remolcando
el cisne de Lohengrín;
vendrá la Muerte cantando
para aplacarme el *spleen.*

¡Oh! las cadencias de miel
de la música ideal,
que agotan la vida cruel
en un éxtasis nupcial!

¡Oh, Muerte, novia adorable!
Ha de serme tu canción
como un veneno inefable
que me hiele el corazón.

Yo me iré como he venido
sin el más vago temor,
dulcemente sorprendido
tras una noche de amor.

Y me vendrán a velar,
como en las pasadas citas,
Ofelias y Margaritas
de aquel país singular.

III

Sobre el agua de Colonia
de los alegres canales,
¡qué bella la ceremonia
de mis exequias triunfales!

Góndolas, barcas, veleros,
floridos y empavesados;
de gala los caballeros,
y las damas ¡qué tocados!

Repicarán las campanas,
harán salva los cañones,
y de nobles venecianas
desbordarán los balcones.

Sabios, orfebres, artistas,
—ebrios de alguna neurosis,
soñadores, utopistas,
estarán en la apoteosis.

Y al llegar a la rotonda
do depositen los restos,
un poeta de alma honda,
rojo numen, todo gestos,

luego de ensalzar mi vida
y sus obras victoriales,
me dará la despedida
en nombre de sus iguales.

¡E iré a vivir *la gran vida*,
con las Sombras Inmortales!

B. Aires 1898

ORACIÓN AL ORGULLO

Verbo de redención, supremo arrullo
¡oh tú, muy puro y bien amado Orgullo!
león que entre torturas jugueteas!

Glorificado eternamente seas.

Hijo de mis entrañas, padre mío,
el corazón que emponzoñó el hastío
vuelca hacia ti sus últimas mareas!

Glorificado eternamente seas.

Helios moral, que en mi estrellada noche
adolescente, reventaste el broche
en estallante púrpura de ideas!

Glorificado eternamente seas.

Velamen de la barca zozobrante
de mi alma, velamen rutilante
que en incendios de fe chisporroteas.

Glorificado eternamente seas.

Incombustible, milagroso, extraño,
que vas sobre el eterno desengaño,
entre las tempestades que braveas.

Glorificado eternamente seas.

Sudor de Prometeo. Agua fuerte
que brindas la ambrosía de la muerte
al héroe, que traicionan las raleas.

Glorificado eternamente seas.

Llanto virgen de témpanos polares
que tienes la amargura de los mares
y el divino fulgor de las preseas.

Glorificado eternamente seas.

Cumbre de la montaña incandescente,
cuna de la avalancha y del torrente,
refugio de las águilas febeas.

Glorificado eternamente seas.

Cráter ustorio como inmensa valva,
libre, remoto mirador del alba,
que oprobios curas y esperanzas creas!

Glorificado eternamente seas.

Arco triunfal vibrante de oriflamas,
curvado a fuego, que en valor inflamas
para avanzar jadeante a las peleas!

Glorificado eternamente seas.

Heraldo de la audacia, numen ario,
poeta, redentor y libertario
capaz de sobrehumanas Odiseas.

Glorificado eternamente seas.

Asilo de caídos y errabundos,
crisol de estirpes y matriz de mundos
que en iris de ilusión tornasoleas.

Glorificado eternamente seas.

Más allá del placer y del marasmo,
más allá del amor y el entusiasmo
fulgen insomnes tus sublimes teas!

Glorificado eternamente seas.

Cuando el cansancio o el saber cruentos
naufragan en sombríos desalientos
tú persistes, y el ánimo espoleas,

Glorificado eternamente seas.

Hermano del dolor ¡oh solitario,
peregrinante, zodiacal beluario
que sobre el Bien y el Mal relampagueas!

Glorificado eternamente seas.

Escudo diamantino de mi vida
que templara Luzbel, en la prohibida
hornaza de las ansias giganteas!

Glorificado eternamente seas.

Más alto que la frente que aureolas,
más bello que el ensueño que tremolas,
más caro que las caras Citereas,

glorificado eternamente seas,

verbo de redención, supremo arrullo,
¡oh tú, muy puro y bien amado Orgullo!

HEROICA

Otros, talaron las selvas y escalaron las montañas,
otros, cavaron las minas y roturaron el suelo,
otros, forjaron metales y conquistaron naciones,
otros, vencieron los monstruos y exploraron los océanos.

Nosotros, talamos mitos y escalamos tradiciones,
minamos hondos prejuicios, roturamos privilegios,
forjamos revoluciones y conquistamos enigmas,
vencemos monstruosidades y exploramos Mundos Nuevos.

Otros, se armaron un tiempo, para sangrientas batallas,
otros, soplaron clarines, con delirantes alientos,
y redoblaron tambores y enarbolaron banderas
en el fragor de las cargas relampagueantes de aceros.

Nosotros nos armaremos de ardientes perseverancias
para más arduas empresas y laborares excelsos,
para fatigas más puras, para victorias más largas,
para heroísmos más nobles, para ideales más bellos;
llenaremos nuestras vidas de centelleantes acciones,
¡creadores, no creyentes, siempre libres, siempre nuevos!

A UNA CAMPANA

I

Solemne y contradictoria
eres,
campana que anuncias ¡gloria!
con tremor de misereres,
y cantas, con voz mortuoria,
la pascua de los placeres.

Solemne y contradictoria
eres.

II

Con
que arte singular
¡ay! me supo cautivar
la excelsitud de tu son.
Y desde entonces me tienes,
campana sin corazón,
el corazón en rehenes.

III

Como arrullos de sirenas
sobre la undosa marina
tus trémulas cantilenas
llegaron a la colina
solitaria de mis penas.

IV

Y fué un reír de pesares
y un sollozar de alegrías
como ríen los pinares
y sollozan otros días.

V

Solemne y contradictoria
eres
colmena que zumbas ¡gloria!
campana de misereres.

Bien sé yo quien asegura
que si es variable tu son,
también lo es tu ternura.

Campana sin corazón
que embriagas los firmamentos
del clamor de tu locura.

Y vas diciendo a los vientos,
con inmortales acentos,
mi eterna mala ventura.

Solemne y contradictoria
eres,
colmena que zumbas ¡gloria!
campana de misereres.

BALADA DE LOS ÚLTIMOS OTOÑOS

Musa de las tristezas autumnales,
melancólica dea,
revestida de pálidos crepúsculos
y lánguidas estrellas;

Antígona errabunda,
que lloras hojas secas,
desmelenada por nerviosos cierzos
y locas polvaredas;

la seda mortecina de tus albas
descolora las fértiles praderas,
el hondo terciopelo de tus noches,
amortaja las selvas.

Selene te contempla más que nunca
noctámbula y bohemia,
alumbra compasiva tu calvario,
en tanto que Helios, triunfador, se aleja.

Tu viudez enternece las montañas,
y entristece las fieras,
las peñas se humedecen, y las ondas
se tornan plañideras...

Las gárrulas ciudades se encresponan
de diluvianas nieblas,
los torrentes, los mares y las pampas
sollozan tus querellas.

Naturaleza henchida de nostalgias
sus maravillas veda;
¡adiós, áureos mirajes de las cosas,
    alondras, golondrinas y falenas!

¡Adiós, iris, azures, arreboles,
gorjeos, cantilenas,
poéticos susurros de las frondas,
    armonías excelsas!

Se marchitan las flores amorosas
en sus tallos suspensas;
en los muros grietados y ruinosos
    se acurrucan las aves agoreras.

Repica el esquilón de las ermitas,
rechinan las veletas,
el aullar gemebundo de los canes
    resuena, casi humano, en las tinieblas...

Los juveniles corazones ebrios
de sangre en primavera,
apaciguan sus férvidos latidos,
    y entumecidos quedan.

Encanecen las testas pensadoras
afiebradas de ciencia;
las frentes palidecen, y los ojos
    se nublan de cegueras.

Zumban las inquietudes del insomnio
como enjambres de abejas;
inquietudes que bullen en el fondo
    fatal de las conciencias.

Desfilan las ardientes Dolorosas
del eterno poema;
las Niobes, las Andrómedas, las Safos
    de la propia leyenda...

Y se las mira sobrehumanamente
en la ficción perfecta,
más bellas que lo fueran en sus vidas,
    más sabias y más buenas

Y sobre el tiempo, que lo absorbe todo,
más allá de la muerte y sus gehennas,
aunque vencidas, en nosotros mismos,
    ¡inmarcesibles quedan!

Pupilas de llorosas Sakuntalas,
que iluminan las fúnebres ausencias;
perfiles de proféticas Casandras,
    rostros de Citereas...

Sonrisas tristes como despedidas,
gestos ceñudos como amargas quejas,
bocas canoras cuyas lenguas de oro
    sus caricias reservan.

Custodias rutilantes del ensueño,
del hondo Amor, sirenas,
¡oh, Serafitas del Supremo Arcano!
    ¡horlas, de las tinieblas!

¡Ah! ¡cómo viven nuestra propia vida!
    ¡Cómo en nosotros reinan!
¡Ay! esas mismas que al pasar fingimos
    ¡como si no existieran!

. . . .
. . . .

II

Musa de las secuencias autumnales,
de pupilas, de hiedra,
húmedas de relentes lacrimosos,
y de angustias secretas;

madrastra de los trágicos sin patria
que vagan por la tierra;
penumbra de las almas solitarias,
borrasca de Odiseas.

Fatiga vesperal de los enfermos
que declinan sin fuerzas;
frialdad cuotidiana de la muerte
que se infiltra en sus venas.

¡Oh nube, tempestada de relámpagos,
de truenos y centellas,
que a la par que desgranas tus lloviznas
aniquilas, incendias!

Silencios religiosos de los valles
en las tardes eléctricas,
más sublimes que todos los silencios
que colman las iglesias.

¡Cómo ululan los roncos vendavales
que el lúgubre Huracán desencadena,
cuando sopla, en los tubos de tu armónium,
su aliento de Epopeya!

¡La fábrica terráquea se estremece,
los firmamentos tiemblan;
la infinita armonía de los Orbes
se detiene suspensa!

III

¡Oh, musa cenicienta del Otoño
de doble faz diversa,
que los plebeyos con dolor deploran
y los felices con fruición celebran!

Yo también, como tú, cruzo la Vida
sin saber el por qué de mi carrera;
errando en el abismo que circunda
la montaña de todas las Quimeras...

Bloqueado en los glaciares superiores
del polo de la Idea;
esperando sin fe lo Inesperado
¡que tanto desespera!

Yo también como tú surco los tiempos
envuelto en mis crepúsculos de nieblas,
chirriando en las veletas de mis sueños,
gimiendo en los pinares de mis penas.

Creando por crear — cara manía —
historias y leyendas;
dotándolas de vida y de misterio,
de amor y de belleza.

Yo tambien, como tú, siento el Invierno
de las dudas acerbas,
con su nevar de *¿para qués?* glaciales
que el tumultuoso mar interno hielan...

IV

Ya mis pozos se agotan,
ya mis fuentes se secan,
ya los *géissers* de ritmos desgranan
sus últimas perlas.

Ya los vientos deshojan mis prados,
ya mis noches están sin estrellas,
ya los fuegos errantes circulan
por sobre la fosa que abierta me espera.

Mi cadáver sonríe al gusano,
es bizarra, gentil, mi osamenta;
cuando nadie recuerde su historia,
¡qué amor tan profundo tendrá por la huesa!

¡Oh, deidad del Otoño que pasas
conmoviendo las fieras,
si de nuevo en los lustros futuros
vegetando me encuentras,

y te canto los himnos triunfales
que cantan las almas, inmunes de penas;
y te cubro de imágenes de oro,
y te hago aureolas de rútilas gemas,

—oh, deidad del Otoño que pasas
conmoviendo las fieras,—
aunque fueren mis himnos, sublimes,
admira al trovero; creer? no le creas!

1905

ALTO RELIEVE

Loemos, Musa mía, la sáfica molicie
que rige, de sus ritmos, la *procer non curanza;*
hasta en la ardiente noche en que Eros acaricie
su cuerpo estremecido de angustia y de esperanza.

Loemos, Musa mía, los bólidos prismáticos
que el genio de los cielos le deparó por ojos;
bólidos desprendidos de los Orbes lunáticos
que, por intuirlo todo, no miran sin sonrojos.

Y la soberbia testa de joven pitonisa,
antorcha rutilante de fuego cerebral
más bella que la bella cabeza de Eloísa
erguida, sobre el bronce del busto virginal.

Loemos, Musa mía, el admirable todo
que vela con su veste, y a su pesar descuella;
¡oh, forma majestuosa del calumniado lodo,
pura como una llama y ardiente como ella!

Quiera el diurno Helios, dispensador de palmas,
o la nocturna Necros, que troncha con su hoz,
engarzar, en un mismo destino, nuestras almas,
para el amor, en vida, para la gloria, en Nos. .

1903

LAS CELDAS

¿Nada sabes de las celdas
de la bohemia estudiosa,
de sus trofeos de zarzas,
de sus cruces incorpóreas?

¿De la angustia solitaria
de las almas penserosas,
para quienes los triunfos
suelen trocarse en derrotas?

¡Oh, las fiebres de esas vidas
proyectándose en las cosas,
bajo el terrible silencio
de las parálisis locas!

¡Ah, los recuerdos de un tiempo
de anunciaciones creadoras,
destilando sus toxinas
entre las células mórbidas!

Y las páginas en blanco
del memorial de sus glorias:
y sus truncos Evangelios
que comentan las babosas...

¡Oh las celdas solitarias
calvario de todas horas,
con sus trofeos de zarzas
y sus cruces incorpóreas!

Bien hayan los ecce homos
héroes, sabios o rapsodas;
redentores en potencia
que el mundo por siempre ignora.

Los Budas, Cristos y Sócrates
que no bajan al Agora;
los Dantes que hubieran sido,
los Luteros y Spinozas.

Los formidables forzados
de alguna condena propia;
Colones del *más allá,*
que en la demencia zozobran.

Sembradores que jamás
cosecharán cualquier cosa,
y siguen, siembra que siembra,
dichosos que otros recojan . .

¡Oh las celdas solitarias!
¡Oh las celdas silenciosas!
Con sus trofeos de zarzas
y sus cruces incorpóreas.

Cual las fuentes ignoradas
de los Nilos y Amazonas
suelen ser las pobres celdas
manantiales de altas cosas.

Y cármenes ilusorios
de sangrientas aureolas
hasta en los largos otoños
de las vejeces heróicas.

Y fulgurantes crisoles
en que los símbolos toman
sentidos inesperados
y fuerzas maravillosas.

Y bateas de Ideales
que todo revolucionan,
aunque sean amasados
por las manos más ignotas.

Tales suelen ser las celdas
que los númenes custodian,
con sus trofeos de zarzas
y sus cruces incorpóreas.

1903

A LA INMORTAL

Tú, de los Paraísos, la esfinge rutilante
que escrutas el arcano con ojos de diamante;
madona de los éxtasis, radiosa de pureza
sobre las cumbres níveas de la infeliz belleza;
virgen llena de gracia, musa de *los Cantares*,
sagrada en las basílicas, augusta en los hogares;
ánfora del deseo, de amargura exquisita,
fugaz en la apariencia, y en la esencia infinita;
madre noche estrellada del desierto y del polo
cuya sombra acompaña los pasos del más solo,
que abres, en los insomnios del alma creadora
la inmensa flor del aire de tu boreal aurora;
milagro de los seres, corona de las cosas,
vitrina de las gemas, motivo de las rosas,
fuente de las quimeras, néctar de los dolores,
nudo de los destinos, ala de los amores;

tú fuiste la crisálida que las razas primeras
soñaron mariposa de luz de las esferas,
la vésper de los mitos, más que la griega Eros
nacida, como un lirio de los estercoleros,
cuando el primer destello de idealidad exigua,
surgió, como un lucero, de la barbarie antigua;
cuando en las temblorosas albas del sentimiento
apareció el meteoro de un nuevo pensamiento.

Tú fuiste la crisálida que las razas primeras
soñaron mariposa de luz de las esferas;
y antorcha de himeneos, de lumbre imaginaria
para el amor que es beso, y la fe que es plegaria,
y miraje de palmas, deslumbrante promesa,
para el genio, que es lucha, y el arte, que es belleza.

En la madre del *Hombre* la tradición cristiana
hizo la apoteosis de la Dea pagana;
idealizó tu forma, limpia de toda escoria,
e impuso al universo que adorara tu gloria.

Mas, como siempre eres la madreperla henchida
que incuba las cosechas futuras de la Vida,
el arca de la Especie, — la misma de la *Alianza* —
que lleva el cargamento de amor y de esperanza;
el arca de la Especie que flota sobre el Mal
fecunda como el Orbe, como el Orbe, inmortal.

1903

ODA A UNA TRÁGICA

Tu nombre me era familiar y excelso.
Sus gayas sílabas revoloteaban
cual ruiseñores en mi admiración.

El lírico vaivén de tus jornadas
por los remotos pueblos magistrales
sonaba en los marfiles de mi torre
como un fausto repique de campanas
en los lentos domingos de la aldea...

¡Por fin, llegaste!
Te vi, suspenso, aparecer lejana
como una emperatriz. Pausadamente,
con majestuoso andar te aproximaste,
grande cual la emoción que sugerías
en aquel cráter inflamado de almas.

Y el espacio, la luz, el escenario,
los personajes del vetusto drama,
el subyugado exótico auditorio
tornáronse solemnes, cual si hubiera
surgido una heroína de epopeyas!

¿Cómo expresar lo que sintiera entonces?
¡Aquella extraña angustia fosforente!
¡Aquel deslumbramiento de potencias!
¡Aquel silencio azul del alto Olimpo!
¡Aquella inspiración!

Encarnación de lo irreal soñado,
tantas veces soñada y presentida,
que dices, en cadencias mecedoras,
los delirantes cantos de los Arias,
y evocas, en supremas actitudes,
las Sombras de las Grandes Dolorosas,
las peregrinas Sombras Inmortales.

¡Ah! si al par de sentir viejas leyendas,
de renovar, con imperial maestría,
el numen de los regios Episodios,
la vetustez de tantos Evangelios,
fueras la Esfinge de estos tiempos ígneos:
interpretaras la Mujer Moderna,

(en cuyos ojos las pasiones vibran
ennoblecidas de ideales nuevos),
dando a la Rebelión tus voces de oro,
y al Arte libre tu entusiasmo excelso:

¡con qué amor te cantaran mis nostalgias!
¡Qué himnos estrellados te elevara
de estrofas como vírgenes oceánidas
de los antiguos coros esquilianos,
hasta encender tu palidez marmórea,
en flava apoteosis!

Musa de Eleusis, que en la bruma roja
de nuestros días, pasas, como Ofelia,
"Tejiendo flores y cantando sueños";
Musa de Eleusis, que en el gran crepúsculo
del mundo que naufraga y del que asciende,
avanzas, con cortejos espectrales
sobre el *Buque fantasma* del Pasado,
agitando la antorcha de tu genio,

hija de Safo, a quien Quiron legara
la juventud interna;
que sabes más que Ovidio, la agridulce,
rara, — de hacerse amar, — divina ciencia;
Sibila errante de la gran Tragedia,
más reina, sin imperio ni corona,
que las Emperatrices legendarias
que a veces interpretas;
Musa de Eleusis que París admira,
(París es el badajo de tu gloria
y el Orbe es la campana),
jamás como a tu influjo mi natura
ebria del lumen sideral que admira,
ardió, de pronto, en religiosas ascuas!

II

Mientras la turba a mi alredor preciaba
la pompa de tus trajes,
y regalaba, sus oídos vanos,
el musical enjambre de tus frases,
tú, entreabriste para mí, feéricos,
los pórticos boreales del Futuro
en un gesto inaudito de belleza.

. . . .

. . . .

...Eran,
—en llanuras, en valles, en montañas,
al borde de los ríos y los mares,
en regiones de nieblas y de nieves,
en países de sol y muelles climas,
cabe las grandes rutas industriosas,—
Villas, Pueblos, Ciudades y Cosmópolis,
eran,
bajo la comba de infinitos cielos,
en los días, las tardes y las noches,
libérrimas, sapientes Capitales,
resonantes de razas jubilosas
felices de vivir y de crear!...

Vencedoras de cuántos despotismos
afearan la historia de su estirpe;
redimidas del odio, la miseria
y el mal de la ignorancia;

libertadas de las supersticiones
con que el terror semítico cubriera,
—en milenaria lluvia de cenizas,—
los pueblos de Occidente, restituídos
al culto de Helios, primordial y védico...

Domada la Natura por la ciencia,
y el Infortunio por la unión humana,
ya no era el Arte, mercantil y vano,
ni las artistas, trashumantes parias;
por doquiera, grandiosos coliseos
desbordantes de públicos selectos,
eran los templos de la nueva Fe.
El Drama, exento del horror antiguo,
exaltaba las almas y los sexos,
fundiendo, en el crisol de sus motivos,
el juego natural de las pasiones,
los choques de la acción y las ideas,
los ímpetus heroicos y geniales,
en floración sutil de pensamientos,
y en mitos de futuras epopeyas;

y todos los fecundos en ficciones,
en dramas, sinfonías y poemas,
aquellos que lograban imponerse
infundiendo sus sueños de belleza,
en las generaciones entusiastas,
Eran los sacerdotes de aquel culto,
exaltador, libertador, supremo.

¡Para ellos, los víctores, las palmas,
los trofeos y el voto popular!

¡Oh triunfo del Arte y de la Ciencia
despues de treinta siglos de batallas!
¡Oh triunfo del Sol y de la Aurora
sobre la inmensa noche de la Cruz!

Y los pueblos unánimes coreaban
el himno redentor:
"Adiós, adiós, pesadillas judías!
¡Adiós, ritos horrendos
de la resignación y del dolor!
¡Adiós, eras malditas
de esclavitud, de soledad, de muerte!
Adiós! Adiós! Adiós!

¡Gloria a vosotras, musas del ideal moderno:
Belleza y Alegría, Amor y Libertad!"

III

Hermana de los últimos Videntes,
a cuyo influjo el fuego de mi estro,
en vastos rutilantes espejismos,
genial relampaguea
como en la fiesta del titán del Cáucaso
la llama de las últimas antorchas
que el efebo, triunfante en la carrera,
depositaba, exhausto, sobre el ara; —

séate el Arte, culto inmarcesible
sobre el universal mercantilismo
y el encanallamiento de las Razas.

¡Siempre presente, aunque invisible y lejos,
en mi soñar perdurará tu imagen,
áurea, gloriosa, electrizante, única!

1906

EL CISNE NEGRO

Yo nunca me he mirado, en tus ojos, amiga,
por más que sus pupilas destellen regia luz;
porque donde me miro, perdona que lo diga,
se graba para siempre el *inri* de mi cruz . .

Jamás habría osado turbar la penserosa
beatitud fraterna de nuestra intelección,
con algo que no fuera, como piedra preciosa
del verbo que nos brinda su pura inspiración...

Te siento sin oírte, te veo sin mirarte;
es mía la más honda belleza de tu ser,
te admiro, con frecuencia, maravillosa de arte;
eres la poesía que se h hecho mujer...

Mi amor por ti florece paradisiales lirios,
si amor cabe llamarse lo que no puede amar;
es cual la luz dorada, mística de los cirios
que sólo resplandece votiva ante el altar.

II

Me dicen que tus ojos semejan dos vitrinas
llenas de liquidámbar y miel aurisolar;
que en el piélago ardiente de sus aguas marinas
hay grutas de esmeraldas que están sin explorar...

Que Cipris no las tuvo tan glaucas ni felinas,
ni Minerva tan grandes, tan hondas Loreley;
que ni las noches tienen estrellas peregrinas
como en el verde arcano de tus pupilas hay...

Argonautas conozco que adunan tu mirada
a la aguja imantada de una brújula astral;
los héroes la comparan al filo de una espada,
vertiginosa y fría como la *durandal*...

Los buzos, que recuerdan los raros espejismos,
el vasto cabrilleo del espejeante mar,
me dicen que no vieron jamás en sus abismos,
mirajes tan ignotos como el de tu mirar...

Yo nunca me he mirado en tus ojos, amiga,
por más que me complazcan los juegos de la luz...
porque donde me miro, perdona que lo diga,
se graba para siempre el *inri* de mi Cruz...

Los he visto al pasar, gloriosos como gemas,
ausentes de sí mismos o enfermos de vivir,
radiando más destellos, que todas las diademas,
saturnos sin anillos, cansados de lucir. .

III

Falenas de la selva fosforescente y mágica,
luciérnagas nocturnas de eléctrico vaivén,
no me queméis jamás con vuestra lumbre trágica,
flotad, girad, lucid por mi olvidado Edén..

Yo soy el negro cisne del lago de la fiebre
donde a tu musa place nostálgica soñar;
el pájaro enlutado, de corazón de orfebre,
cuyos silencios de oro sabes interpretar...

Mi tiempo fué de gloria, cuando la castellana
ornaba con sus risas el parque señorial;
y de los blancos cisnes, la alada caravana,
bogaba cortejando tu góndola nupcial...

Después... con sus angustias, vino la turbia Vida;
se fué la castellana, la alegría murió.
Los blancos cisnes todos gimieron su partida;
el cisne favorito de pena ennegreció...

Yo soy el negro cisne del lago solitario
donde a tu musa place nostálgica bogar;
el lago de armonioso cristal imaginario
que la divina Ausente nunca podrá olvidar...

Déjame, pues, amiga, que otras pupilas loe
donde el amor me brinda su espléndida visión;
tú posees la clave de mi inmortal oboe....
¡déjame que les cante mi trémula canción!

1903

ALMA MÍA

Límpida y abundante
como las vertientes de las montañas
eres tú, Alma mía,
maguer de calcinarte el Infortunio;

Límpida y abundante
aunque abreven en ti, vampiramente,
las ávidas Miserias,
como salvajes águilas sedientas
al borde de un raudal.

Límpida y abundante
aunque el rencor sangriento de las fieras
que nutres, te babée,
y las negras arañas ponzoñosas
tejan a tu alredor...

Límpida y abundante
eres tú, alma mía,
antes como después de las borrascas,
desde que riega tu insondable cráter
el surtidor de surtidores de oro
que llaman *Voluntad*...

Límpida y abundante,
a fuerza de labor y arduos dragajes
en la nocturna cueva cenagosa
que abrió mi surtidor;
después de destilar la turbia herencia
para quien sabe qué fugaz destino
de elevación, de libertad, de arte,
libre de escorias, estallante de himnos,
torrencial de luz...

II

Límpida y abundante,
a veces te diseñas a mis ojos
como una media luna de ironía
sobre el hondo vaivén de los afanes
hendiendo el gran azul de la ilusión...

Límpida y abundante
riela tu faz en las inmundas charcas
clareando el pulular de los reptiles;
o arrojas, como un rayo, tu sonrisa,
al través de las bóvedas del templo,
o hiendes las murallas de la ergástula
y te abismas, genial, en las pupilas,
de algún libertador...

Límpida y abundante,
la maldición del hombre no te afecta
ni su incienso te embriaga:
odios, amores y danzar de estrellas
tu fulgurante indiferencia baña.

Límpida y abundante,
así te quise yo, así te tengo:
espejo facetado de las cosas,
cosa, tú misma, sublimadamente,
más bella, que la aurora de las cumbres,
más libre, que los prófugos meteoros,
más varia, que el oleaje de los mundos,
superior a la Gloria y a la Muerte,
fugaz como la propia Eternidad...

Así te quise yo, así te tengo
profundo oasis del desierto mío!...
Musa mundial y forastera cósmica...
¡Huésped del Yo — inaccesible Alma!

1905

ADDIO

Birreme empavesada que vas hacia Citeres
surcando, con tu prora, el piélago sensual,
déjame en un peñasco desierto de mujeres
soñando en el fantasma de la inmortalidad!

Tentacular lujuria, horca de Macabeos,
parca de torso eximio, Sulamita oriental,
aparta de mis labios tu cáliz de deseos;
yo estoy armado en guerra, no puedo claudicar

Yo voy armado en guerra, hacia las nuevas zonas,
en el audaz corsario que reta al huracán;
en vano me acaricias, en vano me coronas;
¡Adiós, dulce Citeres! ¡Adiós, Felicidad!

Quiero dejar impresa la estela del corsario
en el nocturno oleaje del piélago sin fin;
dar muerte, en las tinieblas, al pulpo fabulario
que hace abismar las naves que van al porvenir.

Tender la red dorada de evocaciones
en las traidoras sirtes del mar de la Ananké,
ajeno a las sirenas, de áureas fascinaciones,
a cuya voz naufragan los nautas del saber!...

Después... acaso nunca... cumplido el vaticinio,
torne, glorioso y triste, nostálgico de paz,
en busca de la Amable, de pectoral biclinio
donde posar la frente que ajó la tempestad!...

Entonces, sólo entonces, airón de mi cimera,
serán, tus hombros gratos a mi afiebrada sien;
y ancoras tus brazos, y fresca enredadera
tu virgen cabellera más suave que la miel.

Islas afortunadas serán tus pectorales
de líneas exquisitas que alegre contemplar;
islas afortunadas para las triunfales
fatigas del austero pirata intelectual!...

Entonces sí, birreme, que vas hacia Citeres
surcando con tu prora, el piélago sensual,
juntos olvidaremos, en lechos de placeres
el lírico fantasma de la inmortalidad!

Montevideo 1902

A FLOR DE ALMA

(1907)

EN VOZ BAJA...

Tu alma es media loca; pero la mía es más;
el broche de tu boca, ¿cuándo me lo darás?

¿Sabes por qué lo quiero? Para prender en el
un broche que yo tengo, oxidado de hiel...

Tus pupilas semejan dos guindas luminosas;
yo quiero más tus guindas que las piedras preciosas.

La gracia de tus manos no la igualan las flores;
éstas brindan perfumes y tus manos, amores.

Es la hora amorosa y nupcial del poniente;
tú estarás en la playa, y el sol sobre tu frente.

Yo estoy bajo la fronda dorada del parral,
haciéndote estos dísticos de humor original.

Los trenes pasan llenos de alegres vestes claras;
me hamaco en un sillón; ¡qué lindo que pasaras!

Pero, no; qué tristeza que me vieras aquí;
no importa que no pases puesto que estás en mí.

Te llevo bajo el palio febril de mi cariño
como una gran Custodia en las manos de un niño.

Eres la fiera indiana de las selvas nativas;
¿recortarás tus garras cuando conmigo vivas?

El ocaso amortigua sus últimas farolas;
ya te irás de la playa; y las olas ¡qué solas!

¡Qué solas las gimientes volutas cristalinas!
más solas que las niñas de tus cuencas divinas.

¡Qué solas las espumas bajo el puente olvidado,
cuando la tarde es ida y el "Super" no ha llegado!

¡Qué sola la terraza, cuando todos se han ido,
y la Errabunda torna al desolado nido!

Y la preguntan cosas molestas y banales
con los gestos sabidos y las frases rituales.

Y la divina piensa en el "Super" lejano,
y la "mater" sospecha, y la interroga en vano.

Y la casa desierta, y la "mater" que ronda,
y los cajones hurga, y las amigas sonda.

Suena la media noche; la brisa en el follaje,
remeda los vaivenes playeros del oleaje.

La luna, entre las hojas, filtra sus lampos quedos,
como cuando la amada me mira entre sus dedos.

Los luceros sonríen; doradas margaritas
se encienden en la altura para alumbrar las citas.

¡Oh, qué noche tan bella para gozarla unidos,
paladeando las rimas de los bardos queridos!

Las frases musicales de los grandes melodas
más dulces que los besos de las noches de bodas

Recordando las dudas, las fiebres, los rencores,
toda la ardiente historia de los nuestros amores.

¡Oh, qué noche tan bella para vivirla unidos;
corazones y labios de amor estremecidos!

¡Silencios más profundos que los cielos profundos!,
¡deseos como mirras, miradas como mundos!

¡Ay! cuántas noches ebrias de estrellas pasarán,
antes que Amor corone de besos nuestro afán.

¡Quién pudiera dormirse y alegre despertar
la noche, en que te ciñas el nimbo de azahar!

1903

SUAVEMENTE

Divina, suavemente,
más suave que el lucero del alba de tu frente
quiero loar la Musa, que tu beldad evoca,
la gracia de tus gestos, el habla de tu boca,
el lumen de tus ojos y el numen de tu mente;
divina, suavemente,

Divina, suavemente,
tu corazón es mío (mi corazón lo siente),
bajo el nupcial corpiño
prohibido y atrayente,
que el legendario niño
perfora, con las flechas de su arco omnipotente;
divina, suavemente.

Divina, suavemente,
novilunio de amores es tu perfil riente,
y pastillas de ensueño tus pupilas de azur,
que hacen soñar quimeras al desolado augur...
¡oh, perfil exquisito, novilunio creciente
que asciendes, en la noche del místico vidente,
divina, suavemente

Divina, suavemente,
el suave entre los suaves melodas de Occidente,
huérfano girasol
ansioso de agua pura y eternidad de sol,
quiere, para sus bodas, tu virgen corazón,
mas, si por ser quien eres, incurres en traición,
verás, cuán pocos saben jugar al juego ardiente,
divina, suavemente

1902

MARINA

Marina la de tus ojos
¡qué deliciosa marina!
tan arcana, tan serena,
tan felina.

Deja que me engolfe en ella
busceando sus pedrerías;
y así pasarme las noches,
y los días.

Quiero pescar las estrellas
que se miran en su estuario
para hacerme un amuleto,
luminario.

Quiero escuchar el arrullo
seductor de tus sirenas
aunque naufrague y me abrumen
de cadenas.

Quiero surcar temerario
su inexplorada alta mar;
ser el único corsario,
y soñar...

Soñar tras el abordaje
aquella paz exquisita,
en la que flota el miraje
de Afrodita.

Ver, en los claros de luna,
las islas afortunadas...
que prometen, una a una,
tus miradas.

En las tardes de bonanza
cuando se empurpura el sol,
que me queme, de esperanza,
tu arrebol...

Si me pierden mis antojos
moriré como Juan Huss,
en la hoguera de tus ojos,
mar de luz...

¡Oh, mi lírica agarena!
déjame ver tu marina
tan hermosa, tan serena,
tan felina.

1903

ROMANCE

I

Con el alba, de la fiesta
salimos a pasos lentos
cruzando como sonámbulos
los bulevares desiertos,
unidos en un abrazo
tembloroso de deseo,
bajo las amplias capotas
del disfraz carnavalesco.

Detrás nuestro iban las otras
damas con sus caballeros,
y más distantes los padres
familiares soñolientos.
Y con sus voces varias
el insólito cortejo,
en aquella madrugada
de tibieza y de silencio,

acentuaba la apariencia
de solemne cementerio
que tenía la ciudad
dominada por el sueño.

II

Con mi diestra por su talle
y su siniestra en mi cuerpo,
bajo las amplias capotas
del disfraz carnavalesco,
unidos en un abrazo
conmovedor de deseo,
cruzamos como sonámbulos
los bulevares desiertos
en aquella madrugada
de quietud y de misterio. . .

1898

Lumen, Selene, Leda, Serafita, Atalanta,
en ti la curva alienta, se transfigura, canta.

Ocultas en tu pecho, entre espumas de encajes,
dos búcaros nupciales
como igual no los hubo
en la Alhambra de mármol de los abencerrajes;
como igual no los tuvo
el pensil de Semíramis ni el jardín de Ninón.

Tus manos fueron hechas con polvo de diamantes;
con zumo de granadas tus labios palpitantes,
y con sangre de rosas tu corazón.

Tu garganta es más grácil que la que Praxíteles
cinceló a Galatea, haz de tallos de nardos,
del parque de tu cuerpo, que los ojos recrea;
nevado columnario que adornan de laureles,
en religioso exvoto, los héroes y los bardos.

Tus hombros armoniosos son cual los de las diosas
del Partenón,
que el amor coronaba de mirtos y de rosas
cuando el sublime arquero tenía corazón;
andas de sensitiva
que llevan en triunfo tu cabeza votiva.

Tus hombros desprendidos
al son de dulces liras
de los *bajos relieves* inmortales,
para imperar velados de aéreas cachemiras
o envueltos en el fasto de mantos orientales.

Tu nariz, de alas finas;
avecilla del *bosque de la bella durmiente,*
posada bajo el palio de lises de tu frente.

Tu nariz modelada por la mano de Scopas
en un rapto fecundo,
para aspirar en cinceladas copas,
el hálito de las selvas fragantes,
las sales de los mares,
el éter de los cielos, el elixir del mundo.

Para gozar las mirras que exhalan los carbones
de ardientes incensarios y suaves pebeteros,
los lánguidos perfumes que gustan los amantes
cuando descuella Eros,
en los triclinios de los *Decamerones,*
y en los divanes de las fiestas galantes.

Tus sienes resplandecen en la undosa penumbra
virgen de tus cabellos: su blancura deslumbra,
dulces hostias profanas
que ansían comulgar tantas bocas humanas.

Tus pupilas semejan dos mágicas redomas
henchidas de un virtuoso licor espiritual,
sus iris se parecen a los de las palomas,
y tienen tus miradas ¡oh, flor de monasterio!
la eterna lejanía, la noche y el misterio
de la luz zodiacal.

Tu frente es alta y bella
como una blanca estrella crepuscular;
sosegada laguna en la altura de un monte
nevado por la luna y aún sin explorar...

Tu frente enguirnaldada de juveniles rizos,
fresca magnolia en flor,
que habría saturado de miel, Anacreonte,
para besar mejor;
casta urna de ensueños, madreperla marmórea,
farola de la torre de una isla hiperbórea
que nadie pudo hollar.

Albatro de las costas pasionales
que ciernes la pureza de tus alas liliales
sobre el nativo mar,
¡feliz aquél que un día de nupcias pasionales
te sepa acariciar!

Tu cabecita airosa de artísticas guedejas,
colmena del Himeto que alegran las abejas
áureas de la ilusión,
a su sombra he sentido gratos reverdeceres,
el más gozoso olvido de todas las Gliceres
que un día atormentaran aqueste corazón.

Tu cabellera bruna
que cantan los poetas y arrullan los bulbules,
como las noches tienden sus siderales tules
con tintes de carbón;
¡oh, suaves filamentos que el arte engalanara
sobre tu nuca virgen de pálido Carrara,
como una inspiración!

Así en la noche aquella, resonante de arpegios
mi alma te cantaba en los salones regios,
su cántico de amor,
mientras la filigrana de tus labios mordaces
ornaba con sonrisas equívocas mis frases
como asoleada rosa que asperga un surtidor.

1905

Tienes la gracia armoniosa,
la elegancia espiritual;
blanca, fina, luminosa,
de gesto sensacional.

Me engaña la fantasía
con su habitual sutileza;
¿tendrá miel de poesía
la copa de tu belleza?

Boca de labios en flor
como labrada a buril,
mariposa del amor
"elegida entre diez mil".

¿Quién sabrá cuándo ironizas
o la emoción te engalana,
bombonera de sonrisas
con broche de filigrana?

¿Dirás de mí lo que sientes
o falsearás tu pensar?
Cuando me muestras los dientes,
¿debo reír o llorar?

Esa cabecita bruna
cuya bizarría encanta,
¿no estará como la luna?...
¿tendrá un ruiseñor que canta?

Gardenia de distinciones
que aromas mi corazón,
¡Versalles y Trianones
reviven con tu visión!

1905

Blanca, suave, peregrina,
sonreías flor de lis,
envuelta en las telas finas
con tu boca cibelina
y tus joyas de París.

¿Reías de las piruetas
de los clownes de Frank Brown,
o de los pobres poetas
que son, en pistas secretas,
payasos del corazón?

1905

Tu visión llenó la bella
tarde de fiesta invernal;
me dije: *¿quién será Ella?*
y tu hondo mirar de estrella
me respondió: *¡tu ideal!*

En tus labios parecía
sangrienta reverberar
como en su ardiente agonía
la alta púrpura del día
sobre el incendio del mar.

Tu suntuosa cabellera
ponía su áureo encanto
sobre tu faz hechicera,
y un olor de primavera
te envolvía, como un manto.

Fulguraban sus pupilas
como en su estuche de gemas,
ya plácidas, ya intranquilas,
como las de las sibilas,
inspiradoras supremas.

Estrellas de verde mar,
giratorias como faros;
pupilas que hacen soñar...
y se quisiera admirar
en las estatuas de Paros.

¿Quién dirá la gracia helena,
la vida de tu escultura,
tu seducción de sirena,
el alma de orgullo llena
que irradiaba tu hermosura?

¡Ah, no serán, ciertamente,
las manos del soñador
las que pondrán en tu frente
el nimbo resplandeciente
de los azahares de amor?

Pasa, pasa ante mi vida
¡oh, deliciosa visión!
aunque ignores ser querida
¡ay!, te da su despedida
temblando, mi corazón!

1905

Aspiro, al pagano modo
de las gentiles noblezas
que en la hora del exodo
supremo de mis pavesas,

cuando en el libro gran Todo
dispersen sus impurezas
como un puñado de lodo
de ilusión y de tristezas;

para nunca más tornar,
quiero que el cinerador
que me toque por azar,
me arroje, desde un vapor,
de noche, al viento, en el mar.

1902

¡Cuántas veces quise ir hacia Ti;
espontáneo, sonriente,
y decirte las ansias que, soñando,
te he dicho tantas veces!

Mas, era contemplarte de improviso
o apenas entreverte,
y un misterioso afán desconocido
me tornaba, de pronto, indiferente.

Tu ausencia era el tormento de mis horas,
y siempre que mis ojos te buscaban
ansiosamente,
embriagadas de ti, ¡ay!, mis miradas
se apartaban al verte.

Así fué que, buscándote y huyéndote
jamás nos encontramos frente a frente;
así fué que te amé; así me amaste,
¡desesperadamente!

1904

Amiga: por vuestros ojos
de astral voluptuosidad
claudican mis sueños rojos
de super humanidad:
amiga, por vuestros ojos
de astral voluptuosidad.

Amiga: por vuestra boca
de eximia coloración
diera al olvido, la loca
Musa de mi irreligión:
amiga, por vuestra boca
de eximia coloración.

Sultana, la más garrida,
que vieran los ojos míos
en el serrallo escondida
de los soberbios desvíos;
sultana la más garrida
que vieran los ojos míos.

¿Queréis ser la Sulamita
de este pobre *Salomón?*
Vuestra gracia es exquisita
y finita mi pasión;
¿queréis ser la Sulamita
de este pobre Salomón?

Amiga, Cupido agobia,
mi exangüe naturaleza,
y aunque padezco una novia
me exalta vuestra belleza;
amiga, Cupido agobia
mi exangue naturaleza.

¿Qué queréis? la vida es una,
una la muerte, uno el ser. . .;
amar es tentar fortuna,
ser amado, ¡gay saber!
¿qué queréis? la vida es una,
una la muerte, uno el ser.

Si en vuestros labios señora
comulga l'ánima mía,
una hora, media hora,
si mucho os parece un día,
haré, divina señora,
que hasta mi novia os sonría.

1904

NOCHE BUENA

Esto le dije en medio de la zambra
de aquella noche buena de placeres,
en el salón de una moderna Alhambra,
cabe un áureo desfile de mujeres:

—No me atrae la antorcha de tu gloria,
ni el tesoro que escoltan tus axilas,
ni el orgullo patricio de tu historia,
ni el fuego turbador de tus pupilas.

Me atrae la nostalgia de tu vida,
el tedioso abandono de tus galas,
la mórbida ansiedad desconocida
que tantas veces sin querer exhalas.

El soplo de tu angustia suspirante
me llena de una insólita ternura;
si te quieres curar hazte mi amante,
si te place sufrir, quédate pura...

Gocemos nuestro amor en un delirio
de intimidad; mi pena lo reclama;
sé tú la llama que consume al cirio,
y yo el cirio que se vuelve llama...

Ella estaba más pálida que otrora,
su ceño adusto, sus ojeras hondas,
bajo el gran casco de triunfal aurora
con flores blancas en las crenchas blondas.

Y me miraba, hipnotizadamente,
—quizá evocando el milagroso dúo—
como una absorta y ávida serpiente
ante la efigie fraternal de un buho.

A SOR MELANCOLIA

Piensa que eres entre todas
la quimera más querida
de aquel que alfombró tus huellas
con lágrimas hechas rimas.

Recuerda de tus jornadas
la insomne melancolía;
ven, a olvidar nuestros tedios
en una aventura olímpica.

Ven, que el cariño y la audacia
un paraíso nos brindan
donde la muerte es el premio
de las más dulces fatigas.

Este tiempo no es el nuestro,
este vegetar no es vida;
¡tentemos nuevos destinos,
y que el amor nos bendiga!

VE SOELIS

Sois como una estatua desconocida
en un jardín lejano:
en vano el sol clarea las glorietas,
y en los muros la hiedra verdecida
sonríe en vano.

De la gloriosa juventud caduca
en vano el fuego en vuestros ojos queda;
¿en dónde están las manos que acaricien
los desolados rizos de esa nuca?
¿en dónde el cisne de la virgen Leda?

Esclava del celeste Nazareno,
brasa de castidad fría de angustia,
pues que jamás supisteis ofrendaros,
el justo amor, como sutil veneno,
ahora os tiene inconsolada y mustia.

En el claustro pradial de vuestra vida
los genios del *Pesar* y del *Orgullo*
se dan la mano;
sois, como una estatua desconocida,
en un jardín lejano.

Yo te sueño adornada de atributos florales
en los frisos helenos y en las urnas votivas,
yo te veo ceñida de nimbos zodiacales
de los góticos templos en las altas ojivas.

Revives en la gloria de los frescos claustrales
entre blondos querubes y azules perspectivas,
con los ojos en éxtasis y en las manos liliales
la paloma del arca con la rama de olivas...

Triunfas en Lutecia con Puvis de Chavannes,
el Louvre te custodia, te sonríen los manes
de las gracias divinas; Rodin es tu campeón.

Y aunque insensible seas a la virtud del bardo,
—Flora de Boticelli, Gioconda de Leonardo—
¡el gozo de admirarte, llena de inspiración! . . .

Oh prometida de las secretas afinidades
toda estrellada por la diadema del "gay saber",
en cuyas sienes, como en los tirsos de otras edades,
ríen las rosas de los jardines de Baudelaire. . .

Ebria colmena de inspiraciones y de "saudades"
donde mis días bañan en mieles su padecer,
virgen meloda que maravillas las soledades
y los silencios y las nostalgias de mi querer. . .

Cuando en las tardes y en las auroras crepusculares,
como los bosques, como las pampas, como los mares,
tu piano cante los *misereres* de la pasión.

piensa que vuelan sobre el teclado de nuestras penas,
tus manos blancas, tus manos fieles, tus manos buenas;
piensa en tu piano como si fuera mi corazón. . .

SÓLO UNA VEZ, AMIGA. . .

Sobre la errante tierra vampírica y macabra
de floras ponzoñosas y faunas asesinas,
de cordilleras trágicas, de desiertos, de ruinas,
de ayes, de sollozos, de absurda abracadabra;

sobre esta rura tierra, donde la vida labra
sus cosas y sus seres con leyes peregrinas,
donde el dolor y el odio nos coronan de espinas,
yo he sido y soy amado tanto... que no hay palabra...

Y, sin embargo amiga me quejo y desespero;
¡ay! más amores sueño, más amistades quiero,
más lauros, más cariños, más lírica embriaguez.

Sólo una vez pasamos en medio a lo que existe
con alma forastera, enamorada y triste;
¡sólo una vez amiga, y nunca más después!

Le obsedian sus ojos íntimos y lejanos
como dos reflectores que exploraban su mar,
su ceño penseroso, sus donaires galanos,
el arco de su frente y el vuelo de su andar.

Acaso la angustiaban fraternales arcanos,
mirajes de un desierto que le era familiar...
y sus mordaces labios, bellos como sus manos,
parecían brindarse trémulos al pasar...

Él, desangró en poemas, como un astro en destellos,
—para dorar la tienda nupcial de sus cabellos—
gimiéndolos al hondo ritmo de su emoción.

Y en las *mil y una noches* que rondó su santuario,
quebró todas las cuerdas de su almo stradivario,
y el melodioso arco de luz de su razón.

Y Ella... sonreía... feliz... en su balcón!

EL OSO BLANCO

Quiéreme mucho, amiga si quieres que te quiera,
ponme tus ojos suaves cual lunas de ternura;
suelta tus mariposas, vuelca tu primavera
en el interno páramo polar de mi locura.

Deshiela los glaciares flotantes de amargura
que vedan el camino feliz de la Quimera;
despliega tus auroras boreales en la altura
donde la Ausencia extiende su negra cabellera...

Quiéreme mucho amiga, si quieres que te quiera,
aunque después me olvides y con tu olvido muera
la Musa que me tiene lírico y soñador.

Es media noche aún en el páramo interno,
y como un monstruo herido que bloqueara el invierno
te aulla el oso blanco y hambriento de mi amor...

1902

Querría que fueses la primera
en decir lo que no osamos decir,
que lo dijeras de alguna manera
como quien no sabe de qué reír...

Yo siempre estoy a la espera
de lo que temo y desearía oír;
mas tú no quieres ser la primera,
y yo menos, preferimos sufrir.

Y sin embargo,
tus ojos me lo auguran, y tus suaves
manos, manos que nunca besaré.

¿Por qué nos sabe Amor a trago amargo?
¿por qué quieres que diga lo que sabes?
¿por qué quiero que digas lo que sé?

Eras como una lámpara encendida
vista al través de un mágico "vitreau";
y absorbía la llama de tu vida
toda la sangre de mi corazón.

Por ardiente y artística, querida,
reinabas en tu trono de esplendor,
como una veladora de mi vida
sobre la mesa de mi corazón.

Tu fuego era la fiebre de mi herida,
mi numen se irisaba en tu claror,
mi sangre era tu luz, tu luz mi vida,
latía para ti mi corazón...

Hoy, la vidriera de ilusión no existe,
un murciélago errante la apagó,
eres la misma lámpara que fuiste,
mas ya no rielas en mi corazón...

Y BIEN HERMOSA...

Yo soy aquel que os hizó sufrir tanto
peregrina beldad arrepentida,
aquél por quien vertisteis hondo llanto
el año más febril de vuestra vida.

Aquél a quien brindasteis vuestro encanto,
que os burlara al llamaros preferida,
aquél que sin piedad ante el quebranto
os infiriera herida, tras herida.

Yo soy el "monstruo" aquel tan fementido,
el tragediante, el pérfido, el bandido,
a quien quisisteis con supremo amor.

Yo soy aquel que os hizo sufrir tanto;
hoy como entonces vuestras gracias canto
y bien hermosa ¿me guardáis rencor?

Yo quería a las otras como quiere mi gato
las falenas que caza para jugar con ellas,
placíanme las finas curvas de las doncellas
por amor a la forma, y por gozar el rato...

Algunas me obsedían cual Salambó a Matto,
y llenaban mis noches de arrullos y querellas;
unas por lo graciosas, otras porque eran bellas,
todas porque sabían amarme con recato.

Yo he sido un melodioso domador de serpientes...
ávidas escuchaban mis rimas ascendentes,
y trémulas se erguían al son de mi halalí.

Por ello no te asombre si hasta contigo juego;
juego mi vida entera contra tu amor de fuego,
¡oh reina de Amazonas que me domaste a mí!

TAN LEJOS

Felice te veía, magnífica y ardiente,
ofrendándote toda, e invulnerable al par,
como la grave esfinge del misterioso Oriente,
dominando el Sahara de mi pasión solar.

Estábamos tan cerca, tan cerca finalmente,
que tu hálito quemaba, quemaba tu mirar;...
y mordías tus labios sin querer, y a tu frente
la fiebre descendía, como la tarde al mar.

Yo gozaba sufriendo tu insólito mutismo,
y tu ser me atraía como atrae el abismo,
—abismo desbordante de virgen embriaguez...

Y en el nupcial encanto del moribundo día,
tañían, nuestras almas, sus toques de agonía,
¡mirándonos tan cerca, tan lejos a la vez!

Amada mía:
(También otros lo creyeron así)
una idea me apena sin cesar,
¿cuántas veces queriéndolo o sin querer
habrás donado lo mejor de ti?

Amada mía:
¡ah! ¿cuántas veces simulando calma
o toda arrebolada de sonrojos,
habrás quedado sin alma
de tanto derramarla por los ojos?

Amada mía:
¿cuántas veces te habrás hecho desear
queriéndolo o sin querer?
¡y habrás hecho gemir, esperar y soñar
con rojo goce o negro padecer!

¡Ay, amada!
Yo vislumbro a los *otros* en tu mirada;
y en los instantes de dulces excesos
los siento en tus labios, los sufro en tus besos.

Amada mía: tesoro de inquietudes,
raudal de zig-zagueos, onda de inspiración;
—acaso el peregrino,
que en la mañana de oro de tu destino
inauguró tu corazón—
trocara sus primicias por las penas que siento
y esta voluptuosidad de mi tormento.

Amada mía, ideal,
¡todo eso me hace tanto... tanto mal!

CANTOS DEL OTRO YO

(1909)

Como raudal helado de altas cumbres
sueño en el verso límpido y austero
en que el paisaje va estereotipado
para *in eternum*...

Do el giro ciñe la desnuda imagen
—virgen cambiante del país secreto—
que al despertar su inspiración regala
como cisterna de armoniosos ecos...

Verso que veda su primor al vulgo
y se abre al Arte como flor de sésamo;
luz de santuario cuya llama de oro
dora el misterio...

Que aún sonante tras aciaga eras
y redivivo del poema excelso
guarda su oriente, como perla fina,
y es embeleso.

Y solitaria, diamantinamente,
es faro izado sobre mundos muertos;
y de sus voces, como en rotas lavas
surgen ciudades, resucitan tiempos.

Más que la estrofa bárbara y fastuosa
que arremolina su trajín de hierros,
o la canción de amor o de aventuras
de algún donoso trovador moderno;

me place el verso en pausas arbitrarias,
de sencillez y majestad espejo,
que en su oratorio, sin altar ni imagen,
sangra el vidente lapidando el verbo.

Ritmo de hastiado melodista, en pugna
con la armonía y el contraste eternos,
mezcla de acordes de los grandes salmos,
música libre para cantos nuevos.

Largos y andantes de espirales de humo
que se subliman corazón adentro;
magas visiones en perfectos símiles,
versos soñados como no se han hecho.

Vengo a expresar en ti mi angustia loca
canto llano del mar,
y como Ovidio en la pontina playa
me sentaré a escuchar.

Tu corazón, inquieto como el mío,
tronará su canción;
me mecerá tu ondeante poderío,
tu libre inspiración.

Ah! Si curaras esta impaciencia,
¡dieras don de crear!
La hiperestesia crispa mi existencia;
no hay paz para soñar.

¡Oh mar eterno, creador de mundos
y monstruo destructor!
Más que los tuyos, tengo yo profundos
arcanos de dolor. . .

Dolores que no aplacan las queridas,
el amor ni el placer,
la beatitud de las celestes vidas,
el fausto ni el poder.

Dolores sin envidias ni consuelos,
y un dolor contra mí
que hiciera infiernos de los mismos cielos;
un dolor zahorí...

¡Oh mar interno de los más fecundos
en estéril ardor,
mira tu espejo, creador de mundos
y monstruo destructor.

Vengo a expresar en ti mi angustia loca
canto llano del mar,
¡ay! como Ovidio en la pontina playa
¡quién pudiera llorar!

El pescador trepó sobre un peñasco
erguido en la marea,
lanzó el anzuelo en las nocturnas ondas
y se quedó inmóvil a la espera.

Rato tras rato con el pulso firme
miraba el juego de las aguas brias,
o recogía el invisible hilo
sin carnada, sin presa.

Yo, a su lado, pescador de símbolos,
equiparaba a mi ansiedad perpetua,
la virtud ancestral de su silencio,
la miel de su paciencia.

El mar batía la cercana costa
con sus oleajes que formaban nieblas,
y, por momentos, entre el doble abismo,
temblaba alguna solitaria estrella.

Yo sé del canto errante
que danzan en sus coros
las nuevas Oceánidas brias de azul y azar;
el Canto en que rutilan los "vellocinos de oro"
hacia las medias noches de luz plenilunar:
el canto de tesoros, trofeos y quimeras
a todas las banderas que flotan sobre el mar.

Yo sé del canto errante
de las guerreras ondas en áridos peñascos,
—el largo *morituri* de pausas musicales
como gemir de vientos en encumbradas frondas—
en las rotas efigies de los derruídos cascos
que evocan en las playas sus victorias navales

Yo sé del canto errante
que alzan las marejadas del hondo mar Atlante
los mágicos nocturnos que en Primavera arrancas
¡oh música del mundo, maestra de bulbules,
ángelus vesperal!
Al rápido teclado de las espumas blancas,
y a los maravillosos copófonos azules
que en cada ola afinan sus labios de cristal.

Yo sé del canto errante
que lento o repentino,
bajo los nubarrones pregona tempestad,
el canto que enloquece brújulas y timones,
el canto que no alegran los "allegros" del vino,
y hace temblar las barbas de los lobos marinos
en un rictus de pánico y de fatalidad.

Allá en la torrentera
donde forcé el Destino
una Sombra me grita
"¡Sálvame o te maldigo!"

Es la voz de la Casta
que exige el sacrificio,
¿qué hacer?
Miro hacia *abajo* y veo
sonreir al Destino...

Suda sudor de sangre
mi corazón maldito;
pero de pronto arranco
y sigo... sigo... sigo...

Amo este burgo frente al mar abierto
con sus jardines de orquestrales playas
en cuya añeja soledad mi vida
yerra sonámbula.

Vagos jardines de extendidas ondas
escalonadas como cataratas
que de mitad del horizonte llegan
en vías lácteas.

En largas vías de instantáneos lirios
hechas de luces y de espumas mágicas
aún más fugaces que las mismas flores,
aún más blancas.

Vías que rompen contra los peñascos
y en nieblas suben hacia las montañas;
ondas que saben desde el "lied" al salmo,
y siempre cantan.

Cantan amores al enamorado,
himnos al héroe, al navegante audacia,
paz al creyente y al contemplativo
hadas morganas...

¡Oh! mis jardines de imperial encanto
cuando en las noches otoñales, claras,
el largo andante de la mar dormida
ritma sus pausas.

Y en las de invierno borrascosas tardes
cuando el rugiente litoral escampa
y es como un corso de espumantes flores
la inmensa playa.

Más que los cármenes de la tierra mora
amo del Norte los paisajes de agua,
porque a su adagio mecedor y heroico
témplase el alma.

Por ello canto este jardín de Oquendo
cuna del prócer, miramar de Euskaria
en cuya añeja soledad mi vida
yerra sonámbula.

¿Os acordáis, señora,
del torreón de Igueldo
en la serena tarde
del último paseo?

¿Del ramo de claveles
silvestres y azulosos
como la llama ardiente
de vuestros bellos ojos?

¿De aquellos pobres viejos
que en mitad de la cuesta,
a lentos martillazos
desmenuzaban piedras?

Piedras, para el camino
que subiremos otros
cuando ni ya sus manos
puedan pedir ¡socorro!

¡Qué miradas más tristes
nos fijaron llorosos!
¡Qué dolor más callado!
¡Qué reproche más hondo!

Avergonzado os dije
la angustia de sus rostros,
mas vos os encogisteis
divinamente de hombros...

Y seguimos trepando
por abruptos senderos
entre zarzas floridas
y claveles de ensueño...

De lo alto de la cumbre
junto a la torre, en restos,
¡qué heroico panorama
en el dorar del véspero! ..

Todo era luz y símbolo,
inmensidad, silencio·
ciudad, aldeas, montes,
el sol, el mar, los cielos.

Sobre el dorado golfo
mecido a ritmo lento,
las barcas pescadoras
eran juguetes negros. .

Un navío mercante
abandonaba el puerto
con luenga estela de humo
quieta, en el aire quieto.

De los cercanos valles
en un vapor de incienso
subía ya el crepúsculo
hacia los claros cielos.

Vos, sentada a mi lado
escuchabais los versos
del mar, que yo traduzco
en suaves balbuceos -

Y mientras recitaba
sufría en mí el secreto
de aquellos grandes ímpetus
que nunca encuentran verbo. .

¡Oh, cóndores cautivos
que no emprendéis el vuelo,
¿no sois quizás hermanos
de aquellos pobres viejos?...

Condesa muy cristianísima:
pues mi modestia os seduce
como a vuestro esposo mi aristarquia
os contaré un caso...

Alguien,
cuyo linaje arranca de las Cruzadas,
me dijo un día por dorar mi orgullo
"¡Acaso, entre los vuestros
hubo un Vasseur, poeta, que no cantara el Tasso,
paladín que fuera
a la conquista del Santo Sepulcro!..."

"Perdón — le interrumpí—: *"Yo fuí Juliano!*
y por Mithra juro
que de mi sangre
no fué ninguno!"

Era hacia el medio día en la montaña:
el boyero y su prole
sentados sobre el césped merendaban.

Cerca de ellos, la desuncida yunta
descansaba.
Un buey,
moviendo el manso belfo lentamente
rumiaba, acaso más que el seco pasto....

El otro,
con el testuz senatorial erguido,
indiferente al pasto y a la hora,
como vaciado en bronce, le miraba.
¿Era desgano? ¿Era dolor? ¿Fatiga?
No sé:
era hacia el medio día en la montaña.

Jardín de lo pasado
que espejas la aventura,
la flor que se ha gozado
perfuma más que dura.

Amor infortunado
malogra la hermosura;
ensueño realizado,
tortura tras hartura.

Aquella fuerza el hado
que sabe que no dura
encanto ni ternura,
y vive lo soñado...

Jardín de lo pasado
que espejas la ventura,
la flor que se ha gozado
perfuma más que dura.

Déjate amar de lejos todavía
mientras llegan las nieblas de Brumario
que llenan de irreal melancolía
las tardes desoladas del balneario.

Pues que anhelas vivir la poesía
de "algún amor divino y solitario",
déjate amar de lejos todavía
hasta vencer mi corazón corsario.

Gocemos la irreal melancolía
de los anocheceres del balneario,
y si tu alma es como la mía
la embriagará la ansiosa poesía
de este sereno encanto solitario.

1906

Y atesoraba el alma perla a perla
cuanto buceara en los infolios viejos
para tejerse su collar de magias
allá en los días de "soñar despierto".....

Y remontaba la corriente amarga
feliz galeoto en zozobrante leño
sin ver los brazos que al pasar se abrían
desde las barcas de dorados remos

Y esperanzado el soñador buceaba,
mientras ocultas de las perlas dentro
negras arañas el collar de magias
iban tramando con crespón de duelo ....

En el silencio de la media noche
como en un pozo de profundas aguas
tirita el alma solitariamente.

En vano fué tesaurizar amores,
juegos de niño las doloras fueron,
y del crear la peregrina empresa

Pasó la hora de las embriagueces
en que los libros y el saber bastaban
para inspirar maravillosos éxtasis.

Ahora nieva, hace frío y tiemblo;
tiemblo por ella la celeste Psiquis
que en el abismo de las medias noches
como en un pozo se helará en silencio.

En este mar de fondo en que naufrago
todo se abisma corazón adentro;
mas pienso y siento menos, lucho y hago,
y más me alejo de mi antiguo centro.

Me muerde siempre cual sutil carcoma
un Imposible que por tal me falta;
y ya ni cielo ni beldad ni aroma
ni amor ni pena ni rencor me exalta.

¡Oh, juventud para mí mal frustrada
nunca vivida por vivirla luego;
ahora añoro tu embriaguez soñada,
y tu leyenda en góticas de fuego!

Yacía allí tendido junto al fuego,
en este largo anochecer, mirando
arder el alma en pena del Invierno.

Fuera, el deshecho temporal mugía,
el mar rodaba su incansable trueno;
y ante la lumbre, en la estancia a obscuras,
como la imagen de mis ideales
ardía un alma en pena en cada leño.

Todo de gala
voy caminando por desiertas calles;
la luz de los faroles ilumina
de trecho en trecho aceras y calzadas.
¡Llueve!

Miro las altas casas
en su rectangular monotonía:
detrás de los cerrados miradores
nadie me aguarda:
¡Llueve!

¿Qué busca a media noche
lejos del alma el corazón beduíno?
¿Oídos que comprendan? ¿bocas sabias?
¡Estaban todas en el cotillón
y no había ninguna!
¡Llueve!

Tantos años que aguardo lo inaudito;
más que amor o fervor, metamorfosis:
algo que rompa el Horco cuotidiano,
el molde Occidental.....
¡Llueve!

¡Y nada!
Siempre lo mismo,
hoy como ayer, ayer como mañana;
¡ah! si de pronto el corazón del Orbe
en diástole volcánico se abriera!
¡Llueve!

¡Oh, soledad del creador exhausto,
fuga del "Yo" en mutación perpetua;
normalidad, vulgaridad, miseria,
siempre lo mismo.
¡Llueve!

Corazón, corazón vamos al Sueño,
por unas horas cambiaremos de Alma.

Leo a Juliano, emperador y héroe,
su agudo estilo como lampo de Helios,
dora los siglos en poniente de oro.

Siento en la mía la imperial alteza
de su alma tracia *
que Plutarco y Jámblico ennoblecieran;
de su ingenio ático
que Platón y Homero
maravillaron.

Amó a Lutecia, la natal Bizancio,
a la áurea Roma, pero más a Atenas;
su sencillez le enajeno de niño,
y fué su gloria meditar en ella;
gustó sus sabios más que Marco Aurelio,
y sus poetas, religiosamente.

¡Oh! cuántas veces prefirió a la púrpura
del *paludaméntum,*
la vara estoica
y el manto errante de los filósofos.

Y en los afanes de extranjeros climas,
César en lágrimas,
tendía el pecho, el corazón, las manos,
hacia la Acrópolis!

¡Ay! por momentos me desangra el flanco
el dardo persa que le hirió
de muerte.

¡Destino único
nunca asaz llorado!
Con Él se eclipsan en apocalipsis
la ley civil y la razón estoica,
¡claves latinas!

---

* Misopogan, pág. 8.

Leo a Juliano, emperador y héroe.
Lenta, la sombra vesperal esfuma
su Epistolario
¡Llueve!
A través del cristal de la ventana
miro el paisaje montañés, y sueño....

Sueño en la noche de la ardiente Asiria
cuando Él, yaciendo
en la piel de león dentro su tienda,
vió pasar, silencioso,
con la faz velada
pasar por siempre, el Genio del Imperio.

Luego,
su herida, su oración, su muerte;
y su sepelio en olvidada tumba,
Meca sin grey que peregrine al Taurus!

Después,
roto el Signo solar por las legiones
surgió de nuevo el Lábaro
de Constantino;
la Cruz,
do yace aún
crucificado por sus propios séides
el otro... César...

Cae la noche, la llovizna cesa.
He aquí que repican los badajos
de la parroquia:
mañana es Pascua.....

No importa
César Juliano:
Helios es luz, renovación, belleza;
en Helios ríe el porvenir del mundo

En lecho de pedrería
junto a los arcos del puente
sueña al pasar la corriente
con dulce monotonía.

Refrán de melancolía
que la linfa transparente
dice al sol de mediodía
que la mira sonriente.

Cerca, el mar vuelca en la ría
su caudal en son creciente,
y la diversa armonía
que ensalma a dúo el ambiente
me anega de poesía,
profunda, divinamente.

Desde el balcón de la alcoba
yoguizando, contemplaba
reverdecer los árboles de Abril;
gárrulo tropel de niños
corría
por las sombras del jardín:

lento, el dómine paseaba
leyendo, y de tanto en tanto, al sesgo,
miraba el juego feliz;
más allá,
tras la muralla, el río hacia el mar fluía:
era una dulce mañana, hermosa entre las de Abril.

¡Qué irrealidad encantada!
Cielo azul, lejanos montes, albas nubes, mar y sol;
sombras de seres fugaces, jugando bajo otras sombras,
vistas de una sombra en éxtasis: yo.

Tras la aparente quietud
todo era similitud, quimérica de ilusión;
y eterna como el destino,
vibraba en un torbellino, la universal mutación.

Así pensaba, mirando el agua fluvial correr,
todos los niños jugar, el cielo azul sonreir,
el sacerdote leer, y el aire a ratos menear
los follajes del jardín.

Acodado en la arena de la playa,
el mentón y las sienes en las manos,
mis ojos peregrinan de ola en ola
mientras el alma por el mar mecida
yerra en lo arcano.....

¡Esta brusca videncia
ante la irrealidad de todo dato,
este alternar de "yos" subliminales
allende la razón y sus engaños,
este vivir de ensueños en ensueños,
estos desdoblamientos enigmáticos!.....

Los dones que en el *yoga*
asumen poderío extraordinario:
aquel desencarnarse y reencarnarse
libertados del tiempo y el espacio;
las llamas que proyectan sin quemarse,
las voces que discurren en oráculos,
las visiones remotas que objetivan,
los "aportes" mentales instantáneos;
las fuerzas que asimilan en el éxtasis,
de las fieras, del sol, de los espacios;
las leyes de la carne muerta en vida,
cantan tu gloria, fascinante arcano.

¿Existe aquel *Purusa* en cuya esencia
la universal farándula rebulle
perenne sin mancharle,
como en la blanca tela de los "cines"
las maravillas que la lumbre traza? *

El *más allá,* ¿qué es?.....
¿Un espacio mental? ¿Cosmos de Cosmos?
¿Una idea? ¿Una imagen? ¿Un abismo?
¿Está dentro de nos? ¿en Él estamos?
¿Aquél que se concentra, le intuiciona?

Esta materia, que los ojos miran
sin penetrarla, en ilusión simiana,
¿la veremos acaso transparente,
limpia de dualidades,
tras sus reinos de seres infinitos?

* Imagen de Svami Vivekananda.

Como en la noche helada de los mares
viven faunas de monstruos que ignoramos,
¿las atmósferas cósmicas albergan
reinos ignotos, superpuestos mundos?

¿Llevamos en nosotros sin saberlo,
sensorios vírgenes para nuevas almas?
¿La ilusión de la forma y belleza,
la verdad, el amor, irán con ellas?

¿Qué fines? ¿qué destinos? ¿qué intuiciones
salvan la fosa en invisible incienso
del holocausto humano?

¿Qué subsiste del ánima imperiosa?
¿Volvemos al *no ser* o continuamos?
¿El *no ser,* es lo amorfo, lo inconsciente?
¿Persiste esta quietud de ubicuidades?
¿La muerte, es un derrumbe o un *excelsior?*

¿Esas conciencias que al dormir despiertan
y antes de despertar vuélvense inconcias
persisten como en sueños o se animan
soñando nuevas vidas?
¿Cuál de ellas prepondera, si no alternan?
¿En qué grado? ¿qué aspecto? ¿qué mudanzas?

¿Nuestros modos de ser cambian de tono
hasta olvidar la identidad terrena,
o sólo son recuerdos comparables
al vago remembrar de los ancianos?

¿Los sentidos ocultos reverdecen?
¿Van a un mundo de leyes que subyugan
este mundo de causas y de cambios?

Acodado en la arena de la playa,
el mentón y las sienes en las manos,
los ojos vagos, la audición suspensa,
como abismado dentro de un mar de sueños
siéntome henchido del sublime arcano.....

Valle entre verdes colinas, abierto
en anfiteatro;
el agua del río
fluye
traslúcida y silenciosa
a lo largo del remanso;
fulge el sol canicular.
Dispersas,
en los declives
y vistiendo los collados
las arboledas
prolongan sombras de oasis.

Lejos,
con chal de nieve rayando el éter,
soñadoras
azulean las montañas;
a ratos se oye el distante
gorjear de un ave
que pasa:
¡quietud!
¡soledad!
¡olvido!
Vitrales de mis prisiones,
Nirvana, lento Nirvana.

Tarde de mayo sobre el monte Ulía; tarde de aneblado sol y tormenta a ras de horizonte hacia la costa francesa;
El rin-rin coral de los grillos clama frescor de lluvia;
El golfo inmoviliza su pista azul como invitando a raudos patinajes, a locas correrías de trineos;
A lo largo de la costa, lamiendo los acantilados, quebrándose en los peñascos, tiembla la fimbria blanca de las espumas;
Algunas barcas de pescadores casi invisibles desde la altura yerran en la inmensidad.
Desde aquí avizoraban, en el año mil, el paso de las ballenas, cuando en estos cielos volaban águilas;.....
"El panorama es el mismo; todo está, nada ha cambiado:" sólo las ballenas ya no vienen, y las águilas han muerto...
Del lado opuesto del horizonte, como guirnaldas miliarias del paisaje, ondulan las líneas aéreas de las montañas;
Unas, semiveladas por vellones de canicular blancura; otras, confundiéndose con nubes rosas y de cerúleo eléctrico, con sus cumbres como suspendidas en el éter, suaves, paradisíacas;
Por valles y colinas, yermos vírgenes y tierras labrantías blanquean trepadores senderos;
Floreal reverdece en la matización de las arboledas y de las hierbas silvestres;
Allá abajo, tras el beato Urumea, la ciudad apiña sus mausoleos techados de pizarra;
Tarde de Mayo sobre el monte Ulía;
Quietud, soledad, altura;
Oigo aletear el corazón entre las paredes de su jaula.
Le ahullan las lobas del anhelo.....

No basta el miraje de las lejanías donde el alma espeja su hermosura;
Estoy como quien aguarda y teme el misterio de una Gran Presencia.....
Pasan las Horas:
Lentas,
Muy lentas,
Cada vez más lentas!

Preciosa extranjera,
perfil ensoñado,
tendida en la arena
un libro en las manos
absorta, leyendo,
no miras que paso.

Sonrío a mi pena
de autor ignorado,
mas viendo que lees
me siento vengado.....

Y pienso:
si tu ingenio fuera
parejo a tu encanto
no sé lo que diera,
perfil ensoñado,
porque un libro mío
tuvieran tus manos.

Sobre el jardín del Rey en Miramar
cae la tarde,
una tarde de mayo perfumada.

A pocos pasos de la terraza
bajo la sombra
de los tamarindos
en el sendero que sube a Igueldo
silba un *chistu* tonadas ancestrales,
tonadas que ritman
monótonamente, tres tamborileros.

Un cortejo de niñas,
pobres y gráciles en sus vestidos dominicales,
de cuatro en cuatro,
ora de frente, ora de espaldas,
y silenciosas,
danzan,
irguiendo los curvados brazos .

Algunas madres,
tendidas en el césped, miran o charlan,
dos pequeñuelas, en un dúo cómico,
lloran, abandonadas.....

Grabo, al pasar la pastoral
humilde,
y su serenidad
me anega el alma.

Próximo,
el mar se azula en la bahía;

más que nunca bella, se aisla
Santa Clara:
en el jardín del Rey
cae la tarde
florida y solitaria.

Canta el mar,
canta a la luna, llena, en ansias de horizontes;
canta al imán inmenso que sube lento y mudo
como sangrante escudo
en el azul de incienso sombreado por los montes.

Canta el mar
en sobrehumano coro su *carmen secular;*
canta el mar, y su canto
sublima en poesía, quimera y desencanto.....
Hermano mar, espejo del infinito anhelo,
¿reflejarás un día la conquista del cielo
por el vibrión humano que aprende en los desiertos
la ciencia del Arcano,
el *yoga* del aliento, y el *sursum* a los muertos?

Abuela blanca luna, lumen de los desvelos
cuyo frotal helaran nevadas de otros cielos,
¿cuándo comulgaremos en ti, hostia votiva,
de hinojos en la prora de tu nave cautiva?

¿Cuándo será el vislumbre de nuevas maravillas
sentados en el mago sitial de tus rodillas,
a nuestros pies la Tierra, en áurea trayectoria,
divina por lejana,
tan bella, que parezca un sueño nuestra historia,
un sueño nuestra vida actual y cuotidiana?

Era hacia la madrugada cuando
desperté de aquel sueño·
estaba con un amigo en una estancia a obscuras
de pie ante un espejo.
Yo me veía en él, con lucidez tan viva
como jamás me he visto en cristal alguno.
La luz que alumbraba nuestros rostros
parecía emerger de ellos mismos
dentro del espejo.
Yo hablaba del poder de crear hijos,
mentalmente, de organizar formas
en la vida, sin auxilio sexual.
Mi amigo, viejo iniciado en *Yoga,*
meditaba.
De pronto, mientras discurría, vimos formarse
junto a mi hombro izquierdo
una cabecita de tenues rizos, y la flotante
sombra de un niño.
Suspensos en un mismo pánico, contemplamos
el prodigio.
Entonces, la imagen aproximándose a mi sien
se desvaneció en un beso...
La emoción fué tan honda que desperté angustiado.
Encendí luz, y por largo tiempo
la visión persistió con tal videncia
que me parecía alucinar despierto.

Era un minero,
un hurgador de selvas subterráneas.
En los estratos de carbón,
como linterna sorda
su corazón
sangraba.

Era un minero como existen tantos;
amaba el sol y nunca le veía.

Un día,
día primaveral todo hermosura,
dejó la mina y escaló los montes
como buscando libertad y altura.

Vieja atalaya le brindó su sombra,
sombra de nido:
allí,
tendióse a descansar,
y a poco, quedó dormido.

Al despertar,
—como quien cumple un imposible anhelo—
hundió en su boca con la mecha fuera
un pomo lleno
de dinamita;
ciñó mentón y cráneo en su pañuelo,
y prendió fuego.

Lenta, invisible,
la mecha ardía aproximando el ascua,
mientras
callado, fumador sublime
¡él, aguardaba!

¡Minuto inenarrable!
Se oía
el piar vespertino de los pájaros,
y el flúido brisar de los pinares;
el sol se hundía tras el golfo de Oro.

De pronto,
seco, instantáneo,
el estallido le aventó en los aires.

Hace dos noches una borrasca cogió a su paso
trescientas barcas del litoral:
llevó sus remos, rompió sus redes, y hundió en la muerte
más de un cantar.

El mar se arqueaba bajo las rachas tentaculares,
y en el eclipse del huracán
—negras las nubes, negras las olas, negras las almas
que zozobraban—
¡ha mucho tiempo que no se viera negrura igual!

Hoy, en la playa, un perro loco,
perro sin dueño ¿como mi alma? iba y volvía
en largo aullar.
¡Nunca más verde y azul de cielo,
hoy, en la playa, reía el mar!

Cuando
hacia el alba o a la media noche
algunas veces, repentinamente,
mi conciencia normal surge y despierta,
y fijando mis ojos en la sombra
concluyo por sentir como Presencias
que rondan invisibles,
aunque no quiera,
tiemblo!

Un pánico ancestral, maravilloso,
cierra mis ojos,
temiendo ver de pronto lo que anhelo;
y a pesar de mi audacia y de mi angustia,
aunque no quiera,
tiemblo!

Así,
de noche en noche se prolonga
la misma expectación, igual misterio.

Poetas,
de la *Sancta Simplicitas,*
maulladores de idilios en los viejos
tejados de las rimas,
y vosotros, psicólogos sin alma,
merodeadores de las apariencias;
dejad
las aguas muertas del fastidio,
la falsa ciencia, el áureo pudridero;
y aunque os tiemble en su carne la osamenta
embarcaos conmigo
a media noche
en busca de *algo nuevo.....*

Yacía absorto en pensamientos del *más allá;*
grave como Quirón cuando se temía condenado a
la inmortalidad;
tan absorto que pensaba sin saber que pensaba.

La clave era: si esta vida ha llegado a fatigarnos,
por exceso de conciencia o escasez de normalidad,
y la muerte, no es tal:
¿qué hacer de la vida? ¿qué del fastidio?
¿cómo continuar?

¿Dónde hallar un horror comparable al de la perduración de la identidad consciente?
¡No poder huirnos! no poder extinguirnos en una evaporación panteísta, renovadora, *omnial!*
¡Y pensar que semejante fatalidad constituye el ideal de millones y millones de animálculos pensantes!
¡También el alma de mi perro idealizaría así si pensara!

Era una tarde de abril de viento hamletiano y magias vesperales.
Recuerdo que el sol, próximo a su ocaso, iba hundiéndose poco a poco en una faja horizontal de bruma; y en vez de fuego comenzó a rielar púrpura sobre las aguas.
Yo estaba tendido en un peñasco, más allá de las rocas purpúreas, pasando el túnel, cercano al Fuerte de Monte Ulía.

Vuelto a casa esa noche pregunté en sueños a mi otra alma, psiquis sonámbula:
Dime, madre, ¿qué piensas tú de lo que esta tarde frente al mar pensaba?
Y oí que respondía:
continuación y renovación es uno y lo mismo;
las almas que alternan en vosotros crean sus mundos respectivos;

de plano en plano, nuevos misterios, maravillas nuevas exigen de nosotras desarrollo eterno.
Como de niño tú no sabías existiera el tedio,
y eras todo asombro, inexperiencia, entusiasmo, afán de comprender,
así también seremos, una y mil veces, y millares más, en la fuga eterna de otras apariencias;
cada *morir* será un renacer *henchido de ilusiones.....*

Desperté, temblando, llenos de lágrimas, los ojos, el corazón en éxtasis;
y mi alma cuotidiana, con todo el alma gimio:
—"¡Hermoso, hermoso sueño!"

Poeta milanés, calvo y "fundador de escuela" a los treinta años, *
que pretendes limpiar tu país de "su gangrena de profesores, cicerones y anticuarios";
que te bates en París a pecho descubierto por amor de la *réclame* y de la literatura;
que exaltas la hermosura de un automovil en el vértigo de su carrera, sobreponiéndola a la de la *Victoria de Samotracia,*—humorada digna de un *chauffeur* de Milán,
que denigras el ensimismamiento creador, el éxtasis y el ensueño, acaso porque ignoras que sin ellos no habría ciencia, arte, religión, ni túneles hipotéticos entre el mundo sensorial y lo invisible;

* Respuesta al Manifiesto y a los ejemplares de Poesía dirigidos al autor

que proclamas el desdén a la mujer, como un D. Juan convertido ¿por hastío? al misoginismo, y el desprecio de la "moralidad" con una ausencia tal de elegancia y de discernimiento que avergonzaría al propio Zaratustra;
que loas la guerra, el militarismo, el patriotismo, las bombas libertarias, *¡tutti quanti!,*
como aquellos "sabios" de quienes Lucrecio dice que gustan admirar las tempestades y los naufragios desde la playa;
que pretendes que el *Futurismo* sea "violencia, crueldad, injusticia", quizá porque jamás has sentido otra rebelión que la del gesto, ni ideal más grande que el de la vanidad literaria;
que exaltas "la Injusticia"—siempre deificando lo desconocido—porque nunca te hincó su garra, y careciendo de dolores como de ideales, has hecho un deporte de la Poesía, bocineándola a los cuatro rumbos con tus pulmones y tu alma de *chauffeur*:

un Poeta de la Joven América, un contemporáneo del hombre de las ciudades, que ha creado el *Futurismo,* en hechos, en cantos, en libros, antes que tú soñaras en histrionizar la palabra;
un innovador, ayer social, hoy subjetivo, siempre renovándose, sin dogmatizar su verbo, ni momificarse en escuelas,
desde la falda occidental de los Pirineos, misericordiosamente,
te sonríe,
¡oh, poeta milanés, calvo, espadachín, y "fundador de escuela" a los treinta años!

Mujer:
aún el Orbe
surca el astral desierto;
somos la última pareja,
nuestro linaje ha muerto.

¡Señor!
¿Qué hacer?
¿Morir?
¿Amar? ¿Multiplicarnos?

¡Jamás!

Ahora fuera
pecar contra el espíritu
recomenzar de nuevo!

Volver de algunos sueños
por pozos de conciencias sumergidas
más allá de los sueños habituales,

como buzo que cruza las corrientes
de hundidos archipiélagos,
buceando, con su Davy,
entre floras y faunas de otros reinos,
las huellas o el tesoro de una nave;
y emerge al fin, exhausto, a flor de agua
sin haber descubierto lo que anhela,
y le quitan el casco, y bebe el aire,
libre de las presiones submarinas,
y mira el cielo, el sol, el mar, los compañeros,

mirándolos sin ver, mientras respira
la ansiedad de vivir en su elemento;
y se aisla en la proa, como absorto
en algo que le cala y ensimisma;

así retorno yo de algunos sueños
por pozos de conciencias sumergidas
más allá de los charcos habituales.

Anochecer, en la desierta playa;
sobre los montes Occidentales
se eleva el plenilunio.
En las pausas del mar adormecido,
un fonógrafo se oye a la distancia:

graves acordes de una marcha fúnebre,
oración vesperal de los clarines,
Monótona,
               sublime,
                         desolada.

Así quería yo me acompañaran
con músicas guerreras
hasta el umbral supremo
las trompas y clarines de otras razas,
que surgirán muy tarde, o no vendrán jamás!

CANTOS DEL PENITENTE

(1909-1912)

Alma mía,
¿querrías otorgarme una merced?
—Pide, hermano Corazón.
—Matemos el Énfasis, hermana.
—¿El Énfasis?
—El mismo, hermana: ¡matémoslo!
—¿Por qué quieres matarlo, Corazón?
—Así estaremos más cerca los dos.
—¡Ah! ¿Y el *¿qué dirán?*, hermano?
—¿Te importa aún el *¿qué dirán?*, hermana?
—¡Ay!... ¡Ayúdame a matarlo, Corazón!

Corazón
que arrojaron mundo abajo
por los pozos infernales donde el trabajo
es hulla y el entusiasmo carbón;
corazón,
que erraras en la sombra de los reinos
de Plutón,
despertando las fuerzas ocultas y dementes
con la trágica tea de los *Penitentes:*
¡cántanos tu canto de nostalgia y de guerra,
minero solitario,
corazón de Tierra.

Péñola en mano como los escribas,
yazgo en el *valle* interno de los *diamantes*
aguardando la aurora en que mis águilas cautivas
me elevarán, como a Simbad los pájaros errantes.

Otros, en tanto, truecan por perlas vivas
residuos químicos, y cuentas sonantes
de vidrios por preclaros brillantes...
¿El Arte? ... Sueña a la luz prismática de las ojivas

Ocios de sagitario: amor y caza
de las cosas bellas
entre la angustia eterna de la raza,
sobre el pasar del mundo y las estrellas;
ocios de sagitario, —templado ya el cordaje—
para el que todo es símbolo, revelación, miraje.

Porque no tienes espíritu ni corazón que encarnar,
querrías sacrificarme al estéril bienestar.

No me humilla tu miseria, tu maldición no me alcanza;
antes cortara una arteria que amortajar mi esperanza.

Yo no puedo ser de nadie, pues que no soy de mí mismo.
¿Mi estrella? ¡La más remota *edelweis* del grande abismo!

¿Torcerme? Nunca lo sueñes. Ni aun mi madre pudiera
vencer en mí la quimera, y mi madre ya no es...

Un día será mi día, aunque anochezca después.

"Jamás llegarás a nada", repites. ¡Llegar a nada!...
Si nunca alcanzó mi aurora, tendré mi noche estrellada.

Como Galil a los suyos, a los míos siempre digo:
"Quien cree en mí, es mi hermano, y quien duda mi enemigo".

Mi pobre, mi humilde pueblo: he aquí el peregrino;
busca entre tus ruinas las de su viejo lar,
y la fosa de aquella, que empollo su destino,
polvo trocado en polvo, gota devuelta al mar.

Iglesia rusticana, oasis del camino
bajo el flagelo canicular:
déjalo en la sombra de tus naves, como cuando pristino
el corazón le ardía en ansias de volar...

Allí, junto a esa reja, comulgó inconfeso;
en aquel banco, Ella le sonrió cien veces;
tras de aquella columna, soñó en el primer beso,

mientras del púlpito bajaba el tedio de las preces,
que hacía huir su alma, más libre que el incienso,
por los vitrales del ábside, hacia el azul inmenso..

Cuando nació el niño,
la Belleza,
al saber que era mío y sin fortuna,
sonrióle con cariño,
y besando su cabeza
dijo:
"Hijo,
yo meceré tu cuna".

Quiera naturaleza
serle genial —aunque amarga— y fuerte;
así, cuando le olvide la belleza,
sabrá orientar sus vuelos
por las tinieblas y los cielos,

como aquel, superior al destino y a la muerte,
que en lo más profundo
del caos, aun sonriera,
al ver, la maldecida estrella de su suerte,
trocada en sol, para alumbrar los mundos.

No me cumplirán tus ojos sus promesas misteriosas;
aunque me rebusque en ti sé que no me he de encontrar.
¡Ah! buscarse y no encontrarse en las almas y en las cosas,
no me cumplirán tus ojos por más que me quieran dar...

Querrías verme y sentirme sin nostalgias silenciosas
como en mis áureos antaños o en las fiebres del crear;
¡fiel belleza, desde entonces han pasado tantas cosas!
No te cumplirán mis ojos por más que te hagan soñar...

Beduíno que decepcionan las capitales famosas
y añora lares campestres cuando cruza el bulevar,
lleva el alma entre sonrisas el gran tedio de las cosas,
y la gran monotonía del siempre recomenzar...

Quien trueca en niebla irreal la substancia de las cosas
sabe de náuseas más hondas que los mareos del mar,
lleva canas invisibles como espinas entre rosas;
no me cumplirán tus ojos por más que me quieran dar...

¡Ah, sombras de los oasis, luciérnagas, mariposas!
¡Vírgenes de las ciudades, a medias, de tanto amar;
cuando muerde entre sonrisas, el gran tedio de las cosas!...
¡No te cumplirán mis ojos por más que te hagan soñar!

UNA NOVAE...

Sí. El Orbe que nos lleva, esta isla fantasma,
que el sol alumbra y hace revolear,
tiene entrañas de fuego, corazón de radio
y pulmones de gas...
Un día, bajo las selvas carboníferas
cien perforadoras, los harán estallar...

Entonces
adiós verdecer de las Floras, pulular de las Faunas,
trajinar de las razas, afanes de los pueblos,
"Civitas Solis" y "Civitas Dei"...

Luego, algún astrónomo, desde lejana estrella
—si percibe el cambio de matiz,
el aumento de magnitud radial—
y tras breves noches, tu extinción, oh Tierra!
Pensando en las Novas, dirá: *otra más*...

O tal vez, más allá del anillo de Saturno,
nadie nos eche de menos jamás.

Viejo nido de cuervos éste de mis problemas.
Cuervos que empollan cuervos que me quieren cegar;
infantas de mi aurora, vírgenes de mis poemas,
me habéis dejado solo en plena tempestad.

Sangre y bruma de otoño, frialdad de gemas
en prematuro estío, caprichos del azar:
de tanto usar el alma en las rutas extremas
me habéis dejado solo bajo la tempestad.

Estoy como el que mira su *doble* en los cristales
abiertos a la noche, y en la penumbra astral
no ve ni oye los médiums, fluídos, potenciales
que acaso le transmiten mensajes augurales;
me siento sordo y ciego como la eternidad.

Su *chic* y su elegancia
son modas de París,
le debe mucho a Francia
la flor de lis.

Huella su chapín regio
gradas de corazón;
su risa es un arpegio,
su habla una canción.

Velada, en la neblina
traslúcida del tul,
hiere, con asesina
mirada, al propio Barba Azul!

Prócer, en su malicia
dice al amor, quizá;
simula aristocracia
cual la que más.

El auto y la berlina
la sirven de pavés;
creyéranla divina
en la áurea rapidez

Patín de ruedas de oro
ciñe su pie feliz,
glisa sobre el decoro
sin un desliz...

Es joven, y remoza
las rosas de su tez;
de noche es siempre hermosa,
de día, alguna vez...

Mas ¡ay! es un desquicio
su alma, un *bric-a-brac:*
¡y lee a la Invernizio!...
¡fuguemos, Bach!

1911

Hermano grillo,
tzígano de la esquina
¿en la nocturna y pristina
continuidad de tu canto,
no gemirán secretas,
como en los nocturnos del gay saber,
la inmemorial angustia de ser
lo que se es, el mismo cósmico quebranto
de no poder cambiar de espíritu y de canto,
el simple, inextinguible resquemor
de no poder ser de otra suerte,
a pesar del amor,
del dolor,
y la muerte?

El gran velero bloqueado por míseros azares
en esclusas urbanas, distantes de los mares;
el gran velero oirá sonar la hora
tan esperada,
la hora eléctrica de la partida,
antes que el moho muerda la carcomida
prora,
y el cieno invada y ciegue, los fuegos de su vida?

1911

El Océano, con sus madréporas continentales,
con las superpuestas pululaciones de su flora arcana,
la visión telescópica del infinito palpitante
en las sublimes noches tropicales,
todo está allí, tras la apariencia vana,
condensado en el miraje alucinante
de una milésima de gota de sangre humana,
más ínfima que la menor faceta de diamante.

Junto a la institutriz, la infanta ya florida,
con el raudal de negros cabellos a la espalda,
prende, en mi indiferencia, relámpagos de vida...

La fimbria de la falda besa las pantorrillas,
y al trepar por las rocas, la brisa abre la falda
mostrando ligas rosas y nieve de rodillas...

La miro, reviviendo gayas metamorfosis,
a su vez me contempla con frialdad de gema.
Ante el contraste mudo, voyme con mi neurosis.

No pudiendo raptarla, la engarzo en un poema!

1908

Volvíamos del paseo crepuscular,
ante nosotros Venus resplandecía en el azul;
yo dije, mirándola:
—¡Si esa fuera mi estrella!

Ella repuso:
—¡Esa es de todos! Si la quieres
para ti, busca en las invisibles...
—¡Es tan grande y tan bella!..., exclamé.
—Más grandes y más bellas, ¡oh poeta!
las hay entre las que no se ven...

1909

Soñando en la "obra maestra",
facetando el espíritu en ímprobas vigilias,
distraemos el alma haciendo versos...
Y la "obra", si acaso comenzamos,
no la concluímos nunca...

Sólo la muerte mata nuestro afán de crearla
helando en el intelecto la intuición y la imagen;
quizás el ritmo perdure allende lo inefable
como en las valvas marinas el bordoneo del mar. .
Mientras vivimos, los versos, los pobres versos
van creciendo al azar como verdín parásito
sobre las murallas de nuestros sueños...

Y el mundo no sabe la distancia,
de aquellas intuiciones
a la monotonía de los más bellos versos...
Para él, para todos, es el verdín parásito
¡nuestra "obra maestra"!

1908

Mirando la lumbre de llamas doradas,
mirando la lumbre mi alma soñaba,
tus labios de fiebre, tus crenchas doradas
igual que la lumbre, amiga y hermana.

Mirando en los leños las últimas llamas,
las últimas llamas azules y gualdas,
y el humo de pronto velando las ascuas,
soñaba en sus ojos velados de lágrimas,
soñaba en sus ojos, amiga y hermana.

Oyendo en la lumbre gemir sin palabras
los leños ardientes, las trémulas zarzas,
soñaba en tu ahogado gemir sin palabras,
igual que la lumbre, amiga y hermana.

1909

Miraba al niño en su cuna
pensando
que él también me mirará un día
inclinado ante mi faz, separados
por iguales o mayores distancias...

Ahora él yacía en el umbral y yo en el meridiano.
Entonces, él estará en su meridiano
y yo, ¡quién sabe ante qué umbral!

1910

Amo mirar la noche y sus fulgores
estelarios
con la frente apoyada en los cristales
de aquestos ventanales
solitarios.

Como antaño miraba en ocasiones
al trasluz de unos ojos de zafir,
como antaño soñaba en mis visiones,
la vida, el amor
y el porvenir.

1909

Un día, viejo y pobre, retornaré a mis lares,
mis lares ¡ay! ha tiempo caídos en rehenes;
la moda habrá pasado pudriendo mis cantares;
la gloria, ya en eclipse, no dorará mis sienes...

Aquellas que me amaban tendrán otros soñares,
más venturosas manos guiarán sus palafrenes;
los bardos, olvidando mis varios "avatares",
se sentirán maestros, *ignorarán* mis bienes...

Islas, costas, paisajes de la oriental ribera,
la urbe, el río, el cerro, como cuando partiera
con proceloso instinto nostálgico al Bearn;

Ya me veo surcando el estuario salobre;
ya llego y desembarco, Ulises viejo y pobre,
Ulises, más que el otro que conservó su lar.

1910

Canción de coplero errante o inválido de alma vieja,
en las mañanas glaciales, bajo las tardes sin sol,
canción de coplero errante o inválido de alma vieja,
yo he padecido la sed que a ratos quiebra tu queja,
y el hambre que ritornella tus trémolos del Tirol.

Yo también voy por las almas cantando de reja en reja,
cantando de reja en reja los poemas del dolor;
nadie asoma a los balcones, el mundo de mí se queja,
solitaria va mi queja como el dolor de mi amor.

Canción mendiga que subes del fondo de la calleja,
la garganta que te canta más debiera maldecir.
Canción de tender las manos al borde de cada reja,
yo te haría un ritornello, cambiando en pean la queja,
la caridad en justicia, el pasado en porvenir.

Pero la vida es tacaña, sin salida la calleja,
los muros altos y duros, cerrado todo balcón.
Si en vez de gemir trozáramos los hierros de cada reja,
audacia trocara en víctor, el *aimé* de nuestra queja,
audacia, flor de heroísmo, inspiración en acción...

Canción mendiga que subes del fondo de la calleja
en las mañanas glaciales, bajo las tardes sin sol.
Canción de coplero errante o inválido de alma vieja,
yo he padecido la sed que a ratos quiebra tu queja,
y el hambre que ritornella tus trémolos del Tirol.

1910

A UN HÉROE NEGRO

¡Salud, aurora de los mares,
aurora que desciendes hecha espíritu
sobre los acorazados en rebelión!
¡Salud, portaestandarte de la aurora,
grumete, marino y almirante
de todos los galeotes que sangran en el mar!
Sobre las catedrales, y los capitolios de tu nación,

a ti, las salvas de los cañones,
a ti, el trueno de mi canción.

Espartaco de los trópicos, bajo el carbón de tu cráneo,
fulge el diamante de la *dignidad,*
de lumbre más insigne que los reflectores de tus naves.
¡Dignidad! ¡Dignidad! clamaban tus metrallas
al estallar sobre los hormigueros de la capital.
¡Dignidad! Dignidad! rugías a los tuyos,
prefiriendo el horror del naufragio y la muerte,
al horror de los cepos, a la antigua expiación.

a ti, las salvas de los cañones,
a ti, el trueno de mi canción

Soliviantar la lápida del jerarquismo,
para hacer hombres, de esclavos, era arriesgarse a morir.
Tú lo osaste, y no has muerto...
Titán obscuro y consciente, tu hazaña tiene el sentido
ascensional de las corales futuras...
La utopía de tu causa, ondula sobre el desierto de las justicias
vigentes, como vapor de siroco, en el que se irá formando
el derecho de mañana...

Paladín del *romancero* que han de cantar otras liras,
oigo una voz sideral que del Cáucaso te aclama,
veo en la sombra una diestra que te da su bendición.

A ti, las salvas de los cañones,
a ti, el trueno de mi canción.

Nuestros cielos de América yacen desnudos de gloria,
porque los que los miran, ignoran lo que es crear.
Crear es resucitar del morir de cada instante,
en obras de tinta o fuego, de bronce o de sangre viva...
Crear es sobrepujarse, desvanecerse en esfuerzos,
violar la gravitación que nos adhiere a la inercia,
dar alas al imposible para que remonte el vuelo...
Y volar, no importa dónde, hacia dentro o hacia fuera...

Porque tu audacia encendió una estrella en nuestros cielos,
a ti, máximo entre grandes, bajo el arco de la acción,

las salvas de los cañones,
el trueno de mi canción.

Cuando en las noches de guardia, apoyado en la borda
de la nave, contemples pensativo rielar las constelaciones
en la bahía natal, mientras te ilumine el alma
el resplandor de tu estrella...
Creerás oír como ahora sobre el fluir de los años
(si no sucumbes a tu victoria y a tu misión),

las salvas de los cañones,
el trueno de mi canción.

Por si en tu casta no surge algún "fiero Dante negro"
que grave en tensos versículos este canto de la epopeya del mar,
—ante las viejas montañas, ante el océano libre
que vieran por seis jornadas tremolar tu pabellón—,
yo esculpiré sobre imágenes que duren lo que el idioma
la victoria de tus naves, victoria del nuevo mundo...
con esta simple inscripción:

A ti, las salvas de los cañones,
a ti, el trueno de mi canción.

1910-1911

Has rechazado mis poemas
como la virgen las caricias del viejo;
has jurado no leerme más.
¿Querías bombas en vez de gemas?
¿Hogueras en vez de espejo?
¡Ya volverás!

Querías el nuevo énfasis, florido
de nuevas galas;
el salto atrás:
patines de oro para las fugas sobre el olvido
de lo vivido... Imágenes de ígneas alas...
¡Ya volverás!

Querías el oasis para "soñar despierto",
los manantiales amados de las águilas más bravas,
y algo más...
El juglar que melodiza las cántigas del desierto
en su silbo, hechizador de serpientes y de esclavas...
¡Ya volverás!

Sanarás del mal ingenuo que hace gemir las guitarras
en las urbanas rejas... y maullar los bandoneones
¡Sanarás!
Tu corazón gerifalte ha de tornar a mis garras.
¿No oyes los vesperales *morituris* de los pavones?
¡Trufaremos su *foie gras!*

Yo soy como las rústicas ermitas de los montes,
ocultas por lejanas, sin iconos, ni altares,
ignorados de los más...
Cobro en lustros de alpinismo, mi plenitud de horizontes,
y la lámpara aladina que nutren mis olivares...
¡Ya verás!

Ya llegarán las hoscas noches de tu fortuna,
noches de invierno interno, llenas de resquemores,
¡llegan para el más audaz!
Te sonarán histriónicas las odas a la luna,
las recias palabrotas de los relinchadores
épicos. ¡Ya verás!

Las danaides horarias te asaltarán vampiras;
su sed crece, perenne, para ellas no hay nepente.
Dí, ¿qué les darás?
¿Romances medioevales? ¿Salmos de rojas Liras?...
¿Helados plenilunios, más yermos que tu frente?
¿Bálsamos de Fierabrás?

Te veo errar por el caos, milyunanochesco del tedio,
fraternitario, hasta ayer, hoy solitario,
como el que más...
Hay en ti l'ansia tantálica de un imposible remedio
para el ardor de la estrella que te flechó el sagitario,
tedio, por siempre jamás.

Estrella luciferina que busca el contraste en todo,
y arde sin alumbrar... y analiza sin placer.
¡Ya verás!
El carbón en el diamante, en la madreperla el lodo,
en el super el gorila y la simia en la mujer:
ras con ras.

Salobres gotas de mar de fondo —tu llanto—
rodarán hasta tus labios y las beberás salobres,
antes de mucho quizá.
Será tu *Noche de Reyes*... Y recordando mis cantos
últimos, dirás: "Las murgas... para los pobres...
de espíritu". ¡Y volverás!

1910

UNA GOTA DE SANGRE AL ULTRAMICROSCOPIO

¿Hemos mirado un astro de los cielos,
uno de los remotos mundos suspendidos,
donde no llegan las señales de los pañuelos
ni el eco telepático de nuestros oídos?

¿Hemos rastreado las selvas vírgenes de los mares
entre faunas y floras misteriosas, dentro de un submarino
de cristal de aumento, a los claros *luares*
de otras *Mil y una noches,* con un nuevo Aladino?

Hemos seguido, los maravillosos rastros
de los glóbulos, por el reino máximo de la finito.
¿Traemos en el alma, la divina ceguera de los astros,
ciegos de deslumbramiento, como ante otro Infinito?

¿Hemos bajado al *Infierno* de la mina más ignota?
¿Al gran cráter del ígneo corazón de la tierra?

—Mirábamos el silencioso mapamundi de una gota
de sangre, bajo la lupa: la vida y su eterna guerra.

¡Las cordilleras de anillos dorados sobre el mar rojo,
los archipiélagos de cápsulas germinales,
los zigzagueantes vibriones, orientándose a su antojo
en el insondable abismo, diluído entre dos cristales!

¡La vida! ¡Torrencial, inmortal, infinita!
¡La vida! ¡Centelleante en sus avances de carga!
¡La vida! ¡Omnisutil, no soñada ni escrita!
¡La vida! ¡Soliviantando las cósmicas inercias de su carga!

Creando y fundiendo como fuegos artificiales,
las pólvoras anímicas de sus pañoles;
¡la vida! ante quien son iguales
glóbulos de sangre y cosmos de soles.

1910

DOS MANOS EN LA NOCHE

Dormía. De improviso
en la noche de la alcoba, entre mi lecho
y la cuna de mi hijo, dos grandes manos,
dos manos únicas, sin brazos,
como el anillo de Saturno, rodearon mi garganta.

¡Ni un punto me tocaban, mas yo sentía
el misterioso fluído de sus dedos
en ondas de parálisis!

¡Y era un arcano de emoción, la espera,
mientras mi amor, en la cercana cuna,
feliz, dormía,
confiado en mí, como en su Dios!

1911

ANTE CUATRO HORCAS

Contemplo en las horcas los cuerpos pendientes,
las cuatro cabezas, dobladas, contritas:
¿qué habéis cometido, ¡oh almas ausentes!,
hermanas malditas?

Hermanas malditas, ¿qué locas pasiones os dieran asalto?
¿Qué furias del mundo? ¿El hambre? ¿El yugo? ¿El
[sexo? ¿La guerra?
¡Nacidas tan hondo y muertas tan alto!
Badajos frontales, tañed vuestra muerte, baldón de la tierra.

¡Tañed vuestra muerte por todas las zonas,
haceos visibles en todos los climas:
sed los fantasmas de las coronas!...
¡Y los espectros de cuantos forjan armas o rimas!...

¡Mártires y rebeldes que pudrís en las sogas,
balancead vuestros cuerpos trocados en iconos,
de día, ante los dioses de las sinagogas,
de noche, en los insomnios que escalan las gradas de los
[tronos!

EL ULTIMO REQUIEM

> ¡Te apena "mi obscuridad"!
> ¡Si supieras lo fácil que es ser célebre...
>
> un puñal, una bomba, un mal discurso, serían suficientes!
>
> A. V.

I

¿Por qué no subes? —decías al ver mis sonrisas mústias
Sanarás cuando despliegues las alas en altas zonas.
El ocio repudre el alma, azares quiebran angustias.
Las coronas de la altura son las más puras coronas.

EL VIAJERO

Yo subí a la torre antes del alba,
acaricié en la sombra el esquilón solemne,
y antes que repicar mi propia gloria,
redescendí, grave por siempre.

Atravesé a tientas, el tremedal nocturno,
por la calzada hecha con osamentas de héroes.
Aún conservo la visión de las torres
al llamear de los fúnebres hachones: la visión de la muerte.

Turbas cardinales de romeros pugnaban
por asir las escalas celestes.
Los más afortunados, trepaban alumbrados por su audacia.
El clamorear humano ensordecía el éter.

Todos querían abrirse paso hacia las torres.
Subir, subir sobre el hormiguear ingente.
Todos querían los vértigos de las altitudes;
tronar, por las fauces de las campanas, su *exegi monu-*
{mentum.

¡Cuántos caían por tierra, en mitad del asalto,
para pocos que ascendían sudando sangre y sonrientes!
¡Cuántos al considerar la tumultuosa vorágine
desencantados callaban, sus himnos, a la gran Palingénesis!

II

Atravesé la estigia con el alma mortuoria,
mientras la formidable coral de los caídos
lanzaba hacia las torres el reto de su historia,
el reto de su historia de parias no vencidos.

El coro

¡Soñad las torres enhiestas, tañed los bronces ahora,
que pronto os arrasaremos
y en ruinas os fundiremos
en la hornaza de la Aurora!
¡Soñad, las torres enhiestas, tañed los bronces ahora!

Y en las torres que soñaban olvidanzas de la tierra,
las campanas dialogaban de paces... en plena guerra.

Una decía

Aquel que dora su ocio *al usum mundi,*
aunque triunfe, pierde...

Otra

¿Acaso canto yo para las turbas?
Dejad que sueñe,

OTRA

La gloria está en aquel que más se eleva,
aunque nadie le observe.

OTRA

Aquél que sabe y su saber renueva.

OTRA

Aquél que puede y su poder no vende.

EL CORO

Nosotros somos el lodo,
matriz y norma de todo;
nosotros somos la voz
del pueblo, la voz de dios...

Plañidnos las vuestras cuitas, campanas de desalientos:
ya desplegará la aurora sobre las almas malditas
sus estandartes sangrientos:
Y en las torres que soñaban olvidanzas de la tierra,
las campanas dialogaban de... tedios... en plena guerra.

UNA GEMÍA

¡Ay, todo pasa, almas y vías lácteas!

OTRA

Sólo el amor consuela de la vida.

OTRA

Sólo el soñar distrae de la muerte.

OTRA

Todas las glorias doy por cierto orgullo.

OTRA

Por una inspiración, todos los bienes.

EL CORO

¡Solitarios! ¡Solitarios! ¿Para ello lidiasteis tanto?
¿Sobre despreciar la raza, querrías su adoración?
¿Qué se hicieron los mesiánicos ímpetus de vuestro canto?
¿Sucumbieron al encanto de la Victoria?... ¿Al quebranto de la acción?...
¡Solitarios! ¡Solitarios! ¿Ya no os late el corazón?

¡Soñad, las torres enhiestas, tañed los bronces ahora,
¡ay! pronto os arrasaremos
y en ruinas os fundiremos
en la hornaza de la Aurora!
¡Soñad, las torres enhiestas, tañed los bronces ahora!

III

Yo escuchaba dialogar las campanas en el viento,
pensando en la brega atroz;
el rosal del horizonte dorábase a fuego lento.
¡Como el juicio de los juicios surgía el alba de dios!

Hálitos de las montañas dilataban los pulmones.
En el azul se extinguían dulcemente las estrellas.
A lo lejos las campanas semejaban carrillones,
nunca quizá como entonces las torres fueron más bellas.

En lo más alto del cielo se empurpuraban las nubes
como estandartes sangrientos...
Oí tu voz en la brisa repetir: "¿Por qué no subes?"
¿Subir?... ¡Si ya estoy de vuelta, solo, con mis pen-
[mientos!

Y la voz me perseguía en los clarines del día:
"¿No oyes el funeral
oráculo de los caídos,
que estalla, se expande, muere, y resurge universal?"

El coro

Sobre las torres más altas y el almuédano más fuerte,
las noches vuelcan sus lunas, las centurias, sus nevadas,
el silencio sus olvidos, el orbe, su masa inerte,
y la Muerte
sus paladas.

El viajero

Escucha tú que me amas:
soy el maestro cantor de los últimos conciertos;
los pájaros más salvajes anidan entre mis ramas;
mas veo llegar la aurora en que en los mundos desiertos
sólo el réquiem de los grillos llenará los panoramas.

LAPIDA

a Julio

Here ahora mudo,
mudo del gran silencio de lo inerte,
¿oyes, como suenan a gloria, en tu escudo
yacente, los golpes hasta ayer contrarios de la suerte?

¡Anteayer andante, hoy subterráneo!
Hoy, emporio de larvas y vibriones.
¿Oyes aún, a la sordina de tu cráneo,
—cual los que te inmortalizarán—, maravillosos sones?

¿Qué luna de ultra tumba alarga tu penumbra?
¿Qué numen te custodia? ¿Qué esperanza mantienes?
¿La luz de qué pupilas tu soledad alumbra?
¿Qué manos invisibles arrancan las zarzas de tus sienes?

¡Oh alma, en la angustia y en el soñar, hermana!
¡Cordaje roto, sin plañir adioses!
¿Soñarás aún, con tu lira, domar la bestia humana,
y un instante, a los hombres convertirlos en dioses?

¡Ah! ¡Si eso soñaras, ¡larga noche a tus sueños!
¡Noche de *Mil y una,* en la paz del santuario!
¡Mejores que la carne, te fueran esos leños
fúnebres; mejor que el mundo, la escarcha del sudario!

1910

A ESPAÑA

¡Hispania de Roncesvalles! ¡Hispania del *Romancero!*
¡Hispania de las Américas, muda de tanto callar!
¿Cuándo te veremos desprenderte del negro madero,
arrancarte los trágicos clavos, el pútrido dogal,
sacudir las piltrafas
del sudario imperial,
y erguirte,
en la sombra plebeya, vengadora, sangrienta, sublime,
rompiendo la losa tumbal?

¡Hispania! ¡Hispania!
¿Cuándo será el gran gesto de arrancar las máscaras
a los familiares de tus Santos Oficios?
¿Cuándo agitarás unánimes los badajos de tus campanarios
sobre el sopor campesino, sobre el hervor popular,
llamando a otras misas que las misas de antaño,
ensayando otros cantos que el eterno cantar?

¡Hispania! ¡Hispania!
¡Viejo nido de águilas cegadas por góticos mirajes,
cansinas de tanto soñar,
madre de proles parias que te lloran madrastra,
sorda, a sus ayes, como las piedras de tu Escorial!
¿Hasta cuándo dejarás aventarlas,
sin reabrirles los mártires brazos, el pecho pronto a ama-
[mantar?
¿Cuándo retoñarán conquistadores
de la América oculta en tu entraña social,
vencedores del éxodo, del destierro y la muerte,
visionarios y héroes de *germinal?*

¡Hispania! ¡Hispania!
¿Cuándo alzarás la frente hacia el sol vendimiario?
¿Cuándo reamanecerán mundiales los rayos de tu Idea?
¿Cuándo a las negras águilas sucederán las rojas,
con haces de rayos en las garras, veteados de sangre
los fatales ojos?
¿Cuándo, entre el batir furioso de sus alas,
despertará el león, y estremeciendo la Península
rugirá a Europa: "¡Aquí se piensa y lucha,
aquí, más que imitar, traducir y orar, se crea!"?

¡Hispania! ¡Hispania!
Hay tantos modos de amarte como de comprenderte.

Mientras los más te arrullan con las grandezas que fueron,
yo te grito: "¡Ayer y hoy ya hieden! ¡Excelsior! ¡Más allá!"
No clamo para ti, como en el carmen latino
para la Roma de Augusto: *potencia, felicidad;*

"La letra con sangre entra", dicen tus dómines clásicos.
¡También la libertad!

¡Hispania! ¡Hispania!
Tus líricos son juglares... Riman para vivir...
Inválida, no te consuelan; *irredenta,* no te exaltan...
Irónicos o elegíacos, tienden el alma mendiga
como sus pares las manos.

Los que te llegan de fuera, son más viles que los tuyos...
Aunque pudrieras la atmósfera, loáran tu majestad.

Yo te traigo en mis palabras, rudas por lo veraces,
las amarguras atlánticas, los pamperos de Ultramar.

¡Hispania! ¡Hispania!
He aquí mi adiós. El clamor de mi amor.
Porque yo te amo, tierra prócer, tierra solar.
Amo tus paisajes, tus danzas, tus mujeres,
tus cielos, tus marinas, la magia de tus cantares,
que con la sal de su amargura
labra panales de gracias, más que las de antaño musas
[parnásicas,
y pirotecniza el brumal crepúsculo
trocando en castillos de oro el surtidor de tus lágrimas.

Amo tu crueldad empapada en la sangre de las lidias
(un día se empapará en más fecundas sangrazas),
grave en tus cultos, jovial en tus fiestas, a veces "loca de
[atar".

Amo tu sencillez, tus donaires, tus énfasis,
la estrella sin ocaso de tu orgullo, ardiendo solitaria
sobre las torres de tu eterna fe; la ancestral nobleza
de tus plebes, hechas al infortunio y a toda hazaña prestas;
tus hidalgos civiles, ansiosos por trocar
la congoja inmensa de tu historia
en una gran alegría palingenésica.

Más te amaré si ahorcas en cadalsos morales
el jesuíta latente en tus hierogramatas,
la cultura escolástica, el Códez medieval.

¡Hispania de Roncesvalles! ¡Hispania del *Romancero!*
¡Hispania de las Américas, muda de tanto callar!
¿Cuándo te veremos desprenderte del negro madero,
arrancarte los trágicos clavos, el pútrido dogal,
sacudir las piltrafas del sudario de momia,
y Erguirte,
vengadora, sangrienta, sublime,
rompiendo la losa tumbal?

junio de 1910